

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 147

Nueva Dimensión - 147

ePub r1.0

Titivillus 08.10.16

Título original: *Nueva Dimensión 147*

AA. VV., 1982

Cubierta: Bruce Pennington

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

nueva dimensión

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A CARGO DE:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

Director:

Domingo Santos

Director Artístico:

Enrique Torres

Colaboradores:

Jorge Aspa

Alfredo Benítez Gutiérrez

Carlo Frabetti

Rafael Marín

Antonio Martín

Juan Carlos Planells

Fco. Javier Redal

Jaime Rosal del Castillo

Augusto Uribe

Suscripciones:

Magdalena Leal

Corresponsales:

Argentina: Daniel Luján Heredia

Bélgica: Bernard Goorden

EE. UU.: Forrest J. Ackerman

Hungría: Peter Kuczka

Japón: Takumi Shibano

Polonia: Czeslaw Chruszcewski

Rumanía: Ion Hobana

Suecia: Sam J. Lundwall

Uruguay: Carlos M. Federici

Setiembre-Octubre 1982. Número 147

nueva dimensión

hoy

EDITORIAL

[A VECES, SEGUNDAS PARTES...](#)

por Domingo Santos

SE PIENSA

[LOS SEÑORES DEL FUTURO](#)

por Carlos Saiz Cidoncha

SE EDITA

[CRÍTICA DE LIBROS](#)

por A. Benítez Gutiérrez

SE DICE

[LIBROS, FANZINES, COMIC,
CINE, TV, RADIO, AUTORES,
NOMBRES SF, PREMIOS,
NECROLÓGICA](#)

SE ESCRIBE

[LA OPINIÓN DE NUESTROS LECTORES](#)

EL RINCÓN DE LA CIENCIA

[EL PRINCIPIO ANTRÓPICO](#)

por Javier Redal

mañana

NOVELA CORTA

[SIETE NOCHES AMERICANAS](#)

por Gene Wolfe

CUENTOS

[ACRONOS](#)

por Lee Killough

[AQUELLA LARGA NOCHE](#)

por Norma Viti

CLÁSICO

[LA GRAN NIEBLA](#)

por H. F. Heard

Arthur C. Clarke

2010:
odyssey
two

"A daring romp through the solar system
and a worthy successor to 2001."
—Carl Sagan



A VECES, SEGUNDAS PARTES...

En una ocasión le preguntaron a Georges Simenon el porqué de sus novelas de Maigret. El gran escritor respondió que, al inicio de su carrera, cuando aún no dominaba completamente los recursos literarios, le fue de gran utilidad el tener un personaje definido, atractivo, bien esbozado, con unas características muy determinadas, en el cual basar sus argumentos. Más adelante, cuando su dominio del oficio literario le permitió ya embarcarse en otras lides novelísticas más osadas, Maigret había adquirido tanta fama entre el público que ya le resultaba imposible matarlo. El personaje (y su aceptación entre los lectores) había dominado al autor.

En toda la literatura existen multitud de obras que forman ciclos, basados en una serie de acontecimientos, o en un personaje, o en un ambiente particular. Pero quizá sea la ciencia ficción, dentro de la literatura en general, donde esta característica se dé más asiduamente. Desde los inicios del género, las series han gozado de un amplio favor entre el público. Citemos, solo como algunos ejemplos, y sin querer decir con ello que sean las más características, la serie de los Lensmen y la Skylark de E. E. «Doc» Smith, las propias series marciana y venusiana de Burroughs, la famosa Historia del futuro de Robert Heinlein, la de la Instrumentalidad de Cordwainer Smith... Muchas de ellas fueron desde un principio voluntad de sus propios autores, pero muchas otras tuvieron su continuación a causa de la buena acogida del público, y no murieron hasta que ese mismo público empezó a mostrar su desinterés cuando, cosa fatalmente inevitable, la novedad de la serie fue perdiéndose a lo largo de más y más aventuras sobre una misma situación base.

Las trilogías, tetralogías y demás también figuran entre las obras más populares de la SF. No hace falta citar la serie de las Fundaciones de Asimov, la tetralogía (y todos sus relatos colaterales) del Mundo del Río de Farmer, y el archifamoso Dune de Frank Herbert, todas ellas consideradas como obras fundamentales dentro de la historia del género.

Sin embargo, en muchas ocasiones, y principalmente en los tiempos más recientes, las motivaciones de tales obras corresponden más a condicionamientos comerciales que estrictamente literarios. Aunque en principio su idea base pueda haber sido motivada por el atractivo especial que pueda tener un cierto escenario o personaje para el autor, lo cierto es que, a la hora de la verdad, a menudo ha sido la perspectiva de unas buenas ventas lo que ha motivado esas continuaciones. Como dijo muy bien Simenon, la obra se ha apoderado en este caso del autor, y este se ve

en la obligación de continuarla, aunque en ocasiones quizá prefiriese dedicar su talento a otros argumentos. El propio Simenon se quejaba, poco antes de su muerte, de que toda su excelente producción de novelas pertenecientes al mainstream quedaba completamente apagada, pese a su gran calidad intrínseca, ante sus novelas de Maigret... por las cuales es conocido principalmente, en la actualidad, por las nuevas generaciones.

Pero volvamos al campo de la SF: últimamente estamos asistiendo a una proliferación inusitada de esas «continuaciones», «prolongaciones», «segundas partes» o como quiera llamársele, de obras que han obtenido un apreciable éxito de público. Las razones son obvias. En un campo que se está volviendo cada vez más competitivo (me estoy refiriendo a los Estados Unidos, por supuesto), y en donde los editores se ven obligados a realizar grandes inversiones para conseguir esto que eufemísticamente se llama ya en todo el mundo un best-seller, en muchas ocasiones es más rentable arriesgar el dinero en la prolongación de una obra que se sabe ha obtenido ya una buena acogida entre el público lector, que lanzarse a nuevas aventuras.

Y así, vemos que los principales autores americanos regresan a sus antiguas obras más vendidas y escriben prolongaciones de las mismas. Frank Herbert se deja tentar por los fabulosos adelantos que le ofrecen y escribe su Dune-4, y está preparando ya el cinco. Farmer toma y retoma su Mundo del Río y lo hace escenario de los más variados relatos. Robert Silverberg, ante el éxito de El castillo de Lord Valentine, escribe una secuela (a mi juicio mejor que la obra original, por cierto) en sus Crónicas de Majipoor. Las series, interminables algunas, como pueda ser la de Darkover, se suceden sin interrupción. Gene Wolfe crea una tetralogía que está batiendo todos los récords de venta con su Libro del sol nuevo. Parece casi como si los lectores estuvieran esperando con impaciencia la aparición de nuevas «entregas» de estas series, y en los catálogos de libros de SF americanos es frecuente ver, con letra casi tan destacada como el propio título del libro, la mención: «De la serie...».

Últimamente, dos novedades que han llegado a mis manos refrendan a todas luces lo dicho hasta aquí. Ambas obras prometen ser un espectacular boom de ventas, no ya solo en los Estados Unidos sino en todo el mundo. La primera de ellas es 2010: odisea dos, la continuación que ha escrito Arthur C. Clarke de su célebre 2001 (continuación que, incidentalmente, aparecerá en español en los primeros meses del año próximo). Tras veinte años de afirmar categóricamente que no existiría secuela alguna a la célebre novela/film, Clarke ha cedido finalmente tanto a las presiones del público como a las tentadoras ofertas de la editorial Ballantine, y ha escrito un excelente relato en la línea de la SF «dura», que estoy seguro apasionará a un amplio sector del público.

Y la segunda corresponde a Isaac Asimov. La trilogía Fundación es su obra más famosa, e indudablemente una de las obras más apreciadas de todo el género. Asimov (o alguno de sus muchos negros, en la actualidad ya ni se sabe) ha seguido la

moda y ha escrito también una continuación. Foundation's Edge (El borde de la Fundación) sigue todos los pasos de su trilogía anterior, lo cual le augura un éxito extraordinario, independientemente de su calidad, que evidentemente la tiene. Pero lo importante es explotar el filón.

Y, como hiciera sabiamente Frank Herbert en su Dune-4, todos ellos dejan al final de sus libros numerosas puertas abiertas para seguir adelante con el tema, si se presta. Evidentemente, nos hallamos tan solo ante un principio. Si la operación resulta rentable económicamente...

Nosotros, aquí en España, tenemos también a nuestros especialistas en series: Ángel Torres Quesada y su serie de los Dioses, prevista inicialmente como una tetralogía, y de la cual hemos publicado los dos primeros volúmenes en la páginas de ND; Torres Quesada nos ha remitido ya el tercer volumen de esta serie, y nos comunica que está pergeñando el cuarto. No hace falta citar tampoco a Enrique Lázaro y su serie de Vaguerania o Tierra Vaga, como quieran llamarla. Y tengo igualmente sobre mi mesa de despacho una hermosa trilogía de otro autor español, Gerardo Muñoz, un nombre aún desconocido para el público pero que entra con una gran fuerza, y que es realmente una obra magnífica desde todos los puntos de vista. No olviden su título genérico: La plica de Balbino el Viejo. Está predestinada a ser un gran éxito.

Lo cual no dejaría de ser de justicia. Las series, las segundas partes, las continuaciones, están de moda en todo el mundo. ¿Por qué en España no tendría que ser también así?

DOMINGO SANTOS

ACRONOS

LEE KILLOUGH

Se supone que, en el final de los tiempos, la humanidad habrá conseguido ya todas las maravillas con las que sueña actualmente, habrá hecho realidad todos los sueños imaginados por los escritores de ciencia ficción y utopistas sociales, se habrá convertido casi en una humanidad de dioses. ¿Será realmente así? Lee Killough, una de las jóvenes promesas de la joven ciencia ficción norteamericana, no nos lleva hasta el final de los tiempos para comprobarlo.

Prefiere detenerse en un lugar sin tiempo.

A través de la visión de esa playa inmovilizada en la eternidad, y de ese pintor abocado en su arte a un callejón sin salida, Killough nos ofrece un retablo que se inicia con los suaves colores de un atardecer de Parrish, y termina con la crispada evocación de un Bosch.

La playa era un paisaje de Tanguy. Sus dunas bordeadas de hierba, sus conchas arrojadas sobre la arena, y sus maderos abandonados se recortaban claramente entre las luces y sombras ante un fondo de fina neblina que oscurecía el mar y los distantes brazos de la pequeña cala y arrojaba un azulado resplandor de ocaso sobre la playa, incluso ahora, a primera hora de la tarde. Al menos, Neil Dorn pensaba que debía ser primera hora de la tarde, aunque no hubiera podido jurarlo. Sus últimos días eran confusos. Había conducido ciegamente, siguiendo una carretera tras otra a lo largo de la línea de la costa, carreteras que eran cada vez más estrechas y menos frecuentadas, hasta terminar en un sendero arenoso del que finalmente se había salido allí.

El olor a agua salada y algas era fuerte, la brisa marina fría cuando azotaba su rostro y revolvía su pelo. Neil avanzó entre las conchas rotas a lo largo del borde del mar, sintiendo el oleaje aspirar la arena bajo sus desnudos pies. Sintió que era el lugar que había estado buscando. Podría estar solo allí. En el brumoso atardecer, podría olvidarlo todo excepto aquel momento.

Podría olvidar el alzarse de hombros de los marchantes y los cuadros que ya no se vendían. Podría apartar de sí a Connie, quede la belleza de un da Vinci con la que se había casado se había convertido en una obesidad a lo Rubens, y su voz, chillona por la decepción y la tensión de una obsesiva dieta.

—No me sorprende que no vendas ningún cuadro. Pintas lo mismo una y otra vez. Necesitas una nueva visión.

Como si una nueva visión fuera algo que pudiera encargarse en la tienda de artículos de arte de la esquina, pensó amargamente. Bueno, al infierno con ella. Al infierno con todo el mundo.

Fue entonces, al bajar la vista, cuando descubrió el trilobites. Neil no era paleontólogo, pero recordaba lo suficiente de la biología que había estudiado en la

escuela superior y en la universidad como para reconocer aquella forma entre las conchas de almejas y erizos de mar que le rodeaban. Se inclinó para recogerlo. Era de tamaño mediano, unos quince centímetros de largo. ¿Cómo había ido a parar allí? Normalmente los trilobites no eran arrojados de la Era Paleozoica a las playas del siglo xx. Además, estaba en perfectas condiciones. Parecía tan fresco como el erizo que había a su lado, sin nada de la apariencia de un fósil.

Se lo metió en el bolsillo de su camisa y siguió caminando por la playa, sintiéndose como el último hombre en el mundo. Sería fácil creer que no existía nada más allá de lo que estaba a su vista, que el universo no consistía en nada más que en una brumosa cala y el oleaje susurrando sobre la arena. Se recreó en aquella sensación.

Su satisfacción se despedazó en una amarga puñalada de irritación al sonido de voces ante él. De modo que no estaba solo después de todo. Maldita sea. ¿No había ningún lugar en el mundo que no estuviera contaminado por la gente?

Los intrusos aparecieron por entre la bruma un momento más tarde. Eran tres, todas niñas, delgadas y asexuadas, jugando casi desnudas sobre la arena. Neil se debatió entre la irritación y una oleada de placer. Recortadas contra el resplandeciente atardecer azul, las niñas parecían una ilustración de Maxfield Parrish.

Las llamó.

Abandonaron el intrincado dibujo que estaban haciendo con conchas sobre la arena y miraron a su alrededor. Dos eran rubias, una con una especie de casquete de cortos rizos sobre su cabeza, la otra con el pelo cayéndole casi hasta las nalgas. Los ojos de ambas eran azules como el atardecer. La tercera tenía un pelo negro que le llegaba hasta la cintura y unos intensos ojos negros. Todas se lo quedaron mirando. La morena le dio un codazo a la del pelo rubio largo y le susurró algo. La rubia se echó a reír.

Neil se sintió impresionado. La risa era baja y gutural, en absoluto una risa infantil.

La del pelo negro dijo algo que sonó como «hey».

Lo rodearon, observándole con ojos curiosos. Él les devolvió la mirada. Se había equivocado. No eran niñas, aunque sí eran muy jóvenes, apenas pasada la adolescencia. Eran tan altas como él y esbeltas como sauces, con una piel tensa y suave. Unos ojos diáfanos y vivos le contemplaron desde unos rostros sin arrugas. E iban completamente desnudas, descubrió con sorpresa. Lo que había tomado por minúsculos trajes de baño eran tan solo dibujos pintados sobre su piel.

La chica de cortos rizos habló. Neil no pudo comprender una palabra. La chica frunció el ceño y se rascó con aire ausente la concha pintada en torno a uno de sus pezones. Habló a sus compañeras.

La morena dijo algo rápidamente, luego, plantándose frente a Neil, empezó a hablar con una voz muy lenta y pesada.

Se preguntó cómo el tratarle como si fuera sordo o retardado iba a ayudarle a

comprender a la chica, pero para su sorpresa así fue. Lo que decía resonaba distorsionado y extrañamente acentuado en sus oídos, pero en algún lugar dentro de él reconoció lo suficiente de aquellas palabras como para captar el sentido de lo que estaba diciendo. Estaba preguntándole quién era.

—Neil Dorn —respondió.

La sonrisa de la muchacha fue una sonrisa de triunfo. Se señaló a sí misma: «Electra». Su dedo giró hacia la chica del pelo rubio largo: «Ivrian». Finalmente señaló a la chica del pelo rizado: «Hero».

—¿De cuándo eres tú?

Así al menos le sonó. Pero Neil estaba seguro de que no quería preguntarle eso. Creyó más bien que quería preguntarle de *dónde* venía o cómo había *llegado* hasta allí. Pero como no sabía cuáles eran exactamente sus intenciones, agitó la cabeza.

—No comprendo. —Decidió hacer él también una pregunta—. ¿Estáis de vacaciones por aquí con vuestros padres?

Aquello pareció divertirlos. Electra e Ivrian lo tomaron de ambos brazos.

—No tenemos padres. —Riendo, lo arrastraron con ellas hacia las dunas—. Te presentaremos a nuestros compañeros.

Estaban acampados en las dunas, justo más allá de la playa. Como algún cuadro de Renoir, las tiendas de alegres colores circenses salpicaban la arena: rojo y blanco, verde y amarillo, azul y oro. Entre esas brillantes pinceladas se movían varias docenas de personas de ambos sexos, todos ellos altos, delgados y sonrientes como las tres chicas. Algunos no llevaban nada, o nada excepto cuerpos pintados, mientras otros parecían haberse envuelto en flecos desde las caderas hasta los hombros o vestido con sucintas togas y sarongs. Se cubrieran con lo que se cubrieran, era evidente que lo llevaban por adorno y no por pudor o protección, y sus colores resplandecían entre la bruma.

Las muchachas llamaron a sus compañeros, hablando tan rápido que Neil no pudo seguirlos. Los otros corrieron a reunirse con ellas. Neil se encontró siendo el centro de una excitada y parloteante multitud, con dedos tirando de sus ropas y de los pelos de su barba. Electra señaló y pronunció nombres que en su mayor parte le llegaron indistintos: Clell, Garold, Byron, Capricornio, Aries, Géminis, Pilar, Vesta. Nadie parecía tener apellido. Neil se preguntó si alguno de ellos era el auténtico nombre. Seguro que los nombres del zodiaco eran apodos.

El remolinear a su alrededor era agotador. Empezó a buscar una forma de marcharse.

Hero captó su mirada y sonrió.

—Por aquí. —Tirando de su brazo, lo arrastró por entre la multitud hacia un taburete bajo el toldo de una tienda azul y plata.

—Gracias. —Nunca había dado las gracias más de corazón. Alzó la vista hacia ella, de pie a su lado—. ¿Quiénes sois?

Varios de sus compañeros dejaron escapar risitas.

Electra se sentó en un taburete junto a él.

—Somos... turistas... en un grupo.

—¿Quieres decir de vacaciones?

Ella se relamió los labios. Por un momento sus negros ojos parpadearon, desviándose.

—Sí, de vacaciones.

Antes de que él pudiera preguntarse sobre la entonación de su voz, ella se levantó de un salto, riendo.

—Deberías unirte a nosotros.

—Me gustaría. —Cada uno de ellos era tan exquisitamente hermoso que hacían que sus dedos le picotearan pensando en el bloc de apuntes y el lápiz graso que había dejado en su todo terreno arriba en la playa—. Solo dejadme ir a buscar algo a mi propio campamento. —Se puso en pie.

Electra lo rodeó con un brazo.

—Déjame ir contigo a buscarlo.

Caminó de vuelta a la playa con él. El coche pareció sorprenderla enormemente. Se lo quedó mirando durante varios largos minutos, luego insistió en que lo condujera hasta su campamento.

—Tú puedes quedarte en mi tienda.

La expresión de sus ojos cuando dijo esto puso calor en todo su cuerpo. Al mismo tiempo, apenas pudo creer en todo aquello. ¿Aquella muchacha se le estaba ofreciendo? ¿Hasta qué punto sabía lo que estaba haciendo?

Como si leyera su mente. Electra se humedeció los labios, trazando lentamente la curva de su boca con la aguda y rosada punta de su lengua. Sonrió.

Neil sintió que su pulso se aceleraba. La chica *sabía* lo que estaba haciendo. Había experiencia en aquella sonrisa, y en el gesto de su lengua. Sintió que le faltaba el aliento. No había tenido a ninguna mujer excepto a Connie durante mucho tiempo, y Electra —dejó que sus ojos vagaran descendiendo por el suave cuerpo de ella, deteniéndose morosamente en las estrellas pintadas sobre sus pezones y en su zona púbica—, Electra no tenía nada en común con Connie.

Los... ¿cómo los podía llamar? La palabra que había empleado Electra podía servir, supuso... los turistas estaban preparando la comida cuando los dos volvieron en el todo terreno. Aún no había terminado de salir del vehículo cuando ellos ya lo estaban empujando hacia un asiento y le tendían un plato de comida.

No supo lo que era. Nunca antes había visto nada así. Parecía estar compuesto de media docena de carnes y vegetales distintos, y algo parecido al arroz. Había patatas cocinadas de un modo como nunca antes había probado. La comida terminó con un surtido de postres que hubiera avergonzado a un restaurante para gourmets.

—¿Siempre coméis así?

Electra pareció sorprendida.

—Si una comida no es un banquete, ¿para qué comer?

No dijo exactamente eso. No pudo comprender gran parte de lo que dijo, pero ese era el sentido general. Llenó las lagunas con lo que esperó fueran las palabras apropiadas.

—¿Cómo estáis tan delgados, entonces?

Aquello la sorprendió aún más.

—Se trata tan solo de ajustar un poco el metabolismo.

Debía tratarse de una dieta que el doctor de Connie nunca había ensayado.

—¿Sois de por aquí?

Electra eligió de una bandeja de frutas.

—Supongo que ahora lo somos.

—¿Quieres decir que sois unos recién llegados a la zona?

Varios de los turistas miraron a su alrededor. Electra quedó pensativa. Sonrió.

—Sí... y no.

El tono divertido que flotaba en su respuesta lo desconcertó. Había algo más que extraño allí; había algo que no encajaba. No podían ser simplemente un grupo étnico con un extraño acento.

El pensar en aquella extraña cualidad le hizo sentir miedo. Su comida se había asentado en una pesada bola en su estómago. El vello de su nuca empezó a picotearle. Tenía que marcharse de allí.

Se puso en pie.

—Necesito algo de mi coche.

No hicieron ningún intento de impedir que se alejara caminando, pero Electra le siguió. Era tan solo una muchacha, se tranquilizó a sí mismo, obligándose a no echar a correr. Podía alejarse fácilmente de ella si era necesario. En cualquier caso, ninguno de los turistas había mostrado hacia él el menor signo de hostilidad... todavía.

—¿Qué es lo que va mal, Neil?

Rebuscó entre sus cosas, deseando que ella se fuera.

—Nada.

Ella sonrió.

—Eres un mal mentiroso. ¿Tienes miedo de nosotros?

—Por supuesto que no.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Un muy mal mentiroso. No hay ninguna razón para tener miedo. No vamos a hacerte daño. Nos sentimos fascinados hacia ti. Nunca habíamos visto a nadie como tú antes. La gente del siglo xx y los vehículos como este son simplemente cuadros de museo para nosotros.

Giró bruscamente la cabeza hacia ella.

—¡Cuadros de museo!

Ella tomó su bloc de apuntes.

—¿Qué es esto? —Lo abrió. Sus negros ojos se abrieron mucho—. Dibujos. —Alzó la vista hacia él—. ¿Dibujas realmente? ¿A mano? ¿Tú?

Él refrenó el deseo de arrancarle el bloc de las manos.

—Soy un artista, sí.

El rostro de la muchacha se iluminó con deleite.

—Oh, tráete esto y dibújame. Nunca he visto a nadie dibujar a mano.

—Pero la luz va a ser mala dentro de poco. Mañana, quizá.

Ella se rio de nuevo.

—La luz no va a cambiar.

Solo entonces se dio cuenta de que no había cambiado desde que había llegado a la playa. Llevaba ya horas allí, y sin embargo el atardecer seguía siendo exactamente igual.

De pronto se sintió tremendamente asustado. Había allí algo mucho más extraño que simplemente los turistas. Pensó en las leyendas de las colinas de las hadas. Eran tan solo historias, por supuesto, pero lo que había a su alrededor era real. ¿Qué *había* a su alrededor?

Apenas fue consciente de haber sido arrastrado de vuelta junto al grupo, de su lápiz graso y su bloc de apuntes puesto entre sus manos, y de la impaciente Electra exigiéndole:

—Dibújame, Neil.

Se sentó con el lápiz graso en la mano, pero no hizo ningún movimiento hacia el bloc de apuntes.

—Dibuja a mano —les dijo Electra a los demás—. Neil, muéstraselo.

Miró a su alrededor, a toda aquella hermosa y extraña gente.

—¿Por qué no cambia la luz? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué está pasando?

Una oleada de risas recorrió el grupo.

Solo Hero no sonrió. Frunció el ceño a sus compañeros.

—¿Por qué tenemos que suponer que lo sabe? —Se plantó ante él—. Este es un punto acronos, un lugar donde el tiempo está congelado.

Neil parpadeó.

—¿Qué?

Un muchacho de piel oscura, llevando un brillante sarong oro y verde —Neil pensó que era el muchacho llamado Clell— dijo:

—El tiempo es como un curso de agua, pero mientras fluye a través del universo y la eternidad, golpea a veces con ocasionales obstáculos. Eso crea corrientes y remolinos y, algunas veces, tranquilos remansos donde el tiempo no fluye en absoluto. Esta playa es uno de esos remansos. Creemos que quizá se deba a la eternidad intrínseca de la arena y del mar.

—De modo que aquí siempre es el atardecer —dijo Hero—, y no hay mareas. Nada cambia aquí.

Algo resonó en la cabeza de Neil. Tuvo la sensación de que iba a desmayarse.

—Pero yo he penetrado en ella como puedo haber penetrado en cualquier otra playa.

—Nosotros también —dijo Clell—. Todavía no comprendemos exactamente por qué, pero debido a que un acrón se halla fuera del tiempo, está en contacto con todos los tiempos. Es accesible simultáneamente a todo el mundo, de todas las épocas.

Neil recordó el trilobites en su bolsillo. Lo sacó y se lo quedó mirando.

—¿Queréis decir que esto ha sido arrojado directamente desde el Paleozoico?
Asintieron.

—Y yo procedo del siglo xx. Y vosotros... —miró a su alrededor. *¿De cuándo eres tú?*, le había preguntado Electra cuando se habían encontrado—. Vosotros sois del futuro. —Lo dijo admirativamente.

Asintieron.

Contuvo la respiración.

—¿De cuándo?

Hero se alzó de hombros.

—Nuestro sistema de fechas es diferente del tuyo. No significará nada para ti. Creo que hay mucho tiempo de distancia entre tu siglo y el nuestro.

—¿La gente ha llegado ya a las estrellas? ¿Ha encontrado inteligencias alienígenas?

Hubo un agitarse entre ellos, un volverse y alejarse un poco. Hero se mordió los labios.

Neil pensó que tal vez tenían reglas acerca de lo que podían decirle a la gente del pasado.

—Lo siento —se disculpó. Cambió de tema—. ¿Qué ocurre si yo deseo irme?

—Simplemente te vas. —Hero recuperó su sonrisa—. Vuelves a entrar en tu tiempo en el mismo momento en que lo abandonaste. Vuelves a envejecer otra vez, y el tiempo avanza para ti como lo hacía antes.

—¿Volver a envejecer? ¿Quieres decir que ahora yo no...?

—Nada cambia aquí.

Dejo escapar el aliento.

—¿Cómo habéis dicho que llamabais a este lugar?

—Un punto acronos, un acrón.

—¿Y la gente de vuestro tiempo sabe de ellos? Probablemente se convierten en lugares ideales para unas vacaciones, ¿verdad? —Imaginó la posibilidad de pasarse todo un año de vacaciones y regresar al tiempo de uno sin haber perdido ni un solo día de trabajo, ni un simple cheque de paga—. ¿Así que todos vosotros estáis de vacaciones aquí?

De nuevo hubo un inquieto agitar, un incómodo embarazo. Electra le miró con el ceño fruncido.

—Ya basta de charla. Dibújame, Neil. Deseo ver a alguien dibujar a mano.

Fue como una señal. Al momento siguiente estaban todos a su alrededor, riendo y animados, todos pidiendo que les dibujara. Por rápido que trabajara, con el lápiz graso revoloteando sobre las páginas, bosquejando a uno tras otro, deseaban que los

dibujara más aprisa. Cada esbozo era recibido con un coro de exclamaciones.

Su admiración lo empujaba hacia arriba y hacia adelante en una cresta de exaltación que no había sentido en mucho tiempo. Hizo dibujo tras dibujo, de Electra, de Ivrian, Hero, Clell, Aries, Capricornio, Vesta... de todos ellos. Las páginas arrancadas revoloteaban sobre la arena a su alrededor, llenas con sus resplandecientes rostros. Solo cuando hubo agotado todo el bloc de apuntes lo dejaron solo.

Se relajó en su asiento, la mente aún agitada pero el cuerpo exhausto.

—¿La gente duerme en un acrón? —preguntó débilmente.

—Por supuesto. —Electra le tomó la mano—. De esta forma. —Lo condujo hacia una tienda negra y oro.

Él miró hacia atrás.

—Mis apuntes.

—Yo los recogeré. —Hero empezó a reunirlos, colocándolos uno encima del otro, en un montón ordenado y preciso.

Electra lo empujó hacia la tienda y dejó caer el toldo.

Neil descubrió muy pronto que después de todo no estaba tan cansado. Electra poseía toda una enciclopedia de trucos sexuales, y se sentía orgullosa de mostrárselos todos. Sus eventuales protestas de que realmente *estaba* agotado solo la empujaron hacia mayores esfuerzos.

—Por favor. Ya basta —suplicó—. Ve a jugar con alguno de tus compañeros. Son más jóvenes y más fuertes que yo.

Ella frunció el ceño.

—Pero ya he hecho esto con todos ellos. No encontraré ninguna novedad. Tú eres nuevo. Ven, déjame probar esto y ver si podemos seguir un poco más.

Finalmente, ni siquiera su entusiasmo y su vigor pudieron mantenerle por más tiempo. Mientras se hundía en el sueño, se le ocurrió a Neil que si nadie envejecía en un acrón, uno podía conseguir una gran cantidad de experiencia, de edad subjetiva, sin mostrar el menor signo físico de ello. ¿Cuán vieja podía llegar a ser realmente esa joven gente?

Cuando despertó, Neil había olvidado esa cuestión. Abrió los ojos y descubrió a Electra anidada en su brazo izquierdo, y se maravilló ante su belleza infantil. Recordó también la adulación de los turistas mientras trazaba sus dibujos. Aquel recuerdo lo inundó de placer, y le ayudó a echar a un lado la rigidez causada por sus acrobacias con Electra. Sus óleos estaban en el todo terreno. Si tanto les habían gustado sus bocetos, ¿cómo reaccionarían viéndole pintar?

Se deslizó fuera de la esterilla sin despertar a Electra, y se vistió con sus tejanos y su camisa.

Al primer momento fue un shock no salir a un amanecer, sino al mismo resplandeciente atardecer que había visto cuando entró en la tienda. Siempre le habían gustado los amaneceres. Notó a faltar el que hubiera debido encontrar allí.

Un cierto número de turistas estaban ya levantados y rondando por ahí, con

aspecto de llevar un cierto tiempo despiertos. Una pareja estaba murmurando algo acerca de irse a la cama. Aquello le sorprendió hasta que pensó en ello. Sin el ritmo normal de noche y día, cada cual podía vivir según su ciclo personal.

Clell y Capricornio estaban despiertos, enfrascados en algún complejo juego que requería que un cierto número de conchas fueran movidas por la arena en intrincados esquemas. Estaban tan absortos que simplemente lo saludaron con una inclinación de cabeza cuando pasó. Clell realizó lo que debía ser un buen movimiento. Lanzó una risita. Capricornio maldijo fuertemente y con una perversidad que sorprendió a Neil. Como gesto final, Capricornio pateó las conchas de Clell arrojándolas fuera de su esquema y se marchó a grandes zancadas por entre las tiendas. Clell le llamó algo en un tono insultante. Pese a los ceños fruncidos y las voces irritadas, sin embargo, Neil captó una cierta satisfacción en los dos turistas. Tuvo la clara impresión de que ambos estaban gozando con la pelea, aliviando a través de ella su cólera.

Neil agitó la cabeza. Eran una gente extraña.

En el coche, encontró a Hero sentada sobre el capó. Su cuerpo estaba pintado con una especie de encaje azul. Estaba sentada con una intensa concentración en el rostro, estudiando los bocetos de la noche anterior.

Alzó la vista cuando él se aproximó.

—¿Puedes enseñarme a hacer esto?

—Puedo intentarlo —sonrió él—. ¿Te interesa?

Ella se alzó de hombros.

—Es algo distinto que hacer.

Él alzó las cejas.

—¿Algo distinto? Pareces aburrida.

—Lo estoy.

—¿Te gustaría posar para un retrato?

Sus ojos se enfocaron repentinamente en él.

—¿Quieres decir una auténtica pintura? ¿Como las de un museo? —Se sentó envaradamente, pasándose los dedos por los rizos—. ¿Qué tengo que hacer?

Él sacó sus óleos y una tela de la parte de atrás del vehículo.

—Primero lávate ese dibujo de encajes. ¿Puedes encontrar alguna de esas túnicas tipo toga que lleváis algunos para ponerte?

—Por supuesto. —Echó a correr hacia las tiendas.

Neil montó su caballete cerca del borde del agua. La pintaría al estilo Maxfield Parrish, decidió. Inclineda sobre algunas conchas, silueteada contra el resplandeciente azul brumoso, una imagen perfecta.

Estaba mezclando pinturas, buscando el tono correcto de azul, cuando Hero regresó. Traía con ella a la mayoría de los demás turistas. Envuelta en una toga que dejaba desnudo uno de sus pequeños pechos y descendía hasta sus esbeltas caderas, parecía realmente una modelo de Parrish. Si solo consiguiera el correcto tono de azul.

—Todos los demás han venido para ver —dijo Hero—. ¿No te molesta?

—Yo hubiera sido una modelo mejor. —Era Electra, por supuesto, y enfurruñada—. ¿Por qué no me lo pediste a mí?

—Estabas durmiendo. Te haré uno a ti, también. —Suspiró—. Me gustaría tener telas suficientes para hacer retratos de todos vosotros que poder llevarme conmigo.

—¿Llevarte contigo? —Un murmullo de decepción recorrió todo el grupo—. ¿Acaso piensas irte?

—No puedo quedarme aquí eternamente.

Electra lo miró fijamente.

—¿Por qué no?

Él se detuvo y pensó en aquello. Nadie iba a echarle en falta. El tiempo exterior se había detenido para él, y podía irse cuando lo quisiera. Mientras tanto, tenía la compañía y la adoración de aquella gente encantadora. ¿Por qué no quedarse? Al infierno con Connie y los marchantes y el hallar una nueva visión. Esta era una visión suficiente.

—No me iré en seguida.

Indicó a Hero como deseaba que se pusiera.

—Cuando estés cansada, dímelo y descansaremos un poco. —Metió un pincel en el azul—. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

Electra se inclinó sobre su hombro mientras él empezaba a aplicar el color a la tela.

—Eso es solo un poco de color. ¿Realmente va a convertirse en un cuadro?

—Espera y verás.

Lo hicieron, durante un cierto tiempo, pero pronto se dio cuenta de que la pintura no les fascinaba tanto como lo habían hecho los apuntes. Era algo demasiado lento. Uno a uno empezaron a aburrirse y se fueron marchando, hasta que solo quedaron él y Hero. Incluso Hero se quejó de que estaba cansada, aunque no deseaba dejar de posar. Neil oyó las voces de los demás por la cala, gritando y riendo.

Hero estaba empezando a aparecer en la tela. Parecía distinta a lo que él pretendía. En vez de una modelo de Parrish, parecía más bien algo creado por Toulouse-Lautrec, brillante y alegre en su superficie, pero dura y triste en profundidad. La observó. Para su sorpresa, encontró que la pintura era correcta. Sus ojos habían visto y sus manos transmitido lo que su mente no había captado. Recordó su observación acerca del aburrimiento.

—¿Dónde estarías mejor que aquí? —preguntó.

El suspiro de ella procedía de su alma.

—En cualquier lugar. Me gustaría ver otras caras, experimentar un nuevo clima. Me gustaría ver de nuevo el cielo nocturno. Siempre he deseado ir a las estrellas. Estuve a punto de ir a Zulac tras la escuela, pero por supuesto ese viaje fue eliminado junto con el cañón láser de Plutón. —Su voz se hizo melancólica—. Llegué dos años tarde para visitar las estrellas. En vez de ello, estoy atrapada aquí.

La miró por un lado del caballete.

—¿Atrapada? Puedes irte de aquí cuando quieras, ¿no?

Ella alzó la vista. Sus ojos se enturbiaron con la desesperación.

—No, no puedo. Esto no son unas vacaciones; es un refugio. Abandonamos nuestro tiempo en el último momento seguro.

Un frío helado lo atravesó como una ola. El pincel se inmovilizó en su mano.

—¿El último momento seguro antes de qué?

Hero se envaró, agitando la cabeza.

—No tiene importancia. Nada puede cambiar el hecho de que este es un grupo en el fin del mundo, y no importa lo monótono que sea, el grupo debe seguir aquí, porque todos nosotros somos demasiado cobardes como para terminar con él. —Su boca se curvó en una mueca sardónica que pareció grotesca en su rostro infantil—. Bienvenido a la eternidad... si puedes soportar el tedio.

—¡Hero! —era la voz de Electra, llamándoles desde la playa—. ¡Neil!

Surgió de entre la bruma en dirección a ellos, corriendo rápidamente, su negro pelo flotando al viento. Su rostro ardía y sus ojos eran brillantes.

—Hay un dinosaurio en las dunas al otro lado de la cala. Clell está azuzándolo. Venid a verlo.

¿Un dinosaurio? Aquello parecía increíble, pero si él y los turistas podían entrar allí y un trilobite ser arrojado por las aguas a la playa, ¿por qué no esperar que un dinosaurio llegara caminando hasta allí?

—¿Qué tipo de dinosaurio?

Electra agitó la cabeza.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Todo lo que sé es que parece furioso. Apresuraos antes de que se vaya.

Desapareció de nuevo. Hero echó a correr tras ella. Neil se quedó mirando durante un minuto hacia donde habían desaparecido, con visiones de un tiranosaurus rex surgiendo por entre las dunas, luego las siguió también.

Oyó el ruido mucho antes de que el dinosaurio fuera visible. Los silbidos y rugidos reptilianos quedaban cubiertos por las voces humanas gritando excitadas. Neil surgió de la bruma detrás de Hero y Electra para mirar una concavidad natural formada por la depresión entre tres dunas. En el fondo, siete metros de saurio prehistórico se alzaban sobre unas largas y musculosas patas traseras, apoyándose sobre su cola como un canguro. Las pequeñas patas delanteras estaban dobladas contra su pecho. Su cuello giraba hacia uno y otro lado mientras silbaba y hacía chasquear una aterradora hilera de dientes hacia Clell, que estaba corriendo en alocados círculos a su alrededor, agitando un palo de madera arrastrado por la marea. La criatura no le pareció a Neil como los dibujos que intentaban representar la apariencia del tiranosaurus. Aquello era algo tranquilizador, pero el animal seguía perteneciendo a una especie depredadora. Empezó a agazaparse, con la cola temblando ligeramente.

—¡Por el amor de Dios, Clell, deja de hacer eso! —gritó Neil—. ¡Vas a conseguir

que te mate!

Clell se echó a reír.

—Soy más rápido que él.

El saurio saltó como un muelle. Una de las patas posteriores, provista de tres garras, lanzó un zarpazo hacia Clell. El turista esquivó hacia un lado. El saurio siguió su movimiento con asesina rapidez, pero Clell seguía siendo más rápido. Las garras fallaron su presa por un amplio margen.

Clell lanzó una risotada en dirección a Neil.

—¿Lo ves?

Sus compañeros aullaron dándole ánimos desde donde estaban, sobre las dunas que rodeaban la depresión. Agitaban palos de madera y piedras.

El saurio lanzó su ataque una y otra vez, y Clell estaba siempre fuera de su camino antes de que pudiera alcanzarle. El saurio silbaba. Su cola parecida a un látigo arrojaba nubes de arena al círculo de espectadores.

—¡Tomas demasiadas precauciones, Clell! —gritó Electra—. ¡Acércate más!

Neil le lanzó una fulminante mirada.

—¡No, Clell! ¡Permanece alejado!

Clell se acercó al saurio. Golpeó su lomo con el palo. El saurio se giró apenas un momento demasiado tarde para atrapar al turista con sus dientes. Los espectadores lo vitorearon, encantados.

—Clell —rogó Neil.

Pero, sonriendo, Clell volvió al ataque. Esta vez, sin embargo, lo que Neil temía ocurrió. El saurio se le anticipó. Una garra delantera rasgó el brazo del turista. Brotó la sangre.

Como si aquello fuera una señal, los turistas aullaron como una sola voz y cargaron depresión abajo. El saurio desapareció bajo una oleada de cuerpos humanos. Incluso Electra y Hero se les unieron. Neil se quedó solo en la ladera de la duna. Se sentía horrorizado por lo que estaba ocurriendo, aunque la excitación también había hecho presa en él. Nunca antes el ser humano había cazado a un dinosaurio, quizá nunca más volviera a suceder, y él estaba allí para ver como unos diminutos hombres y mujeres desafiaban al poderoso lagarto.

El saurio estaba gritando. Se oía gritar también voces humanas, aunque era imposible determinar si eran gritos de agonía, éxtasis o rabia. El montón que formaban el saurio y los humanos se retorció y agitaba. La enorme cola flagelaba a un lado y a otro, alzando nubes de arena. Los brazos humanos se alzaban y caían, golpeando el arrugado pellejo con mazas y piedras y cuchillos de concha. El aire olía intensamente a sangre.

Luego, de pronto, todo hubo terminado. El saurio yacía inmóvil y silencioso sobre la arena. Los vencedores se apartaron, aullando su triunfo. Algunos hundieron sus dedos en la sangre del saurio y empezaron a pintarse los unos a los otros.

Electra corrió duna arriba hacia Neil, el rostro llameante. Lo rodeó con sus

brazos.

—¿No fue *excitante*? Tómame, aquí, ahora. —Empezó a tirar de su camisa—. Fue tan glorioso. Deberías haberte unido a nosotros. Deberías...

Neil estaba distraído. Alguien, en algún lugar, estaba gritando todavía. Solo que su acento era de dolor, no de triunfo. Miró duna abajo, para ver a Hero tendida en el suelo junto al saurio, apretándose el estómago. La sangre manaba de entre sus dedos.

—Dios mío. —Neil bajo la duna tambaleándose, en dirección a ella.

Cuando la alcanzó, sintió deseos de gritar. El saurio había abierto el cuerpo de la muchacha desde los hombros hasta las caderas con un zarpazo de una de sus patas traseras. Se arrodilló a su lado.

Electra sujetó su brazo.

—Neil, olvídala. Tómame.

Se giró incrédulo hacia ella.

—¿Cómo puedes pensar en eso *ahora*? Tenemos que ayudar a Hero.

Electra frunció el ceño.

—Se está muriendo. Olvídala.

Hero lo miró con ojos velados por el dolor. Su boca intentó decir algo. Un ronco susurro escapó de sus labios.

—Deseé abandonar el grupo pero, Dios, esto duele tanto... —Su cuerpo se relajó.

Neil sintió un estremecimiento. Nadie envejecía allí, pero todavía podían morir.

—¿Lo ves? —dijo Electra—. Ha muerto. Ahora quítate la ropa. Déjame pintarte con sangre.

Neil la apartó de un manotazo.

—Se suponía que Hero era tu amiga —gritó—. ¿No te importa nada?

Ella se relamió los labios.

—Lo único que me importa es que siento una pasión que no sentía desde hace mucho, mucho tiempo. Y deseo aprovechar lo máximo de ella.

Neil miró a su alrededor.

—¿A *ninguno* de vosotros os importa?

Nadie le respondió. Estaban demasiado ocupados iniciando una orgía. Ahora no había ningún Renoir pintando, ningún Maxfield Parrish. Neil recordó «El jardín de las delicias» de Hieronymus Bosch, la parte consagrada al infierno.

—Si tú no estás interesado, buscaré a alguien que sí lo esté —restalló Electra.

Se alejó disgustada y se dirigió corriendo hacia Capricornio, que estaba cortando un trozo de cuero del flanco del saurio. Él la cogió entre sus brazos y la empujó hacia la enorme mole del animal, cubriéndola rápidamente con su propio cuerpo.

—No —dijo Neil—, supongo que a ninguno os importa.

Todo lo que les importaba era encontrar algún nuevo motivo de excitación para aliviar su aburrimiento: un extraño, una antigua forma de arte, un poco de sangre y confusión. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Qué ocurriría, empezó a preguntarse, cuando se cansaran de su pequeña mascota del siglo xx? Las posibilidades pusieron frío en sus

huesos.

Se descubrió corriendo de vuelta por la playa hacia su todo terreno. Estaba casi en el coche antes de recordar el cuadro a medio terminar de Hero, aún junto al agua. Lo recogió, y luego tomó también el montón de bocetos que Hero había dejado sobre el capó.

Así que necesitaba una nueva visión. Por Dios, ahora ya la tenía. Deseó no haberla conseguido... una playa de Tanguy y una orgía de Bosch, y docenas de rostros desesperadamente iluminados procedentes del fin del mundo. Probablemente lo perseguirían durante todo el resto de su vida. Esperaba que Connie estuviera preparada para enfrentarse a esa pesadilla, y el público a lo que iba a plasmar sobre sus telas.

Puso en marcha el motor, y conectó la tracción a las cuatro ruedas. Con sus visiones ardiendo desde su cabeza hasta la punta de sus dedos, condujo el todo terreno por entre las dunas, de vuelta hacia su propio tiempo.

Título original:
ACHRONOS
Traducción de Domingo Santos

CLÁSICO

LA GRAN NIEBLA

H. F. HEARD

Henry Fitzgerald Heard, que firmó buena parte de su obra como Gerald Heard, reservando el H. F. Heard únicamente para su obra publicada en Estados Unidos, fue un conocido periodista especulativo británico nacido en 1889 y trasladado a América en 1947. Fue colaborador de Aldous Huxley en sus investigaciones sobre el culto vedanta, y publicó gran número de ensayos que abarcan desde la antropología hasta los OVNIS. Autor de media docena de novelas que van de la utopía social a la fantasía y el terror, dejó también, antes de su muerte en 1971, un par de volúmenes con lo mejor de su obra corta. De entre sus narraciones, el relato más famoso es precisamente este, que dio título a una de sus dos antologías: una original y vívida historia de desastre a la altura de los mejores relatos del género, y que, aunque fechada en 1944, podría haber sido escrita ayer mismo.

El primer síntoma fue un moho.

Muy poca gente ha observado cuidadosamente tales «mantillos»; de hecho, solo una rama especializada de botánicos sabe de ellos. No es que este conocimiento — excepto en muy raras ocasiones— tenga mucha utilidad. De tanto en tanto una pequeña plaga de este tipo puede atacar alguna cosecha. Entonces los micólogos, cuyo trabajo es estudiar esos vegetales que se desarrollan por esporas, son llamados por los campesinos. A veces esos botánicos hallan otro moho que se comerá a su compañero. Eso cierra el asunto. El equilibrio de la vida, que había sido ligeramente alterado, queda restablecido. No es un asunto que atraiga el interés general.

Este moho en particular no parecía tener ninguna importancia especial. Aparentemente, no causaba ningún daño en los árboles en los que crecía. De hecho, muchos campesinos que cultivaban frutales ni siquiera se dieron cuenta de su presencia. Los botánicos lo descubrieron, pero ninguno le concedió la menor importancia. Era simplemente una forma de crecimiento esporígeno diferente en su índice de crecimiento de cualquier otro registrado previamente. No parecía causar el menor daño a ninguna otra forma de vida. Pero se desarrollaba sorprendentemente bien por sí mismo. No se trataba de una nueva planta, sino de una planta con un nuevo poder de crecimiento.

Fue este hecho lo que desconcertó a los botánicos, o más bien a esa rama especial de los botánicos, los micólogos. Fue por eso por lo que finalmente se recurrió a los meteorólogos. Se buscaba «otra opinión», como dicen los doctores desconcertados. Lo que hizo que los micólogos eligieran a los meteorólogos para su consulta fue lo siguiente: había un moho que se expandía mucho más aprisa que cualquier otro moho

que jamás se hubiera conocido. Evidentemente, florecía en lugares donde tales mohos se suponía eran capaces de desarrollarse. Pero parecía no existir ningún cambio botánico ni en el moho ni en las plantas sobre las que crecía. En consecuencia, la causa tenía que ser climática: solo un cambio climático podía ser responsable del inusitado crecimiento.

Los meteorólogos comprendieron la fuerza de esta argumentación. Se mostraron inmediatamente interesados. Lo primero que había que hacer, dijeron, era estudiar el moho, no como planta, sino como máquina, como indicador.

—¿Sabe? —dijo Sersen el meteorólogo a Charles el botánico (fueron colegas durante toda la duración del estudio)—, los astrónomos poseen una cosa llamada termocupla, que les dice cuál es el calor de un día de verano en el ecuador de Marte. Bien, aquí tenemos un pequeño artilugio. Es casi tan sensitivo a la humedad como la termocupla lo es al calor.

Sersen se pasó algún tiempo montándolo y luego «ajustándolo», como él decía.

—Primero establece la humedad normal, luego comprueba cuánto exceso de humedad hay en un punto determinado. —Pero cuando empezó a trabajar con él, no se comportó como Charles pensaba que debía comportarse un experto que estaba manejando su propio aparato. Parecía evidentemente desconcertado. Y tras un cierto tiempo confesó que realmente lo estaba.

—Extraño, verdaderamente extraño —dijo Sersen—. Por supuesto, esperaba encontrar un alto índice de humedad en torno al moho en sí. Como muy bien dice usted, no puede desarrollarse sin ella: no estaría aquí a menos que existiera una gran cantidad de humedad. Pero, mire aquí —dijo, señalando a una aguja que se agitaba cerca del número más alto de la escala—. *Esa* es la humedad que hay en torno al propio moho... lo cual era de esperar, aunque es un poco demasiado alta. La sorpresa es *esto*. —Hizo girar todo el instrumento con su trípode hasta que apuntó a casi medio metro de distancia del moho; el árbol que estaba estudiando era uno atacado recientemente y, por lo que Charlie había sido capaz de descubrir, solo estaba cubierto por aquella única pequeña mancha de moho.

Charles miró a la aguja. Permanecía estacionaria junto a la cifra más alta que antes señalara.

—¿Y bien? —inquirió.

—¿No entiende? —urgió Sersen—. Este extraño índice alto de humedad está presente no solo en torno al propio moho, sino a más de medio metro de distancia de él.

—No entiendo mucho de esto.

—Yo entiendo dos cosas —observó Sersen—; una extraña; la otra condenadamente extraña. La extraña puede ser vista por cualquiera que no sea ciego. La otra es quizá demasiado grande como para ser vista, a menos que uno se aleje mucho de ella.

—Lamento ser estúpido —dijo Charles, un hombre educado pero de mente

cerrada—; nosotros los botánicos utilizamos siempre la pequeña escala.

—Lamento parecer enigmático —se disculpó Sersen—. Pero, como supongo se habrá dado usted cuenta, estoy desconcertado. Tengo la extraña sensación de que nos hallamos tras el rastro de algo grande, sí, y de algo que quizá se esté moviendo demasiado aprisa. La primera cosa extraña no es una sorpresa completa: ustedes los botánicos nos han demostrado que puede construirse un instrumento meteorológico mucho más delicado y mucho más preciso que cualquiera de los que nosotros seamos capaces de fabricar. Quizá hubiéramos debido ser conscientes de ello hace mucho tiempo. Después de todo, las cosas vivas son siempre los detectores más sensitivos... siempre pueden ganar a los instrumentos mecánicos cuando lo desean. Usted conoce los rayos mitogenéticos emitidos por las semillas en desarrollo. Esos rayos solo pueden ser registrados por las células de levadura... que se multiplican rápidamente cuando se hallan expuestas a esos rayos, proporcionando así una indicación de su fuerza y alcance.

—Hum —dijo Charles. La ilustración de Sersen había sido desafortunada, porque Charles pertenecía a esa mayoría de botánicos conservadores para quienes la radiación mitogenética era simple tontería.

Sersen, nuevamente vejado, prosiguió:

—Bien, tanto si lo acepta usted como si no, sigo manteniendo que tenemos aquí a un superdetector. Este moho puede captar un incremento en la humedad mucho antes que cualquiera de nuestros instrumentos. Y he aquí una prueba de que algo ha cambiado en el clima. Este moho ha sido el primero en darse cuenta de ello... y en aprovecharlo. Profetizo que muy pronto vamos a encontrarlo por todo el mundo.

—¿Pero y su segundo descubrimiento o suposición? —Charles no concedía mucha fe a las profecías. Aquel meteorólogo, pensó; bueno, después de todo, no son exactamente científicos, uno no puede culparles, cabe suponer, de que les gusten las predicciones... aunque las predicciones sean lo más acientífico que existe.

Charles era un hombre cortés, pero Sersen era sensitivo.

—Bien —dijo defensivamente—, no es más que una suposición. —Y sin embargo, pensó para sí mismo mientras guardaba su instrumento, si *es cierta* puede significar un cambio tal que la botánica sea borrada del mapa y la meteorología se vea completamente confundida. Aquel pequeño chiste privado alivió su ánimo. Cuando regresaron a su cuartel general, él y Charles se sentían tan amigables como antes. Decidieron efectuar un informe conjunto que se atuviera estrictamente a los hechos.

Mientras tanto, botánicos de todas partes estaban observando e informando de la progresiva expansión del moho. No pasó mucho tiempo antes de seguir su rastro. Se estaba esparciendo a partir de un centro, extendiéndose de la misma forma que lo hacen las ondas cuando es arrojada una piedra en medio de un lago. El centro, de ello no había la menor duda, estaba situado en la Europa occidental. España, Gran Bretaña y el norte de África presentaban la misma «alta incidencia». Francia

mostraba una incidencia aún mayor. La propagación del moho podía ser observada también en Norte y Sudamérica. Tal y tal porcentaje de árboles y arbustos habían sido atacados en las costas atlánticas; un porcentaje proporcionalmente inferior en las costas pacíficas; pero la incidencia estaba aumentando por todas partes. En cada sector del enorme y cada vez más amplio círculo, América, África, India, el moho estaba avanzando rápidamente.

Sersen prosiguió sus propias investigaciones sobre el moho, sobre el «campo de humedad» en torno a cada planta. A continuación hizo un número de cálculos relacionando el rápido índice de dispersión, el incremento medio de infestación de toda la vegetación por el moho, y el grado de humedad que resultaba de ello. Luego, habiendo comprobado y vuelto a comprobar, estuvo finalmente preparado para presentar su informe y sus conclusiones a una reunión conjunta de biólogos y meteorólogos.

Inmediatamente antes de subir al estrado, Sersen se volvió hacia Charles.

—Estoy dispuesto a enfrentarme a todas las consecuencias —dijo— porque creo que nos enfrentamos con algo que hace que la respetabilidad científica se convierta en una estupidez. Tenemos que dejar toda cautela a un lado y avisar al mundo.

—Eso es serio —dijo Charles con precaución.

—Eso es condenadamente serio —dijo Sersen, y subió los peldaños de la tribuna.

Cuando bajó, la audiencia también estaba seria; por un momento, tan seria como él. Había empezado exponiendo un mapamundi donde estaban delimitadas las amplias zonas que el hongo había alcanzado ya en aquel momento, y en el que estaban señalados también los límites que alcanzaría la oleada dentro de un par de meses. Muy pronto, casi cada árbol y arbusto a lo largo y ancho de todo el mundo estaría infestado y, por supuesto, la cantidad de moho por árbol y arbusto se incrementaría. Aquello era interesante y curioso, aunque no muy preocupante. Los mohos seguían siendo inofensivos a sus árboles anfitriones y a la vida animal... de hecho, algunos insectos parecían más bien felices con el cambio botánico. Por lo tanto, en lo que se refiere al cambio, se trataba tan solo de un cambio de ritmo en la reproducción de los mohos, lo cual no era causa para mucha preocupación, y mucho menos alarma. Lo importante era que el moho había sufrido aquella aceleración debido a que había sido el primero en beneficiarse de un cambio de clima indetectable por otros medios. Las expectativas naturales eran pues que esos insectos, las plantas anfitrionas, o algunas otras especies de mohos, sacarían provecho a su vez del cambio de condiciones, y reajustarían así el alterado equilibrio de la naturaleza.

Pero esta era solo la primera fase del informe de Sersen. Al llegar a esa fase, «el equilibrio de la naturaleza», hizo una pausa. Se volvió hacia el mapamundi con sus gráficas del desarrollo del moho. Por un momento observó otro fajo de cuadros estadísticos; luego pareció cambiar de opinión y pulsó un botón de aviso. Las luces se

apagaron, y el rayo de la máquina proyectora cruzó la oscurecida sala. La iluminada pantalla mostró un árbol; en sus ramas y troncos se habían señalado un cierto número de cruces rojas. En torno a cada cruz había un amplio círculo, tan amplio que algunos de los círculos se intersectaban.

—Caballeros —dijo Sersen—. Este es el descubrimiento que realmente importa. Hasta ahora, quizá no demasiado juiciosamente, he vacilado en comunicarlo. Que el moho se extiende es algo que ustedes ya saben. Que es particularmente sensible a algunos cambios climáticos indetectables de otro modo es algo que saben también. Ahora, deben saber ustedes un tercer hecho relativo a este asunto... es *creador* de clima. Literalmente, puede acomodar el clima a sus propias conveniencias.

»He probado que en cada uno de esos círculos, y estoy seguro de que son círculos que se van extendiendo, el moho está creando su propia atmósfera particular... una humedad curiosamente alta y estable. Los informes estadísticos que he preparado, y que tengo aquí, no permiten, considero, ninguna otra conclusión. Añadiré también que creo que podemos ver por qué ha ocurrido esto. Resulta claro en este momento qué es lo que ha permitido que este cambio sin precedentes se produzca. Hemos apretado el gatillo que ha hecho funcionar el arma. No hay la menor duda de que el moho empezó a incrementarse en primer lugar debido a que un ligero cambio en la humedad lo ayudó. Pero ahora está cooperando... o así al menos lo definiría yo. Está *haciendo que la humedad se incremente*.

»Probablemente, durante estos últimos años, hemos sido testigos de uno de esos pequeños incrementos en la humedad atmosférica que ocurren periódicamente. En sí mismo, no hubiera marcado ninguna diferencia en nuestras vidas y, por supuesto, hubiera pasado desapercibido. Pero fue en ese momento meteorológico cuando los científicos europeos empezaron a tener éxito en crear un nuevo tipo de moho de desarrollo rápido que podía crear grasas. Este es, quizá, el más notable de todos los esfuerzos de guerra, quizá la más poderosa de todas las armas defensivas... contra un enemigo humano. Pero en lo que respecta al mundo más allá del hombre en el que vivimos puede resultar tan peligroso como una llama desnuda en una mina llena de grisú. Porque, debo recordarles, los mohos son plantas que se reproducen por esporas. Los hongos son de lejos las formas de vida más resistentes. Se reproducen incesantemente, y se desarrollan bajo condiciones que ninguna otra forma de vida podría soportar. Cuando uno juega con vida que se reproduce a base de esporas puede dejar suelto en cualquier momento algo cuyo inmenso poder haga que la dinamita parezca un detonador mojado. Creo que el hombre acaba de hacer precisamente eso... ha dejado salir al genio de su botella, y puede que nos encontremos completamente indefensos ante él.

Sersen hizo una pausa. Las luces volvieron a encenderse. El doctor Charles se levantó y llamó la atención del presidente de la asamblea. El doctor Charles tartamudeó afirmando basándose en su conocimiento del mundo vegetal que esperaba que las dramáticas observaciones del doctor Sersen no fueran tomadas gravemente ni

por la prensa ni por el público. El doctor Sersen había hablado de materias botánicas. El doctor Charles deseaba decir que él y sus colegas habían tenido el moho bajo extensa y cuidadosa observación. Podía declarar categóricamente que no era peligroso.

Sersen no había abandonado el estrado. Regresó a la tribuna.

—No estoy hablando como botánico —exclamó—. Estoy hablando como meteorólogo. Les he dicho algo de lo que tengo la completa seguridad... el equilibrio de la vida ha sido trastocado. Ustedes dan por sentado que el único equilibrio es la vida contra la vida, animal contra animal, vegetal contra vegetal. Estuvieron acertados llamando a un meteorólogo, pero no les va a servir de nada a menos que comprendan lo que estoy diciendo.

La audiencia se agitó ofendida en sus asientos. No era científico tanta urgencia. Además, ¿no había dicho Charles que no había peligro? ¿Pero qué era lo que estaba diciendo ahora aquel extraño individuo?

—Sé, cualquier meteorólogo sabe, que este equilibrio de la naturaleza es mucho más enorme y más delicado de lo que ustedes quieren sospechar. Toda la vida está equilibrada contra su medio ambiente. Pueden aparecer ciclones, el clima puede cambiar, una era glacial puede iniciarse como resultado de una alteración atmosférica tan pequeña que ningún lego sea capaz de apreciarla. En nuestra atmósfera, ese maravilloso velo y malla bajo la cual estamos protegidos y en la que crecemos y nos desarrollamos, vivimos en unas condiciones de extraordinaria delicadeza. El agente catalítico correcto —o mejor el exactamente equivocado— puede enviar repentinamente a todo el conjunto a otra disposición distinta, una que puede ser desesperadamente desagradable para el hombre. Se ha necesitado un sorprendente equilibrio de fuerzas para permitir que los seres humanos vivan aquí. Ese es el equilibrio que hemos destruido. Miren afuera.

Estudió a su audiencia. Todos permanecían sentados, satisfechos de sí mismos, seguros, solo un poco molestos de que un demasiado excitado colega se estuviera comportando tan poco científicamente... históricamente casi. De repente, con un estremecimiento de desesperación, Sersen se dio cuenta de que era inútil esperar convencer a aquellos expertos seguros de sí mismos. Esas eran las auténticas mentes que pacientemente, persistentemente, ciegamente, habían llevado a cabo los cambios que iban a derrumbar la casa desde sus cimientos. Nunca habían preguntado, nunca habían deseado preguntar, cuales podían ser los efectos generales y definitivos de su constante socavar. Eran simplemente otra especie de termitas, pensó Sersen, mientras contemplaba las hileras de rubicundos rostros y brillantes y marfileñas coronillas. Horadamos y horadamos, intentando convertirlo todo en «bienes de consumo», hasta que repentinamente toda la estructura de las cosas se desmorona a nuestro alrededor.

Abandonó el estrado, aceptando los educados agradecimientos, y regresó a su casa. Una semana más tarde sus anfitriones botánicos habían dejado incluso de hablar de sus extraños modales. Casi nadie más supo de su informe.

La primera noticia de los trastornos —o mejor dicho el primer rumor (porque tales historias de la naturaleza eran demasiado triviales como para ocupar un lugar en los periódicos saturados por las batallas)— llegó de las huertas situadas en los valles profundos. Los cultivadores de árboles frutales comenzaron a murmurar cuando el Valle Imperial, caliente y seco como el infierno, empezó a informar del mismo fenómeno que los demás lugares. Al principio apareció por las noches, mientras que durante el día se esfumaba; de modo que no pareció más que una extraña e inconsecuente rareza sin importancia. Pero si uno salía afuera en una noche de luna llena podía ver un extraño espectáculo. Cada árbol parecía poseer una especie de envoltura iridiscente, una pequeña nube blanca o plateada envolviéndolo.

Por supuesto, poco después de esto, los datileros tuvieron algo de lo que protestar. Los dátiles no soportaban la humedad... y cada nube plateada era, para el árbol a cuyo alrededor se enroscaba, un baño de vapor. Pero los plantadores de dátiles, se decidió, todos los plantadores en general, protestaban por cualquier cosa; no habían dejado de protestar desde que el nuevo sistema de irrigación del Colorado había cubierto toda la llanura. El incremento de la humedad tenía que afectar inevitablemente sus plantaciones cuando el valle se convirtió en un gran oasis.

Los botánicos no deseaban ocuparse de nuevo del asunto. Botánicamente, carecía de interés. La investigación había sido oficialmente cerrada. Pero el fenómeno siguió siendo observado cada vez en más y más lugares.

El asunto pareció alcanzar entonces una especie de punto de saturación. Se produjo una nueva especie de precipitación. La nube en torno de cada árbol y arbusto, que ahora era visible incluso durante el día, podía, en un cierto momento, extender unos tentáculos como zarcillos y contactar con las demás nubes que se expandían y ensortijaban a su vez sobre el suelo en dirección a los árboles vecinos. Sersen, que había abandonado su trabajo oficial para seguir el desarrollo de este asunto, describió esa noche crítica cuando, con una sonrisa de profético placer, vio sus previsiones cumplirse ante sus ojos. Sus últimos papeles, que se deshacían a causa de la humedad, resultaron descifrables para sus biznietos.

—Me inmovilicé de pie —dijo— en un promontorio rocoso al sur del Mar de Salton. La luna llena estaba surgiendo tras de mí e iluminaba todo el Valle. Pude ver los campos de frutales resplandeciendo, cada árbol rodeado por su propia nube. Era como un rocío gigantesco; cada gota con el tamaño de un árbol. Y entonces, mientras observaba, simplemente como una gran marea, un arrasante flujo de blancura se extendió sobre todas las cosas. Los glóbulos se unían los unos a los otros, hasta que estuve contemplando un sólido mar de un blanco coagulado, mucho más denso que la bruma o la niebla. Parecía tan firme, hermoso y muerto como la luna llena que colgaba encima. «Un nuevo Diluvio», me dije a mí mismo. «¿Acaso no pregunté quién tenía razón? ¿Acaso no predije su llegada y no advertí que era obra del propio hombre?»

Evidentemente Sersen quedó justificado. Porque, a la mañana siguiente de aquella vigilia, cuando el sol se alzó, la Niebla no. Permaneció inmóvil en su lugar, manteniendo su nivel, resplandeciendo blanca como una sábana de hielo cubierta por la nieve, rechazando de vuelta al espacio cualquier rayo de calor que incidiera sobre ella. El aire inmediatamente encima era claro como el cristal. El valle estaba sumergido bajo un elemento que parecía lo suficientemente sólido como para andar sobre él. El cambio era evidentemente tan complejo porque era doble, un repentino proceso recíproco. Toda la humedad se había acumulado bajo la superficie de la Niebla, una superficie tan distinta como la superficie del agua. Consecuentemente, todas las nubes, humedad, y vapor acuoso en el aire por encima de la Niebla habían sido evidentemente drenados de él por aquella nueva densa atmósfera. Era como si la vieja atmósfera hubiera sido leche. El moho actuaba como una especie de cuajo, y así, en vez de leche, allí quedaba únicamente aquella dura cuajada y el claro suero encima. El cielo por encima de la Niebla ya no era de un azul profundo... era casi de un negro lívido; en él, el sol era de un intenso y duro blanco, y la mayoría de las grandes estrellas eran visibles en pleno día. Así, fuera de la Niebla, todo era desesperadamente frío. Y por la noche aún era mucho peor. Bajo aquel frío la Niebla se extendía enormemente densa, como una helada capa de nieve.

Bajo la superficie de la Niebla, las condiciones eran aún más extrañas. Penetrar en ella era como penetrar bruscamente en plena noche. Todas las luces debían ser mantenidas encendidas durante todo el día. Pero no servían de mucho. Como en una de las peores neblinas de antes, peor ahora a un grado mucho más intenso, las luces no conseguían penetrar el aire. Por ejemplo, los rayos de los faros de un coche formaban un cono de menos de un metro, cuya base parecía una circular mancha de luz dirigida a una opaca pantalla blanca. Era posible moverse en la Niebla, pero solamente a un paso muy lento... de otro modo uno no dejaba de tropezar contra cosas. Se trataba de ir tanteando todos los objetos que bruscamente surgían ante uno... el tipo de mundo en el que debería vivir un miope intenso si perdiera repentinamente sus gafas.

Pronto, por supuesto, la gente empezó a darse cuenta con desaliento de los efectos de la Niebla en huertas y jardines, en casas y bienes. Nada estaba ya nunca seco. Los objetos no llegaban a saturarse, pero si eran absorbentes estaban siempre profundamente mojados. El papel se deshacía, la madera se pudría, el hierro se oxidaba. Pero el cemento, el cristal, la cerámica y la piedra no resultaban afectados. Las ropas también seguían sirviendo adecuadamente con tal de que el que las llevaba aceptara el no ir nunca completamente seco.

El primer pensamiento en las zonas que primero resultaron afectadas fue, naturalmente, trasladarse a otras. Pero la Niebla también se trasladó. Cada noche algún gran valle «desaparecía» repentinamente. El árbol de Niebla alrededor de cada árbol se extendía, se unía a sus compañeros, y terminaba formando un frente y una superficie sólidos. Luego le llegaba el turno a cada valle sumergido por la Niebla, a

cada lago de niebla, de unirse con aquellos adyacentes a él. El nivel general de esos lagos ascendía entonces. En vez de existir, como hasta aquel momento, amplias zonas inundadas de tierras bajas, pero en general zonas de tierras altas seguras, ahora las cosas eran muy distintas. Las cúspides de las montañas se habían convertido en hileras de arrecifes e islas que emergían de un brillante océano que cubría toda la superficie de la tierra, hasta una altura de dos mil metros.

Cualquier esperanza de futuro viaje aéreo quedó descartada. En la Niebla, la falta de visibilidad, por supuesto, lo hacía imposible. Por encima de la Niebla, uno podía ver hasta el borde de la tierra: los horizontes, desprovistos de toda modulación por la bruma, parecían tan próximos que uno creía poder tocarlos con la mano. Tan lejos como alcanzaba la vista, por encima de la Niebla, las cualidades de cercanía y lejanía parecían una sola cosa. Pero aunque los hombres pudieran vivir en ese tenue aire y bajo esa luz «no protegida», ningún aparato aéreo hubiera podido sustentarse allí.

El viaje por mar no era mucho más sencillo. Naturalmente, la superficie de los océanos se hallaba también bajo la sábana de la Niebla, tan inmóvil como la propia agua a miles de brazas de profundidad. Pero sobre esa oleosa superficie —ese desierto desprovisto de rasgos y compuestos de inmóvil agua— cualquier hombre perdía completamente su rumbo a tan solo unos pocos metros de la orilla. Ni sol ni estrellas aparecían ya sobre el mar para orientarle. Así que el hombre abandonó pronto el mar más allá de los bajíos más cercanos a la costa. Incluso aunque hubiera podido trazar su rumbo sobre el océano, tampoco hubiera podido tomarlo. No había ni un soplo de viento para hinchar una vela, y los humos de cualquier barco de vapor o motonave se hubieran estancado alrededor del buque y hubieran casi asfixiado a la tripulación.

Retirarse a las alturas se reveló también inútil. Porque cuando la Niebla se estabilizó a dos mil metros, era inútil pensar en intentar vivir por encima de ella. Aunque las limitadas zonas hubieran podido proporcionar el sitio suficiente para albergar a todas las poblaciones fugitivas, no había la menor esperanza en aquella dirección. Porque el frío era ahora tan intenso sobre la Niebla que ninguna planta podía crecer allí. Y peor aún, como pronto se descubrió a costa de la vida de aquellos que se aventuraron ahí afuera, a través de aquel aire sin protección alguna —un aire que era tan tenue que apenas podía ser respirado— llegaban también unas radiaciones ultravioletas tan intensas procedentes del sol y del espacio exterior que una corta exposición a ellas era fatal.

Así que las pocas mesetas y cadenas montañosas que se elevaban por encima del nivel de los dos mil metros emergían como el costillar de un esqueleto bajo las estrellas que ya no parpadeaban y el blanco y cegador sol. Tras unas pocas expediciones de exploración a esos espacios abiertos, los hombres se dieron cuenta de que debían contentarse con una vida bajo la superficie, un nuevo tipo de existencia parecida a la de los peces, sujetos al fondo de un estanque que hasta entonces había sido todo su mundo. Iba a ser una forma de vivir pobre y confinada, pero por encima

de aquella superficie estaba la muerte. Unos pocos exploradores regresaron, pero, aunque un pez sacado del agua puede recuperarse si se devuelve a ella lo suficientemente pronto, todos los exploradores de encima de la Niebla sucumbieron de su exploración. Tras unos cuantos días, las lesiones y heridas provocadas por las quemaduras de los rayos X aparecieron. Si, después de eso, el sistema nervioso no se desmoronaba, el desdichado hombre literalmente se deshacía en pedazos.

Debajo de la sábana de Niebla, los hombres empezaron a trabajar a tientas, dolorosamente, en busca de una nueva forma de vida. Por supuesto, eso tenía que hacerse sin preparación, de modo que el coste fue colosal. Todos aquellos propensos a las dolencias reumáticas y a la tisis murieron rápidamente. Solo muy pocos sobrevivieron. El hombre había sido lo suficientemente inteligente como para atraer hacia abajo el techo de la atmósfera que tan orgullosamente colgaba sobre su cabeza, pero nunca aprendió como alzar de nuevo una protección tan alta, espaciosa y agradable como el domo azul del cielo. La línea divisoria del aire fue una precipitación final, un cambio no reversible hacia la entropía final. El hombre podría sobrevivir, pero únicamente al precio de verse hasta el final de su permanencia sobre la tierra confinado bajo una delgada película de aire precipitado. Quizá, aunque se hubiera visto libre y hubiera poseído el poder de moverse rápidamente y ver con mayor penetración, hubiera sido una tarea demasiado grande para él el intentar «elevar el aire». Como descubrió ahora, atrapado bajo el colapso que él mismo había ocasionado, ni siquiera tenía la posibilidad de indicar un plan de una reconstrucción tan enorme.

Su trabajo, pues, era simplemente luchar por seguir manteniéndose con vida. Y, dentro de los límites impuestos, esto no era absolutamente imposible. Ciertamente, toda su pasión por la velocidad y los viajes y ver más lejos y más rápidamente, todo eso había desaparecido. Él, que apenas acababa de darse cuenta de que volar era lo más natural, se veía ahora confinado no solo a un torpe caminar, sino a un arrastrarse. Era una vida a su más bajo nivel. Por supuesto, gran número de personas murieron solo en la primera confusión, cuando se estableció la oscuridad, antes de que el cambio permanente en la humedad y la luz se llevara consigo a los demás millones que no pudieron adaptarse por sí mismos. Pero, tras un tiempo, no solo la salud del hombre sino también sus ojos empezaron a adaptarse a la perpetua tenebrosidad. Empezaron a darse cuenta de que aquella lóbreguez no era una oscuridad absoluta. Gradualmente, un número cada vez mayor aprendió a ser capaz de moverse sin ayuda de lámparas. Naturalmente, descubrieron que podían ver mejor si cultivaban su «visión nocturna», esta antigua parte del ojo olvidada desde hacía tanto tiempo por el hombre cuando creyó que era dueño de todas las cosas. Fueron ayudados también gradualmente por un tipo de débil fosforescencia, una «luz fría», que (probablemente otra mutación del moho) aparecía en la mayor parte de las superficies cuando no eran tocadas, delineando así los objetos con una débil y fantasmal luminosidad.

Así, a medida que la vida descentralizada se establecía por sí misma, los hombres

descubrieron que no habían perdido tanto como parecía. La guerra no tenía razón de ser, de modo que esa terrible hemorragia social había desaparecido. El dinero había quedado fuera de lugar, así que esa singular opresión que controlaba el intercambio de bienes desapareció. Los hombres simplemente no podían disponer más que de lo que tenían, y descubrieron que tenían mucho más de lo que pensaban. Por una razón muy sencilla, resultaba inútil atesorar nada, acumular bienes, bienes reales, usables, comestibles, a la espera de una subida de los precios. Se pudrían. El antiguo epitafio medieval se mostró completamente cierto en esa nueva edad oscura: «Lo que he gastado lo tengo; lo que he guardado lo he perdido». Así pues, la vida se volvió más inmediata y, cosa que la gente nunca había sospechado, más real debido a que era menos difusa. Era completamente inútil poseer un cierto número de cosas que hasta entonces se habían considerado como necesidades. ¿Coches? Uno no podía pensar en viajar a mayor velocidad que a siete kilómetros por hora, y a menudo ni siquiera a esa. ¿Radios? Todas estaban simplemente inutilizadas; además de que el aislamiento de los receptores contra la humedad nunca había sido el adecuado a las presentes circunstancias, las capas radiorresonantes de la alta atmósfera se habían visto completamente alteradas. Una gimoteante estática era la única respuesta a cualquier intento de reestablecer la comunicación inalámbrica.

Era un mundo pequeño, cerrado sobre sí mismo, peatonal. Incluso los caballos eran demasiado briosos; y eran tan ciegos en la Niebla como lo eran los humanos. En cuanto a la propia casa, uno apenas era capaz de ver más que su puerta delantera. El metal apenas era usado. Fundirlo era problemático (los humos no se dispersaban y podían llegar a asfixiar a todo el mundo en kilómetros a la redonda de la fundición), y cuando se obtenía el hierro o el acero este empezaba a oxidarse casi inmediatamente. En vez de ello eran usados cuchillos de cristal. Eran muy afilados. Los hombres aprendieron de nuevo, tras decenas de miles de años de olvido, como tallar la piedra, el cristal y las rocas silíceas para obtener todo tipo de herramientas precisas y cortantes.

Una de las necesidades primarias del hombre, que se había convertido casi en una obsesión para él, ese anhelo animal de acumular reservas de comida, ese temor que, desde el alba de la civilización, había hecho que sus graneros fueran tan vastos como sus fortalezas, esta necesidad, este enemigo, fue borrado por otro fenómeno botánico subproducto de la Niebla. El curioso clima sub-Niebla favorecía el crecimiento de un hongo comestible. Era como una especie de maná. Se podría si uno lo almacenaba. Pero crecía copiosamente por todas partes, por sí mismo. Por supuesto, reemplazó a la hierba: allá donde antes había crecido la hierba ahora crecía el hongo. Comido crudo, tenía buen paladar y era altamente nutritivo... más sabroso y más completo que cuando era cocido (lo cual era una bendición en sí mismo, ya que todos los fuegos ardían mal y los humos eran ofensivos en el denso aire). El hombre, como los peces, vivía en un tenebroso pero fructífero elemento.

La temperatura media bajo la Niebla se había establecido exactamente a 19'5

grados, debido, evidentemente, a algún equilibrio básico, como el que mantiene el agua del mar por debajo de una cierta profundidad a 4 grados constantes por encima del punto de congelación. Los hombres, pues, jamás tenían frío.

Solían permanecer casi todo el tiempo dentro de sus casas, formando pequeños núcleos. ¿Qué utilidad tenía el salir? Todo lo que uno necesitaba y podía usar estaba junto a su puerta. No había nada que ver... la visión estaba limitada a poco más de un metro. No tenía ninguna utilidad el intentar ocupar el territorio de nadie. Todos tenían lo mismo: todos tenían suficiente.

Las artes también cambiaron. El arte de los objetos desapareció. Y así, una forma de arte menos coleccionable ocupó su lugar. Los libros no perduraban; como consecuencia de ello, la memoria se incrementó notablemente, y los hombres llevaban sus bibliotecas en su cabeza... una forma mucho más barata y mucho más conveniente. Como resultado de ello, la precisión académica, la constante cita de autoridades, desapareció. Una nueva edad épica resultó de todo ello. Entre sus tinieblas, el hombre compuso, improvisó, desarrolló grandes obras épicas, sagas, coros, que crecieron como enormes árboles, generación tras generación, floreciendo, dando frutos, proyectando nuevas ramas. Y, a medida que la prístina poesía de los bardos regresaba, se unía de nuevo con su hermana de leche, la música. Los instrumentos de viento y de cuerda hechos de madera habían sido arruinados por la humedad. Pero los instrumentos de piedra, como aquellos usados por las culturas primitivas, volvieron... ofreciendo las más puras notas. Las orquestas de flautas de jade y mármol, traslúcidos gongs, xilófonos de transparente cristal, brotaron por todas partes. Del mismo modo que los árabes, nómadas sobre un océano de arena, no poseían artes plásticas, sino en vez de ello un maravilloso arte auditivo de canciones y versos cantados, del mismo modo el creativo poder de los hombres en la Época Umbría pasó del ojo al oído. Naturalmente, el denso aire que frenaba la vista creaba nuevos caminos y extensiones auditivas. El hombre podía oír a kilómetros de distancia: sus oídos se hicieron más sensitivos, como los de un perro. Y con esta agudeza vino la sutilidad. Empezaron a apreciar los intervalos de sonido que para los antiguos hombres del aire libre eran imperceptibles. Los hombres se dedicaron a vivir ampliamente para la música, y descubrieron que habían efectuado un cambio ventajoso cuando miraron las últimas muestras semidescompuestas del arte pictórico.

—Sí —dijo el biznieto de Sersen, cuando el shock del cambio hubo pasado y la humanidad se acostumbró a sus nuevas condiciones—. Sí, sospecho que no estábamos hechos para las grandes visiones, para el enorme mundo por el que el antiguo hombre deambulaba. Era lógico que se le hubiera dado al hombre animal el aire libre. Pero cuando hubo adquirido el suficiente poder sin la necesaria sabiduría, entonces tenía que replegarse sobre sí mismo o hubiera disparado contra todo y lo hubiera bombardeado todo hasta eliminarlo de la superficie de la tierra. Porque ya estaba viviendo en túneles cuando llegó la Niebla. Y afuera al aire libre, los hombres, poderosos como nunca antes lo habían sido, murieron sin embargo por millones,

murieron de la misma forma que lo hacen los insectos en una helada, pero murieron en manos los unos de los otros. La superficie condujo a los hombres fuera de los campos. Eso fue, creo, lo que hizo que la Mente decidiera que no éramos ya adecuados para seguir existiendo allí. Estábamos yendo demasiado rápidos y subiendo demasiado alto como para ver lo que estábamos haciendo realmente. De modo que la Mente dejó que el hombre creyera que todo lo que tenía que hacer era crear su comida fuera de los campos. Eso era el Moho Comestible, y eso condujo directamente, como previó claramente mi bisabuelo, al trastorno de la atmósfera, a la revolución meteorológica. Realmente fue un catalizador, haciendo que el bien mezclado aire, que siempre habíamos considerado como la única atmósfera posible, se dividiera en dos capas tan distintas entre sí como el agua y el aire. Estamos seguros como estamos ahora. La Mente sabía esto, y actualmente estamos mejor con nuestra Niebla, por drástica que haya sido.

»Quizá, algún día, cuando hayamos aprendido lo suficiente, la Niebla se alce, y el antiguo y alto techo vuelva a su anterior posición para nosotros. Puede que la Mente diga de nuevo: “Intentadlo otra vez. El Segundo Diluvio ha desaparecido. Id y repoblad la tierra, y esta vez recordad que estáis completamente solos”. Mientras tanto, doy las gracias por estar tal como estamos.

Título original:
THE GREAT FOG
Traducción de Domingo Santos

AQUELLA LARGA NOCHE

NORMA VITI

Norma Viti ha figurado ya en sumarios anteriores de ND, con relatos que han recibido una muy buena acogida por parte de nuestros lectores. Sobre su personalidad creemos que ya dijimos lo suficiente al presentar su relato *El grimorio* en ND 136. Dedicuémonos aquí pues, más que a la autora, a la obra. *Aquella larga noche* se halla exactamente en la cuerda floja entre lo que podríamos calificar como SF/fantasia/recreación, algo muy alejado de la SF tradicional y que tantos seguidores tiene hoy entre los autores de todo el mundo.

Puede que algunos de nuestros lectores nos digan que, sin los cinco últimos párrafos, el relato es perfectamente publicable sin la etiqueta de SF, y constituye un relato *completo*.

Entre otras cosas, la recreación de la ceremonia azteca que describe el relato es, desde todos los ángulos, perfecta.

Pero, ¿qué mayor mérito hay que el incluir *dos* obras en una, es decir, darnos un espléndido relato histórico a lo largo de las primeras páginas y, al final, en un originalísimo giro, convertirlo todo en un magnífico relato de ciencia ficción?

LA IMPACIENCIA

Oscuridad. Sobre la gran plaza de piedra el resplandor de mil constelaciones. A sus pies la multitud apiñada ante la Puerta del Naciente. Antorchas que se reflejan en incrustaciones de obsidiana y humo que huele a resina se ciernen sobre la Losa de los Sacrificios. Sobre esta, la víctima —una muchacha de otra tribu— se ha ido en cada uno de los hilos de sangre que gotean sobre el piso. Aún flota en el aire la expectación del gran momento: cuando Nahpul, el sacrificador, se ha inclinado sobre ella para arrancar la palpitante ofrenda del dios. Ese que está a punto de nacer. El que marca el final de cada noche al asomar su roja faz por la Puerta del Naciente. Como desde siempre, todos lo esperan. Pero, nadie sabe exactamente por qué, esta Noche parece presagiar algo distinto. De la selva vecina no llega el canto de un solo pájaro. También permanecen extrañamente mudos los grillos domésticos. En el cielo aún no se vislumbra ninguna claridad.

La noche se prolonga, tenebrosa.

Los pechos suspiran.

Como al final de cada noche, acurrucado bajo los jaguares de piedra que coronan el friso del Templo, está Tehnal, el Sumo Sacerdote. Arrugas más profundas que nunca zanján su rostro apenas disimulado bajo la máscara ritual del Murciélagu. Es tan viejo que en la Ciudad ya no vive nadie capaz de recordar el nombre de su

antecesor. Parece tan frágil que se tiene la impresión de que hasta un niño podría quebrarlo como a una caña seca. Sin embargo, su poder es tan grande que bastaría un ademán suyo para que toda esta multitud marchara a la caza de esclavos o a recoger la cosecha. Todos respetan sus juicios y acatan sus decisiones. Sus nombres son El Adivino, Brujo Nocturno, El que Dialoga con los Dioses. Creen que su magia atrae a la lluvia y que son sus invocaciones las que despiertan al dios.

Una sonrisa sin alegría distiende los labios del anciano.

Solamente los de su casta saben que él se burla de los dioses y de los que en ellos creen. Son apenas unos pocos los que saben que no existe magia sino Ciencia. Los que —como él— han vislumbrado los ciclos matemáticamente exactos que rigen el universo.

El resto, ignorante, espera.

¿Por qué tarda tanto el dios?

Tehnal, el que sabe, también espera.

La Noche extiende sobre todos sus alas de sombra.

LA INQUIETUD

Nerviosismo ya. Manos que transpiran. Ojos que no parpadean, que no cesan de vigilar la Puerta del Naciente. No todo es ansiedad; también hay sed, cansancio. Tal como lo señala el ritual, toda la familia de Kele —Caballero del Clan del Águila— se ha purificado masticando semillas del árbol Pek, ha teñido sus pómulos y las palmas de sus manos con polvo de turquesa, ha apagado hasta el último rescoldo del hogar y ha acudido, como al final de cada noche, a presenciar el nacimiento del dios. A Kulka, la esposa más joven —y quizá la más amada— no le falta mucho para dar otra vida a la tribu. Se la ve cansada. Su agotamiento se hace patente en los párpados que por momentos se le entrecierran, en la hinchazón de las venas del cuello. Y no es la única. Ya van varias veces que Nokal —la más vieja— se ha visto obligada a llenar con pasta de semillas semimasticadas la boquita del hijo más pequeño, tratando de evitar el sacrilegio. En la oscuridad, los ojos inocentes de los niños buscan y no encuentran piedad o explicaciones en la rigidez de los adultos.

El dios ya debería estar allí.

El dios. Dispensador de la Vida y de la Muerte. Dador de la Luz. Señor de las Cosechas. Amante de la Lluvia bienhechora y Padre del Arco Iris. El que aleja con sus rayos al funesto Pájaro Chiquil y ahuyenta a los famélicos Perros de las Tinieblas. ¿Por qué esta demora? Nunca, en toda la existencia de Kele, ha transcurrido una Noche tan larga. Hasta el aire parece enfriarse. Los niños tiritan. Y sin embargo, todas las frentes están brillantes de sudor. ¿Cuánto tiempo llevan en la plaza, sin hablar, sin siquiera moverse, como ordena el ritual? La resina se ha ido consumiendo y el humo de las antorchas huele cada vez peor.

Atrás en las últimas filas, una mujer rompe a llorar, olvidando la prohibición. Antes de que el sacrificador, furibundo, tenga tiempo de averiguar quién fue, se oye un golpe seco, cortante, y en seguida un borboteo como de vasija que se derrama. Nada más. El sacrilegio ha sido castigado.

El silencio vuelve a oprimirlos.

LA ANGUSTIA

El viejo Tehnal respira con la boca entreabierta. El aire silba al deslizarse entre sus mandíbulas sin dientes. Nadie puede espiar su expresión, oculta bajo la faz del Murciélago. Muy pocos pueden imaginar la magnitud de su desconcierto. Por primera vez en su dilatada existencia, ni los Textos Sagrados, ni los jeroglíficos de la Piedra de las Estaciones sirven para explicar lo que acontece en el cielo. Mientras la desazón hace presa de los que se golpean en la plaza, la mente de Tehnal el Sabio ha comenzado a enredarse en las mil telarañas de la duda. Porque él sabe que no existen dioses ni demonios. Porque ha repasado hasta el cansancio sus cálculos. Porque está seguro de que no hay posibilidad de eclipse ni de error.

Antiguísimas tradiciones que lo aterrizaraban en su infancia han comenzado a rondar como alimañas en torno a sus pensamientos. Leyendas, historias acerca del Fin de los Tiempos. *Vendrá la Noche, vaticinaban, en que los astros se detendrán. Todo movimiento perecerá. Y las Tinieblas reinarán para siempre sobre la Tierra muerta.*

El viejo Sumo Sacerdote aprieta sus mandíbulas. Sabe que no debe dejarse dominar por la zozobra. Los mitos, la religión, son útiles solo para gobernar a gente como Nahpul, como sus guerreros; salvajes apenas salpicados por un barniz de civilización. Pero él, Tehnal, es de otra fibra. Él sabe. Ha estudiado las ocultas relaciones de los números y conoce las inexorables costumbres de las estrellas.

Un aullido, aún lejano, brota del lado de la selva.

Todos se estremecen.

Incluso el Sumo Sacerdote. El que no se deja engañar por leyendas ni supersticiones. El que en secreto se ríe del Pájaro Chiquil y de los Perros de las Tinieblas.

El ulular se repite, ahora más cercano.

La Noche crece.

EL MIEDO

Nahpul, el hombre de las manos rojas, juguetea nerviosamente con el Puñal de los Sacrificios. Esa hoja de metal siempre brillante destinada exclusivamente a extraer el

alimento del dios. Es un arma preciosa y extraña, implacable como la garra del jaguar. Nadie, ni siquiera Tehnal con toda su sabiduría, ha logrado precisar jamás su origen. Algunos pretenden que es un regalo dejado por los mismos antepasados inmemoriales que cincelaron la Piedra de las Estaciones y sentaron los basamentos de la Ciudad. Otros creen que se trata de un cuchillo que extravió la diosa Motli durante su breve peregrinaje sobre la tierra. Fuere lo que fuere, Nahpul está orgulloso de que a él, a sus poderosas manos, haya sido confiado este Puñal. Íntimamente satisfecho de ejercer la sagrada función de Alimentador del dios.

Y no puede disimularlo. Esta Noche, esta tardanza, lo tiene inquieto. Su mente — de ordinario concentrada únicamente en la perfección de su tarea— se desboca, galopando por mil sendas de inquietud y misterio. Por momentos piensa que el corazón de la víctima no era todo lo rojo y bien formado que cabía esperarse. O que la senilidad del Sumo Sacerdote le hizo equivocarse la invocación. Sin poder evitarlo ha vuelto a recordar aquella profecía que no mucho tiempo atrás la tortura arrancara a un prisionero de otra tribu: *Tu dios bebe sangre igual que las fieras. Algún día estará tan ahíto que no podrá escapar a los Perros de las Tinieblas. Entonces lo alcanzarán, se lo comerán a dentelladas... Tu dios no volverá a aparecer*: Nahpul mira sus manos manchadas. *Y su muerte será también la de su pueblo.*

En algún lugar de la plaza, una cabeza, cubierta con el yelmo de escamas que distingue a los Caballeros de la Serpiente, pronuncia las fatídicas palabras:

—El dios no quiere nacer.

Y en el breve lapso de un suspiro, ese temor ha cobrado vida; ha pasado de boca en boca, de corazón a corazón. Parece enraizarse entre las mujeres.

La Tierra es una madre cuyo parto se presenta difícil.

Y nadie lo sabe mejor que ellas: cuando una criatura no quiere abandonar el vientre materno, es preciso *obligarla* a nacer.

No cabe otro remedio.

Tehnal se muerde los labios.

Nahpul, en cambio, no se demora en sentimentalismos ni en dudas. No en vano ha sido nombrado El Sacrificador. El ritual lo manda; él simplemente ejecuta. Un ademán de su brazo siembra la intranquilidad entre las mujeres. Sin embargo, todos lo saben, ninguna se resistirá.

Apenas sobrevive alguna antorcha. Brazos musculosos conducen o empujan en medio de una oscuridad casi total. Hay algún sollozo, algún último abrazo desesperado, pero poco más. Las elegidas en razón de su estado parecen haberse resignado a su destino. Unas pocas sonrían valerosamente. Son las esposas que aman a su pueblo y gustosas le traerán al dios.

Kele se pasa una mano sobre los ojos.

Y la retira húmeda.

Pero estas lágrimas no deben ser mal interpretadas. Kele es un hombre. Más aún: es un guerrero. Más que un guerrero: un Caballero del Águila. Y para un Caballero no es un deber sino un orgullo el brindar al Puñal del Sacrificador el vientre grávido de la más joven de sus esposas. En realidad, Kele hubiera dado con alegría no solo a la bella Kulka sino también a las otras. Él mismo ha contribuido a tenderla sobre la ya empapada losa. Él mismo ha sujetado con todo cuidado las ligaduras y ha deseado con todas sus fuerzas que el puñal hienda, y que las manos rojas extraigan. Y que el llanto del niño halle un eco de luz en la Puerta del Naciente.

Pero no ha sucedido así.

Por eso la mano del Caballero está húmeda.

El niño —todos los niños— ha nacido muerto.

EL FIN

La multitud abandona la plaza en silencio.

Es como un gran cadáver que se arrastra sin fuerzas mientras su cuerpo se va desmembrando poco a poco. Nadie llora, nadie habla; nadie parece alentar la menor esperanza. Solo de tanto en tanto, algún par de ojos se vuelven involuntariamente hacia el cielo. Pero es inútil. Solo las estrellas devuelven, indiferentes, esas miradas. Un viento negro recorre las calles como un heraldo de muerte. El frío es cada vez más intenso. En las casas sin lumbre —también en la de Kele—, familiares y esclavos aguardan arrodillados sobre la esterilla de los rezos.

A la tenue luz de las estrellas que penetra por la puerta, Kele pasa revista en silencio. Todos están allí. Sus ojos recorren desapasionadamente los rostros de ceniza de sus esposas, el cuerpecito tembloroso del niño más pequeño. También a sus otros hijos e hijas. También el pecho henchido de promesas de su primogénito. Las cabezas sin adornos de los esclavos. Las veintisiete aves de corral que constituyen su modesta fortuna. La gran culebra verdeazulada que protege a la casa de las alimañas que suelen llegar desde la selva.

Todos aguardan, el gesto adusto, los ojos fijos en el suelo. Ninguno se resistirá. En la mano del fiel Nokal tiembla la cajita donde permanecen mudos los grillos domésticos.

Una mueca torva deforma las facciones del Caballero.

¿Para qué esperar más?

La oscuridad se ha detenido para siempre sobre ellos.

Pronto, la Jauría de las Tinieblas se lanzará sobre las calles.

Kele clava la lanza ante el umbral de su casa. En el asta flamean las plumas

negras y doradas que indican que allí se ha extinguido una casta de guerreros.

Después busca en su cintura.

Su mano se cierra, resuelta, sobre la empuñadura de obsidiana.

EL EPÍLOGO

Y la sangre corrió bajo la luz de las estrellas.

(CÓDICE NUOVO VATIC. 61 C.S., folio CXVII)

—Eran guerreros, pero también agricultores. Poseían una completa organización social. La religión ocupaba un lugar muy importante en sus vidas, pero también producían hábiles ingenieros y arquitectos. Eran excelentes matemáticos. Su astronomía estaba tan avanzada como la de sus coetáneos europeos. Habían logrado medir la exacta duración del año solar; festejaban los solsticios y los equinoccios. Incluso sabían predecir los eclipses. —Rumores. Comentarios. Alguien se queja en inglés de los insectos—. Nadie sabe qué fue lo que les sucedió. Por qué se extinguieron de golpe. Los primeros exploradores que visitaron estas ruinas aseguraron haber encontrado todo en perfecto orden. Las expediciones posteriores tampoco pudieron detectar huellas de cataclismos, de epidemias o de hambrunas, de revueltas, de guerra. El único acto de vandalismo, que solo contribuye a ahondar el enigma, es la destrucción al parecer deliberada de la gran Piedra circular donde habían esculpido su Calendario. —Murmullos otra vez—. Por qué hicieron eso, nadie lo sabe. Los mitos de los indígenas de la región mencionan una especie de Fin del Mundo local, absolutamente increíble. Lo llaman «la Larga Noche...»

El guía aparta sus labios del micrófono. Mientras recitaba —por segunda vez en el día— su bien aprendida conferencia, sus ojos de experto han pasado revista a los turistas que se aprestan a subir al bus. Los han recorrido, contado y analizado dos veces. Y no le caben dudas. Falta la muchacha del bloc y el lápiz. La de sonrisa de niña y porte de amazona.

El guía suspira.

Siempre ocurre algo así.

Divide una ojeada entre el cielo y su reloj. Está a punto de ordenar al chófer que haga sonar la bocina, pero se contiene. ¿Para qué romper de esa manera el silencio que el crepúsculo espesa sobre las ruinas? ¿Para qué una nueva y gratuita profanación? Con su mano morena hace una señal al conductor para que empiece a acomodar a los turistas. Por su parte, se toma el tiempo necesario para encender un cigarrillo. Recién entonces reemprende el sendero que conduce a la Ciudad muerta.

La noche está casi encima. De la selva, que lo invade todo, brotan crujidos, sonidos como de pisadas de seres diminutos, el siseo —tal vez— de una serpiente; los

mil y un chasquidos que en la oscuridad pueden tornarse terroríficos. El guía aspira profundamente para que la humedad del aire no le apague el cigarrillo. Sus pasos son rápidos, pero sin alarma. No es la primera vez que esto le sucede y, casi sin temor a equivocarse, puede predecir como terminará. El bus ya ha quedado a sus espaldas, totalmente fuera de su vista. La imponente mole del Observatorio asoma sobre las copas de los árboles. Un mono, o tal vez un reptil, chilla en la espesura. Aún antes de lo que esperaba, el guía se detiene.

La muchacha, ceñida en sus shorts de colegiala, los ojos muy abiertos —muy azules—, se está acercando con rapidez. Desde lejos le dedica una sonrisa, como pidiendo disculpas. No habla ninguno de los tres idiomas que constituyen el patrimonio cultural del guía, pero en cambio le muestra el bloc en el que ha trazado unos cuantos bocetos. A pesar de la escasa luz, el hombre reconoce la estela a medio cincelar que representa a un Caballero del Jaguar, el friso del Templo, el Patio de los Guerreros. No parecen malos. «Pero menos rápidos que una Kodak», parece explicarle ella con su sonrisa.

Ahora él también sonríe. Con indulgencia. Sabe que la chica está tratando de engañarlo. Se lo dicen esas miradas furtivas, casi temerosas, que dirige a la creciente oscuridad. Se lo confirma esa mochila repleta que apenas soporta sobre sus hombros. Está sonriendo aún cuando juntos emprenden el regreso al bus.

Siempre ocurre así.

Siempre hay alguien más sensible que los cazadores de fotografías; alguien incapaz de resistir la fascinación que emana de la Ciudad muerta. Sin embargo, a diferencia de lo que suele ocurrir en Teotihuacán o en Tikal —o en otras tantas ciudades restauradas—, aquí nadie se atrevería a esperar a que el sol vuelva a asomar por ese marco de piedra que todos llaman la Puerta del Este. No se sabe si es por temor a las alimañas, o a la soledad, o a esa mítica Jauría de las Tinieblas. Pero cuando adviene el crepúsculo y las sombras se agazapan sobre las ruinas, y el ulular de algún cánido resuena a lo lejos, todos —incluso estas muchachas de mochila al hombro y resolución de amazona; incluso los propios y avezados Guías— prefieren hallarse muy lejos.

En donde esté la luz.

En otro tiempo, en otro lugar, cuando la Ciudad aún no estaba muerta, un guerrero clamó para que la luz no se fuera. La necesitaba para que no pudiera escapar con vida ni uno solo de los enemigos de su ejército.

—*Sol* —fueron sus palabras—, *en nombre del Señor, tente inmóvil sobre Gabaón.*

Y su petición fue atendida. Y sobre aquella cara de la tierra, durante un día largo como no habrá otro, el sol «permaneció inmóvil en medio de los cielos». ¿Quién puede dudarle? ¿Acaso no está así asentado en el Libro de Josué?

Aquel fue para el Pueblo Escogido un largo y glorioso día.

A otros les tocó una Larga Noche.



El principio antrópico

Con este título apareció un artículo en el número de febrero de 1982 de la revista *Investigación y Ciencia* (versión castellana de *Scientific American*). Es su autor George Gale, profesor de Filosofía y Ciencias Físicas de la Universidad de Missouri en Kansas City. Se enmarca dentro del terreno de la filosofía de la ciencia, y supone una curiosa derivación en el pensamiento científico occidental, cuyas consecuencias son interesantes y creo merecen ser comentadas aquí.

Durante siglos, la ciencia occidental se ha basado en la separación del observador y el hecho observado. También en otro principio, llamado el «principio copernicano», que en cosmología se suele llamar «principio cosmológico». Dice este que la posición del observador humano no es privilegiada. O sea, el hombre no ocupa el centro del Universo. Cualquier ser inteligente, en cualquier planeta de cualquier galaxia, sacaría las mismas conclusiones sobre la naturaleza del Universo.

Este principio es fundamental en todas las ciencias, y sobre todo en la cosmología. Sin él, ninguna observación tiene valor, porque siempre se puede decir que lo que observamos es una cosa excepcional, dada nuestra privilegiada posición en el Cosmos. Pero tampoco es una verdad demostrable. Sencillamente, hemos de aceptarlo como verdad mientras no se demuestre lo contrario.

Así, cuando medimos la velocidad de la luz en el laboratorio (o entre el Sol y Sirio), los resultados obtenidos deben ser iguales en todo el Universo. Y lo mismo para las matemáticas, la física y la química. Sin este principio o alguno similar, nada es posible conocer.

Ahora bien, en ciertas ramas de la ciencia resulta que el observador *sí que es importante*. Sucede así en la relatividad, donde se dice que el espacio y el tiempo no son absolutos, sino que dependen de la velocidad del observador. Un segundo en la Tierra no es lo mismo que en una nave espacial moviéndose a una velocidad cercana a la de la luz. Algo similar sucede en la física cuántica, en la que algunas escuelas

consideran al observador y a una partícula subatómica como partes de un mismo sistema. (Este es el punto de vista de la escuela de Viena). Como dice Douglas Hofstadter, diríase que la ciencia occidental se «orientaliza», en el sentido del «Todo es Uno y Uno es todo», y así.

El principio antrópico es similar. Diríamos que «todo observador, *por el mero hecho de que observa*, es privilegiado». Ejemplo: siempre se ha dicho que la Tierra está a una distancia tal del Sol que el agua se mantiene líquida, y gracias a eso apareció la vida. El principio antrópico lo dice al revés. La Tierra está a la distancia adecuada al Sol *porque*, si estuviera más cerca o más lejos, no existiría en ella vida, ni por tanto inteligencia, ni por tanto podríamos estar usted y yo aquí, preguntándolo.

Suena un poco raro, y hasta diríamos que innecesario. Patatas con arroz o arroz con patatas, lo mismo da. Pero también en cosmología existen problemas que no existen en otra ciencia.

Un especialista en tortugas dispone de varias tortugas que estudiar. Un médico dispone de varios pacientes. Un físico de partículas dispone de millones y millones de electrones que estudiar. Incluso un astrónomo puede observar muchas estrellas... pero el cosmólogo solo dispone de *un* universo que estudiar. Así, cuando se enfrenta con la pregunta: ¿por qué el universo es *así* y no *asá*?, es legítimo responder: Porque si fuese *asá*, no existiría la vida ni la inteligencia, y no estaríamos aquí para preguntarlo.

Un ejemplo de esto. El Universo comenzó hace unos 15-20 mil millones de años con la «Gran Explosión» o *Big Bang* de una masa de materia homogénea, que comenzó a expandirse. Luego la materia se condensó en galaxias y en estrellas. La expresión solo es frenada por la gravedad, que tiende a reunir toda la materia. Con el tiempo, sucederá una de estas dos cosas: o bien el universo se seguirá expansionando, o bien empezará a contraerse en un momento dado y finalmente toda su materia se reunirá en el «Gran Colapso» o *Big Crunch* (¡qué maravillosas onomatopeyas las del inglés!).

Cabe preguntarse por qué la expansión es al ritmo que es y no más lenta ni más rápida. Si la velocidad de expansión del Universo fuese más lenta, se habría colapsado al poco tiempo. Si fuese más rápida, no se habrían formado estrellas ni galaxias, y el cosmos sería una nube tenue de hidrógeno. Pero resulta que la expansión es lo justo: ni muy lenta ni muy rápida. ¿Por qué?

Pues, sencillamente, porque si no lo fuera no existirían astrónomos que se lo preguntasen. Por lo que sabemos, la vida está ligada a los planetas: un cosmos reducido a una masa de materia colapsada no tendría vida (al menos nuestro tipo de vida). Un cosmos de hidrógeno tenue tampoco. De todos los universos posibles, solo algunos poseen una serie de condiciones necesarias para que exista en ellos la inteligencia. Esto limita el número de universos habitados... y el nuestro es uno de ellos. Por eso, no es de extrañar que nuestro universo parezca a primera vista especial. Es que tiene que serlo.

No debe confundirse el principio antrópico con una visión antropocéntrica del universo. Para esta, la respuesta a la pregunta sobre la expansión sería: «Porque una Inteligencia Superior así lo ha querido para que surjamos nosotros, los humanos». El principio antrópico procede por reducción al absurdo: «Porque si no, no existiríamos». Y al decir «nosotros» se refiere a «cualquier observador inteligente, en cualquier planeta de cualquier galaxia». En este sentido, el principio antrópico no es racista.

Para recapitular: todo cosmólogo puede especular libremente con el origen y evolución del universo ateniéndose a las leyes físicas y a una serie de datos. Pero en su especulación debe excluir todo desarrollo que haga imposible la inteligencia en su modelo cosmológico. Pues, al observar al cosmos, también nos observamos a nosotros mismos.

De todos modos, el principio antrópico no está universalmente aceptado por físicos y cosmólogos. El debate sigue abierto...

JAVIER REDAL

SIETE NOCHES AMERICANAS

GENE WOLFE

Gene Wolfe es el autor de un gran clásico reconocido en el mundo entero, *La quinta cabeza de Cerbero* (publicada en español por Ediciones Acervo), y de la reciente trilogía acaparadora de premios, *The Book of the New Sun* (El libro del Sol nuevo), cuyos dos primeros volúmenes *La sombra del torturador* y *El amuleto del conciliador*, a los que nos hemos referido ya numerosas veces en nuestras páginas, figuran entre los libros de ciencia ficción y fantasía más vendidos en los Estados Unidos en estos últimos años.

Siete noches americanas, una de sus más recientes obras cortas, quedó entre los más destacados finalistas de los premios Nébula de 1978, y ha figurado ya al menos, que sepamos nosotros, en cuatro antologías de «lo mejor del año».

Con su característico estilo entre cruel y poético, dejando al lector intuir muchísimas más cosas de las que nos cuenta en el relato, Wolfe nos ofrece aquí uno de los frescos más patéticos y apasionantes de una arruinada América futura, una siniestramente hermosa América de ruinosas ciudades y decrepita gente, que sueña aún en un glorioso pasado perdido mientras sangra por todas sus heridas.

ESTIMADA Y DOCTA SEÑORA:

Tal como le dije en mi última carta, creo probable que su hijo Nadan (¡que Alá le proteja!) se haya ido de la vieja capital y viajado —por su voluntad o por la de otra persona— hacia el norte, hacia la región de la bahía de Delaware. Mi conjetura queda confirmada ahora por el descubrimiento en tales regiones del cuaderno de notas que le adjunto. No es de fabricación norteamericana, como podrá ver; y aunque solo contiene las notas de una semana, diversos y sugestivos detalles nos dan nuevos motivos de esperanza.

He fotocopiado el texto para que me sirva de guía en mis investigaciones; pero estoy atento a la posibilidad de que usted, señora, con su superior conocimiento del joven, pueda buscar, pueda descubrir implicaciones que yo he pasado por alto. Si así fuera, la insto a escribirme al momento.

Aunque he dudado de mencionar esto junto a un descubrimiento tan halagüeño, su esperada remesa no ha llegado todavía. Supongo que la tardanza está ocasionada por el retraso del correo, que aquí es francamente abominable. Debo advertirle, empero, que me veré obligado a suspender la investigación a menos que reciba fondos suficientes para mis gastos antes de la llegada del invierno.

*Con indecible respeto
Hassan Kerbelai*

¡Al fin estoy aquí! Después de doce mortales días a bordo del *Princesa de Fátima* —doce días de frío y tedio, doce días de mala comida y estruendo de motores— la alegría de volver a estar en tierra es como el deleite que un condenado debe sentir cuando una carta del sha le arranca de la misma cuchilla de la muerte. ¡América! ¡América! ¡Se acabaron los días de monotonía! Dicen que todos los que llegan aquí o te aman o te odian, América. ¡Yo te amo, por Alá!

Tras decidirme a iniciar este relato, no sé por dónde empezar. Yo había leído diarios de viajes antes de abandonar el hogar. Y cuando te vi, ¡oh. Libro!, tan cuadrado y grueso en tu estantería del bazar... ¿por qué no iba a tener aventuras y escribir un libro igual que el de Osman Aga? Al fin y al cabo, pocas personas llegan a este triste país del borde del mundo, la mayoría toman tierra en la costa más septentrional.

Y eso me da la pista que estaba buscando: cómo empezar. Norteamérica empezó para mí como agua coloreada. Ayer por la mañana, cuando salí a cubierta, el océano había cambiado de verde a amarillo. Nunca me habían hablado de una cosa así, ni siquiera en mis charlas con tío Mirza, que estuvo aquí hace treinta años, y tampoco lo había leído. Creo que me comporté igual que el mayor necio imaginable, deambulando por el barco, balbuceando y sin dejar de asomarme a la barandilla para asegurarme de que el exuberante color mostaza seguía allí y no se había desvanecido como suele ocurrir en los sueños cuando señalamos este tipo de cosas a otra persona. El camarero me dijo que ya lo sabía. Golam Gassem, el gran mercader (al que había evitado durante el viaje entero hasta aquel momento) contestó: «Sí, sí», y se alejó de un modo que indicaba que él también había estado evitándome, y que sería preciso algo más que el milagro del agua amarilla para cambiar sus sentimientos.

Uno de los primeros norteamericanos con pasaje de primera clase se presentó en aquel mismo instante: *mister* (ese es el tratamiento aquí) Tallman, esposo de la encantadora señora Tallman, que en realidad se merece un *tall man* como yo. (Tal vez su marido eligió el apellido para burlarse de sí mismo, o quizá para que su debilidad se borrara en la memoria de otras personas; o quizá lo eligió su padre, y se trata de una más de las incontables ironías del destino. No lo sé. Al parecer tenía algún defecto en la espalda.) Como si aún no me hubiera puesto bastante en ridículo, cogí por la manga a este señor Tallman y le pedí que se asomara a la barandilla, explicando cómo el agua se había vuelto amarilla. Temo que el señor Tallman se volvió blanco, y me volvió otra cosa —su espalda— con aspecto de haberme golpeado si se hubiera atrevido. Fue algo muy cómico, supongo (después me enteré de que otros pasajeros se rieron disimuladamente), pero creo que nunca antes había visto tanto odio en un rostro humano. Luego llegó el capitán, y yo, considerablemente desinflado si bien aún no aplastado, y pensando que el marino no nos había oído, mencioné por última vez aquel día que el agua se había vuelto amarilla.

—Lo sé —dijo el capitán—. Es este país. —En este momento señaló con la

cabeza al apenado señor Tallman—. Se está desangrando.

Anochece de nuevo, y veo que ayer por la noche dejé de escribir antes de explicar mi primer vislumbre de la costa. Bien, lo dejo así. Es medianoche en casa, o falta poco, y la vida de las cafeterías estará en su apogeo. ¡Cómo me gustaría estar allí, contigo, Yasmin, y no con estos extranjeros vestidos de rojo y púrpura que atestan las calles como un ejército invasor y que se agazapan en sus casas igual que ratas en sus agujeros! Pero tú, Yasmin, o tú, madre, o quienquiera que lea esto, querréis conocer mi jornada... Solo vosotras pensaréis en mí de vez en cuando, tal como yo pienso en vosotras ahora, inclinado ante una vieja y destrozada mesa en una ruinoso habitación de dos camas, escuchando los pies que se apresuran en el exterior, en las calles.

Esta mañana he dormido hasta muy tarde. Creo que el viaje me cansó más de lo que supuse. Cuando me desperté, la ciudad entera bullía a mi alrededor; los vendedores anunciaban fruta y pescado al otro lado de mi cerrada ventana, y los enormes carromatos de madera que los norteamericanos llaman *trucks* retumbaban al avanzar sobre el agrietado asfalto con sus grandes ruedas de hierro, trayendo alimentos descargados de los barcos del fondeadero del Potomac. Aquí se ven yuntas muy raras, Yasmin. Cuando fui a desayunar (hay que salir al aire libre para llegar al vestíbulo y al comedor de estos hoteles norteamericanos, cosa que me parece será muy inconveniente cuando haga mal tiempo) vi uno de estos *trucks* con dos bueyes, un caballo y una mula en los arreos, algo que te haría reír. Los cocheros no dejan de hacer restallar sus látigos.

La primera impresión que se tiene de Norteamérica es que no es tan pobre como se dice. Solo más tarde resulta obvio cuántas cosas han heredado del siglo anterior. Las calles están pavimentadas, pero son viejas y abundan en grietas. Hay magníficos, aunque ruinosos, edificios por todas partes (este hotel es uno de ellos. «Inn of Holidays», se llama), con una apariencia más moderna que los que he visto en casa, donde la arquitectura tradicional fue impuesta por la ley durante mucho tiempo. Nos encontramos en Maine Street, y en cuanto terminé mi desayuno (muy bueno, y muy barato para nosotros, aunque me aseguran que aquí es imposible que te den algo fuera de estación) pregunté al gerente a quién podía recurrir para ver los lugares interesantes de la ciudad. El gerente es un hombre bajito y fenomenalmente feo, una especie de jorobado que abunda por aquí.

—No hay viajes turísticos —dijo—. Ya no.

Le expliqué que solo deseaba dar una vuelta por mi cuenta, y tal vez hacer algunos bocetos.

—Puede hacerlo. Los edificios al norte, el teatro al sur, el parque al oeste. ¿Piensa ir al parque, señor Jaffarzadeh?

—Aún no lo he decidido.

—Deberá alquilar un mínimo de dos guardaespaldas si va al parque... Puedo

recomendarle una agencia.

—Tengo una pistola.

—Necesitará más que eso, caballero.

Como es lógico, decidí en ese mismo momento que iría al parque, y sin compañía. Pero he resuelto no agotar esta única pizca de aventura que esta tierra me ha ofrecido hasta el momento, antes de averiguar qué otras cosas puede ofrecerme para enriquecer mi existencia.

En consecuencia, me dirigí al norte al salir del hotel. No he visto de noche, hasta la fecha, esta ciudad o cualquier otra población norteamericana. No puedo imaginar qué aspecto tendría si la gente atestara las calleras a esas horas, tal como hacemos nosotros. Incluso en lo más claro del día existe una impresión de carnaval, de cierto circo alocado cuya actuación se inició hace cien años, o más, y aún no ha terminado.

Al principio me pareció que solo una de cada cuatro o cinco personas mostraban algún vestigio del daño genético que destruyó la vieja Norteamérica, pero al irme acostumbrando a las calles, y por tanto a no darme tanta prisa en despreciar como norteamericanos y nada más a la desdichada anciana que quería venderme flores y al muchacho que pasaba rápidamente, chillando, entre las ruedas de un *truck*, y empezar a considerarlos como seres humanos (en otras palabras, a mirarlos igual que miraría a una persona con la que me topara casualmente por nuestras calles), vi que apenas había un alma que no estuviera marcada de algún modo. Estas deformidades, pese a que individualmente son repugnantes, en combinación con la brillante y raída ropa tan común aquí, dan carácter de espectáculo ostentoso al conjunto más humilde. Seguí deambulando, sin que un grupo de músicos callejeros estuviera totalmente fuera del alcance de mi oído antes de encontrar otro grupo similar, y enseguida me crucé con un hombre tan alto que, sentado en un escalón bajo, me superaba en altura aunque yo estaba de pie; un enano barbudo con un brazo desecado, y una mujer con una cara que algún espíritu maligno había dividido en dos: una mitad con un ojo enorme y una expresión abatida e idiotizada, y otra mitad con un ojo desviado y aspecto burlón.

No hay duda posible: Yasmin no debe leer esto. Hace al menos una hora que estoy sentado aquí, contemplando la llama de la vela. Sentado y prestando atención a algo que de cuando en cuando golpea los postigos de acero que cierran la ventana de la habitación. La verdad es que me paraliza un temor que me sobrecogió —no sé su origen— ayer, y que ha ido creciendo.

Todo el mundo sabe que estos norteamericanos fueron en otro tiempo los más expertos creadores que el mundo ha conocido de sustancias alteradoras de la consciencia. El mismo conocimiento que les permitió inventar los productos químicos que les destruyeron (así pudieron tener un pan que nunca se ranciaba, innumerables venenos contra las sabandijas e infinidad de materiales artificiales con

incontables finalidades) ingenió también los alcaloides sintéticos que produjeron interminables y febriles imágenes.

No hay duda de que esta pericia, al menos en parte, sobrevive. Y si no es así, entonces son las mismas sustancias las que han perdurado, conservadas en ocultos armarios durante ochenta o cien años, e indudablemente volviéndose más peligrosas conforme el mundo se olvida de ellas. Creo que alguna persona del barco debió suministrarme alguna de estas drogas.

¡Por fin ha salido! Me sentí mucho mejor poniéndolo por escrito —me costó enorme esfuerzo—, tanto es así que di varias vueltas a esta habitación. Ahora que lo he puesto por escrito, no puedo creerlo.

Sin embargo, ayer por la noche soñé con ese pan, del que oí hablar por primera vez en el aula de la casa de campo de tío Mirza. No fue un sueño complicado, no fue un extremado sueño «literario» como algunos que he tenido otras veces, uno de esos sueños que luego se adornan jactanciosamente mientras se toma café. Solo la visión de una hogaza de blando pan blanco en un plato en el centro de una mesita: un pan que conservaba la fragancia del horno (seguramente uno de los más deliciosos del mundo) aunque estaba manchado con un moho gris. ¿Para qué deseaban algo así los norteamericanos? No obstante, todos los historiadores convienen en que lo deseaban, igual que deseaban que sus cadáveres dieran la impresión de estar siempre vivos.

Es este país, con sus calles fétidas y llenas de colorido, con sus habitantes deformes y su áspera y extraña lengua, el que me hace sentir drogado y en sueños. ¡Loado sea Alá por permitirme hablar en farsi contigo, oh, Libro! ¿Querrás creer que me he quitado todas las prendas que llevaba, solo para leer las etiquetas de los fabricantes? ¿Lo creeré yo mismo, cuando lea estas notas en casa?

Los edificios públicos del norte —en otra época el gran centro, creo, de la actividad política— ofrecen un agudo contraste con las calles de las zonas aún ocupadas. En estas últimas, los viejos edificios se hallan en las últimas fases de la decadencia, o han sido reparados siguiendo métodos improvisados o inapropiados; pero rebosan de vida, la vida de los que dependen del tipo de actividad que aún procura el puerto, y la vida de los que dependen de estos últimos y así sucesivamente. Los edificios monumentales, debido a que fueron construidos con materiales imperecederos, están casi enteros, pese a que algunas columnas han caído y hay pórticos hundidos, y en varios lugares árboles de pequeño tamaño (fundamentalmente del género *carpinus caroliniana*, creo, de aspecto triste) han echado raíces en las grietas de los muros. Pero si es cierto que, tal como se ha escrito, la barba del Tiempo no encanece con el trascurso de los años sino con el polvo de las ciudades en ruinas, entonces es aquí donde el Tiempo recoge ese polvo. Estas imponentes estructuras no son más que eso. Fueron construidas, así lo parece, para ser enfriadas y ventiladas por maquinaria. Muchas carecen de ventanas, sus interiores son ahora cuevas sin sol que

apestan a decadencia; no me he aventurado en estas grutas. En otros edificios se dispusieron ventanas que en tiempos eran simples muros de cristal; y algunos han sobrevivido, de manera que pude bosquejar su construcción. La mayoría, empero, están destruidos. La barba del Tiempo ha barrido incluso los fragmentos.

Aunque estos viejos edificios (con escasas excepciones) están abandonados, me topé con varios mendigos. Parecían norteamericanos a los que sus deformidades impiden hacer un trabajo útil, y uno no puede menos que sentir pena por ellos, pese a que su aspecto suele ser tan desagradable como su insistencia. Se ofrecieron a mostrarme la antigua residencia de su sha, y les acompañé como excusa para darles algunas monedas, tras hacerles prometer que se marcharían en cuanto la hubiera visto.

La estructura que me indicaron se hallaba situada al final de una larga avenida bordeada por impresionantes edificios; por eso supongo que aquella gente tenía razón al pensar que fue importante en otra época. En la actualidad queda poco más que los cimientos, escombros y una ruinoso ala, y es imposible que su construcción original fuera resistente. Sin duda alguna se trataba de un palacio veraniego o algo parecido. Los pordioseros ya han olvidado el nombre del edificio, y lo llaman simplemente «la casa blanca».

Una vez me guiaron hasta la reliquia, simulé que deseaba hacer algunos bosquejos, y los mendigos se fueron tal como habían prometido. Al cabo de cinco o diez minutos, no obstante, volvió un tipo particularmente decidido. Carecía de maxilar inferior, por lo que al principio me resultó difícil entenderle: pero después de gritarnos un buen rato (yo diciéndole que se marchara y amenazándole con matarle allí mismo, y él protestando) me di cuenta de que se veía forzado a pronunciar la *b* como *d*, la *m* como *n* y la *p* como *t*, y nuestro trato mejoró.

No voy a intentar reproducir de un modo fonético la forma de hablar de aquel hombre, pero me dijo que ya que yo era tan generoso, deseaba mostrarme un gran secreto, algo que los extranjeros como yo ni siquiera sabíamos que existía.

—Agua limpia —sugerí.

—No, no. Un gran secreto, capitán. Usted piensa que todo está muerto. —Señaló con una desfigurada mano las desoladas estructuras que nos rodeaban.

—Naturalmente que lo pienso.

—Hay algo que sigue vivo. ¿Le gustaría verlo? Le acompañaré. No se preocupe por los otros... me temen. Los mantendré alejados.

—Si va a llevarme a una trampa, le advierto que usted será el primero en sufrir.

Me miró muy serio durante unos momentos, y tuve la impresión de que un hombre me miraba con los ojos de aquella devastada cara, por lo que sentí una punzada de auténtica simpatía.

—¿Ve aquello? ¿El gran edificio que hay al sur, en Pensilvania? Capitán, el padre del padre de mi padre era jefe de un departamento («detartamento») en ese sitio. No voy a traicionarle.

Por lo que he leído sobre la política de esta nación en los tiempos del padre del padre de su padre, sus palabras me dieron muy poca seguridad, pero le seguí.

Cruzamos en diagonal varios bloques y atravesamos dos construcciones en ruinas. En estas últimas había huesos humanos y, al recordar el alarde del mendigo, le pregunté si los huesos eran de personas que habían trabajado allí.

—No, no. —Se dio una palmada en el pecho (supongo que debe ser un gesto habitual), puso las manos alrededor de un cráneo del suelo, y lo alzó a la altura de su cabeza para que yo pudiera ver que exhibía deformidades parecidas a las del mendigo—. Nosotros dormimos en estos lugares, nos escondemos detrás de muros fuertes para protegernos de los seres que surgen por la noche. Morimos aquí, sobre todo en invierno. Nadie nos entierra.

—Deberían enterrarse ustedes mismos unos a otros —dije.

Dejó caer el cráneo, que se hizo añicos en el terrazo, levantando un millar de lúgubres ecos.

—No hay palas, y escasean los tipos fuertes. Pero acompañeme.

El edificio al que me llevó parecía, a primera vista, más deteriorado que muchas ruinas. Uno de sus capiteles había caído y los ladrillos yacían en la calle. Pero al volver a mirar, vi que el pordiosero debía tener parte de razón. Las destrozadas ventanas habían sido cerradas con herrajes, un trabajo al menos tan bueno como el de los postigos que protegían mi habitación del hotel, y la puerta, aunque vieja y gastada por la intemperie, cerraba a la perfección y parecía fuerte.

—Es el museo —comentó mi guía—. Prácticamente lo único que queda de la Ciudad Silenciosa que aún vive a la antigua. ¿Le gustaría ver el interior?

Le manifesté mis dudas en cuanto a que pudiéramos entrar.

—Máquinas maravillosas. —Me tiró de la manga—. Las verá dentro, capitán. Venga.

Seguimos las paredes del edificio, doblamos varias esquinas, y finalmente entramos en una especie de nicho situado en la parte trasera. Había una reja en el suelo cubierto de hierba, y el mendigo la señaló con aire de orgullo. Hice que permaneciera a cierta distancia y me arrodillé, tal como él me había indicado, para mirar a través de la reja.

Al otro lado había una ventana de vidrio intacto. Estaba muy sucia, pero logré vislumbrar el sótano del edificio, y allí, tal como había dicho el pordiosero, se hallaba una ordenada serie de complejos mecanismos.

Los contemplé durante un rato, intentando formarme alguna idea de su finalidad; y a lo lejos, entre los aparatos, apareció un anciano norteamericano que iba examinando las máquinas y que limpiaba con un trapo las relucientes barras y aparatos. El mendigo había ido acercándose poco a poco mientras yo observaba. Señaló al anciano.

—La gente sigue viniendo del norte y del sur para estudiar aquí. Algún día volveremos a ser grandes.

Entonces pensé en mi amada patria, cuyo eclipse, pese a no producir lesiones genéticas, había durado veintitrés siglos. Di algún dinero al mendigo, le dije que sí, que estaba convencido de que los Estados Unidos volverían a ser grandes algún día, y le dejé para regresar al hotel.

He abierto los postigos para mirar el obelisco y sentir la luz del sol que agoniza. Los ígneos campos y valles del sol no me parecen más ajenos, o amenazadores, que esta tierra extraña, abatida. Pues sé que todos somos iguales: el mendigo, el anciano que se movía entre las máquinas de una era muerta, las mismas máquinas, el sol y yo. Hace un siglo, cuando esta ciudad era próspera, los filósofos solían especular sobre la razón por la que los neutrones, protones y electrones tenían la misma masa que todos los de su especie. Ahora sabemos que solo existe una partícula, una partícula que avanza y retrocede en el tiempo, un electrón cuando viaja como nosotros, un positrón cuando su desplazamiento temporal es retrógrado, que las mismas y escasas partículas aparecen millones y millones de veces para formar un solo objeto, y que esas partículas forman todos los objetos, de forma tal que nosotros somos los esbozos, por así decirlo, hechos con los mismos colores al pastel.

He salido fuera para comer. Hay un buen restaurante a poca distancia del hotel, incluso mejor que el comedor que hay aquí. Al regresar, el gerente me dijo que iba a haber una representación teatral por la noche, y me aseguró que, puesto que el teatro está muy cerca del hotel (en realidad, el gerente se muestra muy orgulloso del teatro, y no hay duda de que su proximidad a este hotel es la única circunstancia que permite que el establecimiento siga abierto), no me arriesgaré si acudo sin escolta. Para ser sincero, me avergüenza un poco no haber alquilado un bote para atravesar el canal y llegar al parque hoy mismo. Así que ahora asistiré a la representación y me enfrentaré a las calles nocturnas.

Aquí estoy de nuevo, de vuelta a esta habitación demasiado grande, demasiado vacía y sin alfombras, que ya está empezando a parecerme un segundo hogar, sin ninguna aventura que detallar tras mi salida a las peligrosas calles nocturnas. La verdad es que el teatro apenas se encuentra a cien pasos de distancia hacia el sur. He mantenido la mano en la culata de mi pistola y he caminado junto a muchísimas personas (norteamericanos, en su mayor parte) que iban igualmente al teatro, y me he sentido como un imbécil.

El edificio es tan viejo como los de la Ciudad Silenciosa, diría yo. Pero ha ido beneficiándose de algunas reparaciones. Entre el auditorio había más regocijo (aunque, para mí ha sido, con mucho, un regocijo extraño) que en casa, y menos ambiente de lo que yo me atrevería a llamar santidad del arte. Eso me indicó que el drama es realmente sagrado aquí, como la llamativa vestimenta del populacho deja

claro siempre. Un respeto exagerado y solemne indica invariablemente una pérdida de fe.

Puesto que acababa de cenar, no hice caso de los mostradores del vestíbulo en que los norteamericanos —que al parecer no dejan de comer siempre que pueden— elegían diversos pasteles y comidas frías, y ocupé mi sitio en el teatro propiamente dicho. Apenas me había acomodado cuando un caballero entrado en años, un norteamericano, expresó su deseo de que yo me moviera para que pudiera llegar hasta su asiento. Me levanté gustosamente, claro está, y le saludé como a un «abuelo», tal como exige nuestra cortesía (desconozco la estadounidense). Pero mientras él se acomodaba y yo continuaba a su lado, contemplé su cara bajo el mismo ángulo con que la había visto por la tarde, y le reconocí como el anciano que había observado a través de la reja.

Una situación difícil. Quería entablar conversación con él, pero no podía confesar que había estado espiándole. Me esforcé en encontrar una solución hasta que las luces se apagaron y empezó la representación.

Se trataba de *Visita a un pequeño planeta* de Vidal, una de las obras clásicas del viejo teatro norteamericano de la que yo había leído muchos comentarios pero que ni una sola vez (hasta ahora) había visto representar en el teatro. Me habría gustado mucho más verla con los trajes y escenarios del período adecuado; por desgracia, el director ha preferido «modernizarla» por completo, igual que nosotros, a veces, representamos *Rustam Beg* como si Rustam fuera un héroe de la última guerra. El general Powers es un soldado estadounidense contemporáneo con las peculiaridades de un cobarde bandido, Spelding edita explícitos panfletos difamatorios, y así sucesivamente. Los únicos personajes que me deleitaron fueron el astronauta cojo, Kreton, y la ingenua Ellen Spelding, interpretada por una rubia norteamericana de radiante belleza.

Durante todo el primer acto mi atención volvió (sobre todo cuando intervenía Spelding) al problema del anciano que había a mi lado. Al caer el telón ya había decidido que la mejor manera de iniciar una conversación sería ofrecerle un *kebab* (o algo que le apeteciera) del vestíbulo, ya que su ajado aspecto sugería que estaría dispuesto a dejarse cuidar, y la debilidad de sus piernas ofrecía una excusa admirable. Ensayé la estratagema en cuanto los candelabros volvieron a encenderse, y dio el resultado que yo había ansiado. Cuando regresé con una bandeja de papel, bocadillos y bebidas amargas, él observó con bastante espontaneidad que se había dado cuenta de las flexiones de mi mano durante la representación.

—Sí —dije—. He estado escribiendo mucho antes de venir aquí.

Esto hizo que el anciano se pusiera a hablar y disertar, frecuentemente con mucho más detalle del que yo podía captar, sobre el tema de las máquinas de escribir. Finalmente interrumpí el flujo de palabras con cierta pregunta que debió revelar que yo sabía menos del tema de lo que él suponía.

—¿Alguna vez —me preguntó— ha grabado una letras en una patata antes de

humedecerla con una almohadilla entintada y usarla para imprimir papel?

—Sí, cuando era niño. Nosotros usamos un nabo, pero no hay duda de que el principio es el mismo.

—Exactamente. Y se trata del principio de la abstracción ampliada. Le hago una pregunta: ¿Qué es comunicación, en su forma más simple?

—Hablar, supongo.

La estridente risa del anciano se elevó por encima del bullicio del auditorio.

—¡Nada de eso! Oler —dijo al tiempo que asía mi brazo—, oler es la esencia de la comunicación. Fíjese en la misma palabra *esencia*. Cuando olemos a otro ser humano, productos químicos del organismo de este se introducen en nuestro cuerpo, los analizamos y, gracias a este análisis, deducimos con precisión el estado emotivo de la otra persona. Lo hacemos de un modo tan constante y automático que apenas somos conscientes de ello, y nos limitamos a comentar, «Él parecía asustado» o «Él estaba enfadado». ¿Entiende?

Asentí, involuntariamente interesado.

—Al hablar, estamos diciendo a otro individuo cómo le oleríamos si pudiéramos olerle adecuadamente y si él nos pudiera oler de forma apropiada desde el lugar en que está. Es casi seguro que la facultad de hablar no se desarrolló hasta que las glaciaciones que pusieron fin al plioceno incitaron al género humano a inventar el fuego, y después de que la frecuente inhalación del humo de la leña hubiera entorpecido los órganos olfatorios.

—Ya veo.

—No, usted escucha... a menos que esté casualmente leyendo mis labios, cosa que con este alboroto sería un logro provechoso. —Dio un enorme bocado a su bocadillo, derramando una carne rosada que seguramente no procedía de un animal natural—. Al escribir, estamos diciendo a otros individuos como hablaríamos si fueran capaces de oírnos, y al imprimir con el nabo estamos diciéndoles cómo escribiríamos. Observará que ya hemos alcanzado el tercer nivel de abstracción.

Asentí otra vez.

—Solía creerse que solo un limitado número K de niveles de abstracción era posible antes de que el tema original desapareciera por completo... Se hizo un trabajo matemático muy interesante hace setenta años en una tentativa de derivar una expresión generalizada de K en varios sistemas. Ahora sabemos que ese número puede ser infinito si la disposición representa una curva abierta, y que también son posibles curvas cerradas.

—No comprendo.

—Usted es joven y apuesto... tiene muy buen aspecto con su amplitud de espalda y su bigote negro. Supongamos que una mujer joven le ama. Si usted, ella y yo estuviéramos agazapados en una rama de árbol, usted olería el deseo de la mujer. Tal vez hoy ella le hable de su deseo. Pero también es posible que no lo haga, que lo exponga por escrito.

Recordé las cartas de Yasmin, y asentí.

—Pero supongamos que las cartas estén perfumadas... un perfume almizclado, dulce. ¿Comprende? Una curva cerrada: el perfume no es el olor del cuerpo de ella, sino una simulación artificial. Tal vez no refleje lo que ella siente, pero es lo que ella le dice que siente. Usted ama en realidad a una ballena, a un venado macho y a un lecho de rosas.

El anciano iba a proseguir, mas el telón se levantó para el segundo acto.

Ese acto me pareció más ameno, y más lamentable, que el primero. La primera escena, en la que Kreton (al que pronto se une Ellen) lee la mente del gato de la familia, resulta excepcionalmente eficaz. La orquesta oculta ofrece música para indicar pensamientos de gato; ojalá supiera la identidad del compositor, pero mi programa no facilita esa información. La pared del dormitorio se convierte en una pantalla para sombras en la que vemos siluetas de gatos cazando pájaros, y luego, cuando Ellen hace cosquillas en la panza al gato auténtico, mientras hace el amor. Tal como he dicho, Kreton y Ellen fueron los mejores personajes de la obra. La yuxtaposición de la cimbreña belleza y alegre ingenuidad de Ellen y el claro deseo de Kreton por ella ilustra perfectamente los problemas paños que tendría un telépata potente, en caso de que una persona así existiera.

Por otra parte, la escena en que Kreton convoca a los presidentes, que cierra el acto, no puede ser más censurable. Al gobernante extranjero evocado por error se le representa como de nacionalidad turca, y del modo más abierto posible. Confieso que tengo ciertos prejuicios en contra de esa raza sedienta de sangre, mas lo que hace en la obra es inexcusable. Cuando aparece el presidente del Consejo Mundial, se le describe como ciudadano norteamericano.

Yo no estaba de muy buen talante al acabar esa escena. Creo que aún no me he zafado de las fatigas de la travesía. Y esas fatigas, combinadas con el día bastante agotador que he pasado merodeando por las ruinas de la Ciudad Silenciosa, me han dejado en ese estado en que hasta la más mínima irritación asume las dimensiones de un insulto terrible. El viejo encargado que había a mi lado percibió mi irascibilidad, pero confundió el motivo, y empezó a excusarse por la situación del teatro norteamericano, diciendo que todos los actores de talento emigraban en cuanto tenían fama, y que solo regresaban tras fracasar en la costa oriental del Atlántico.

—No, no —dije yo—. Kreton y la chica son buenos actores y el resto del reparto es, como mínimo, adecuado.

El anciano pareció no haberme prestado atención.

—Los contratan en cualquier parte... los eligen por sus caras. Si han participado en tres obras, ellos mismos se llaman actores. En el Smithsonian... Trabajo allí, quizá ya lo he mencionado... En el Smithsonian... tenemos grabaciones de teatro auténtico: Laurence Olivier, Orson Welles, Katharine Cornell. Spelding es barbero, o al menos lo era. Solía poner la silla bajo la estatua del viejo Kennedy y afeitarse a los transeúntes. Ellen es ramera, y Powers acarreador. El tipo cojo, Kreton, engatusaba a

los marineros para llevarlos a un espectáculo de Portland Street.

El menosprecio del anciano a su cultura nacional me turbó, aunque también mejoró mi humor. (He notado que ambas cosas suelen ir juntas... tal vez estoy secretamente humillado al ver que personas de poca importancia son capaces de afectar mi estado interior con un flaco servicio o algunas palabras.) Me excusé y fui al puesto de dulces del vestíbulo. Los norteamericanos tienen la fina costumbre de hacer duplicados de mazapán de los moteados huevos de las aves salvajes, y compré una caja, no solo porque deseaba probarlos, sino también porque estaba seguro de que constituirían un buen obsequio para el anciano, que rara vez debe tener dinero para permitirse esos gustos. No me equivoqué: comió los huevos ansiosamente. Pero cuando yo probé uno, encontré tan desagradable el olor (como si estuviera comiendo violetas artificiales) que no cogí más.

—Estábamos hablando de escribir —dijo el anciano—. La curva cerrada y la curva abierta. No he tenido tiempo para observar que ambas pueden lograrse mecánicamente. Pero la monografía que estoy escribiendo en la actualidad trata ese problema, y sucede que tengo ejemplos. En primer lugar, la curva cerrada. En los tiempos en que nuestro presidente se hallaba entre los diez hombres más poderosos del mundo (la realidad del Paul Laurent que está en el escenario), todos los presidentes recibían a diario centenares de solicitudes que debían firmar. Autorizarlas les habría costado horas de trabajo. Rechazarlas habría creado una hueste de enemigos.

—¿Y qué hacían?

—Recurrían a los recursos de la ciencia. Esa ciencia diseñó la máquina que escribió esto.

Sacó una doblada hoja de papel de su limpio y raído abrigo. Desplegué la hoja y vi que estaba cubierta por el texto de lo que aparentaba ser un discurso público, redactado con letra infantil. Esforzando mi mente para revisar la lista de presidentes de los Estados Unidos que había visto hacía mucho tiempo en un compendio de historia universal, pregunté a quién pertenecía aquella escritura.

—A la máquina. Qué escritura se imita aquí es una de las cosas que estoy intentando descubrir.

En la penumbra del teatro era casi imposible distinguir la descolorida caligrafía, pero vi la palabra *Cerdeña*.

—Seguramente, relacionando el contenido con hechos históricos será posible fijar su fecha de un modo preciso.

El anciano movió negativamente la cabeza.

—El texto fue compuesto por otra máquina para obtener cierto efecto psicológico nacional. No es probable que guarde relación con los problemas de su tiempo. Pero fíjese en esto.

Sacó una segunda hoja, y la abrió. Por lo que vi, estaba completamente en blanco. Aún la contemplaba cuando el telón se levantó de nuevo.

Mientras Kreton movía por el escenario su aeronave de juguete, el anciano cogió el último huevo y se volvió para contemplar la representación. Aún quedaba un envase y yo, pensando que él tal vez querría más, y temeroso de que los huevos cayeran de mi regazo y se perdieran en el suelo, cerré la caja y la introduje en el bolsillo lateral de mi chaqueta.

Los efectos especiales del aterrizaje de la segunda nave espacial fueron bien ejecutados; pero hubo otro detalle del tercer acto que me proporcionó idéntico deleite que la escena del gato en el segundo. La última escena se basa en el ardid que nuestros poetas denominan *asfódelo de peri*, un truco tan trillado que solo es aceptable si se presenta de un modo original. El método usado en esta obra es que John, el amante de Ellen, encuentra el pañuelo de Kreton y, tras indicar que parece perfumado, hunde la nariz en él. Durante un instante se ilumina la pared para sombras usada al principio del segundo acto para presentar gráficamente (o pornográficamente, diría yo) el deseo de Ellen, transmitiendo al auditorio al hecho de que John ha compartido, en ese momento, las facultades telepáticas de Kreton, al que todos han acabado por olvidar.

El ardid es enormemente eficaz, y me dejó con la sensación de que de ningún modo había perdido la noche. Participé en el aplauso general cuando el reparto salió a saludar. Luego, al disponerme a salir, noté que el anciano tenía aspecto de hallarse muy enfermo. Le pregunté si estaba bien, y él confesó con pesar que había comido en exceso, y agradeció una vez más mi amabilidad... cosa que en ese instante debió precisar de una gran dosis de resolución.

Le ayudé a salir del teatro, y al ver que no disponía de otro medio de transporte aparte de sus pies, le dije que le acompañaría a su casa. Me dio las gracias otra vez y me informó de que tenía una habitación en el museo.

Así pues, el paseo de media manzana hasta el hotel se transformó en un trayecto de tres o cuatro kilómetros, iluminados por la luz de la luna, y en su mayor parte a través de las avenidas salpicadas de grava de las abandonadas partes de la ciudad.

Durante el día apenas había dedicado una ojeada al rígido esqueleto de la vieja autopista. Esta noche, mientras caminábamos bajo sus ruinosos pasos superiores, estos me parecieron indeciblemente viejos y siniestros. Entonces se me ocurrió pensar que tal vez había una falla temporal, como las que los astrónomos dicen que hay en el espacio, en alguna parte del Atlántico. ¿Cómo es posible que esta costa occidental parezca más anticuada entre los restos de una civilización que murió hace menos de un siglo que nosotros a la sombra de Darío? ¿Acaso todos los barcos que surcan ese océano recorren diez mil años?

En la última hora (no puedo dormir) he meditado en si debía o no hacer esta anotación. Pero, ¿cuán bueno puede ser un diario de viaje si uno no apunta todos los detalles? Lo revisaré cuando vuelva a casa, y regalaré una copia corregida a mi madre

y a Yasmin para que lo lean.

Al parecer, los estudiantes del museo no tienen más ingresos que los derivados de la venta de tesoros entresacados del pasado. Y compré un frasco de lo que se supone es la mayor creación de la antigua química alucinatoria a la mujer que me ayudó a meter en la cama al anciano. Tiene —tenía— el tamaño de la mitad de mi dedo pulgar. Es muy probable que fuera alcohol y nada más que alcohol, pese a que pagué un precio considerable.

Me apenó haber comprado esto antes de partir, y estaba aún más apenado al llegar aquí. Pero parecía que iba a ser la única oportunidad, y mi único pensamiento era aceptar la aventura. Después de ingerir la droga podré hablar con autoridad sobre estas cosas durante el resto de mi vida.

Esto es lo que he hecho. He empapado con el fluido el poroso azúcar de uno de los huevos. No tardará en secarse. La droga, suponiendo que lo sea, permanecerá. Después mezclaré los huevos en un cajón vacío y, todos los días empezando mañana por la noche, comeré uno.

Hoy escribo antes de bajar a desayunar, en parte porque sospecho que el hotel no presta servicios tan temprano. Hoy pretendo visitar el parque al otro lado del canal. Si es tan peligroso como afirman, es muy probable que no regrese para hacer una anotación esta noche. Si regreso... bien, ya pensaré en ello cuando me encuentre aquí otra vez.

Después de apagar la vela ayer por la noche no pude dormir, pese a que estaba agotado. Tal vez fue por la excitación del largo trayecto para volver del museo; pero no pude liberar mi mente de la imagen de Ellen. Mis divagaciones la asociaban con los huevos, e imaginé que yo era Kreton, incorporado en la cama con el gato en mi regazo. En mi fantasía (no estaba dormido) Ellen me traía el desayuno en una bandeja, y el desayuno consistía en seis huevos de dulce.

Cuando mi mente se agotó con este tipo de imaginaciones, decidí que el gerente me buscara una chica para poder liberarme de las tensiones del viaje. Al cabo de una hora, que pasé leyendo, el hombre llegó con tres muchachas. Y después de permitirme vislumbrarlas a través de la puerta entreabierta, entró en la habitación, dejando solas a las chicas en el pasillo. Le dije que solo había pedido una.

—Lo sé, señor Jaffarzadeh, lo sé. Pero pensé que le gustaría poder elegir.

Ninguna de las mujeres, a juzgar por mi vislumbre de ellas, se parecía a Ellen. Pero agradecí la solicitud del gerente y le indiqué que las hiciera pasar.

—Antes quiero pedirle, señor, que me permita fijar el precio con ellas... Puedo conseguirlas por mucho menos que usted, señor, porque ellas saben que dependen de mí para que las presente a mis huéspedes en el futuro. —Estipuló una suma que en realidad era insignificante.

—Perfectamente —dije—. Hágalas pasar.

Inclinó la cabeza y me sonrió, haciendo que su contraída y mísera cara reflejara la máxima afabilidad posible y trayendo a mi memoria un cuadro que había visto en cierta ocasión, un duende convocado ante la corte de Suleiman.

—Pero antes, señor, deseo informarle de que si le gustan las tres, en conjunto, podrá tenerlas por el precio de dos. Y si solo desea a dos de ellas, podrá tenerlas por el precio de una y la mitad del precio de otra. Las tres son encantadoras, y pienso que tal vez quiera considerar esa posibilidad.

—Muy bien, ya la he considerado. Hágalas pasar.

—Encenderé otra vela —dijo, y puso manos a la obra apresuradamente—. No habrá recargo alguno por las velas, señor, teniendo en cuenta lo que ya está pagando. Las chicas las incluiré en su factura. En la partida de servicio en habitación... Estoy seguro de que se hará cargo.

Tras encender la segunda vela y colocarla a su gusto en la mesa de noche que había entre las dos camas, el gerente abrió la puerta e hizo una seña a las chicas.

—Me voy —dijo—. Quédese con la que le guste y despida a las otras.

Estoy convencido de que se trataba de una estratagema. Él creía que yo tendría dificultades para deshacerme de alguna de las mujeres y que debería pagar el precio de las tres.

Yasmin no debe enterarse de esto. Está decidido. No porque el incidente pueda molestarla en gran medida, sino a causa de lo que sucedió a continuación. Yo estaba sentado en la cama más próxima a la puerta, esperando decidir con rapidez cuál de las tres mujeres guardaba un mayor parecido con la actriz que había interpretado a Ellen. La primera era bajita, y tenía un rostro pálido y arrugado. La segunda era alta y rubia, pero regordeta. La tercera, que pareció dar un traspie al entrar, era igual que Yasmin.

Durante unos instantes creí que realmente era Yasmin. La ciencia nos ha acostumbrado a idear y aceptar teorías para explicar los hechos que observamos, por muy fantásticos que estos sean, y nuestras mentes inician la producción antes de que nos demos cuenta. Yasmin había ido sintiéndose cada vez más sola sin mí. Había reservado pasaje pocos días después de mi partida, o quizá había preferido el avión, arriesgándose a las famosas instalaciones de aterrizaje norteamericanas. Al llegar aquí, había hecho pesquisas en el consulado, y estaba cerca de mi puerta cuando el gerente encendió la vela. Desconociendo lo que ocurría, había entrado en compañía de las prostitutas que el gerente había llamado.

Un disparate total, por supuesto. Me puse en pie de un salto y levanté la vela, y vi que la tercera chica, pese a poseer los grandes ojos oscuros y la barbilla redondeada de Yasmin, no era ella. Su cabello negro como la noche y sus delicadas facciones indicaban inequívocamente que era norteamericana. Y al acercarse hacia mí (animada, sin duda, al ver que había atraído mi atención), vi que tenía un pie deforme igual que Kreton en la representación teatral.

Como veis, finalmente he regresado vivo del parque. Esta noche, antes de acostarme, comeré un huevo. Pero antes redactaré brevemente mis experiencias.

El parque se halla al otro lado del canal de Washington, entre la ciudad y el río. Se puede llegar por tierra, aunque solo por el extremo norte. Como yo no deseaba caminar tanto, alquilé una embarcación de pequeño tamaño con una andrajosa vela roja para llegar a la punta meridional, denominada Hains Point. Ahí había una fuente, me informaron, en los viejos tiempos; pero nada queda de ella en la actualidad.

No había nubes, gozamos de un soleado cielo primaveral, y avanzamos sobre vivificantes ondulaciones de las aguas, sin aquellas terribles oscilaciones que tanto me oprimieron a bordo del *Princesa de Fátima*. Yo iba sentado en la proa, contemplando el ondulado verdor del parque a un lado del canal y las ruinas del viejo puerto al otro, mientras un anciano manejaba la caña del timón y su delgado y bronceado nieto, de unos once años de edad, accionaba la vela.

Al dar la vuelta al promontorio, el anciano me dijo que por muy poco más me llevaría a Arlington para que viera los restos de lo que supuestamente es la mayor construcción de la antigüedad de esta nación. Rechacé la oferta, determinado a reservar esa experiencia para otro momento, y desembarcamos en una parte de la antigua albardilla de cemento que permanecía intacta.

Vestigios de viejas carreteras se extendían paralelos a ambas orillas, pero decidí evitarlos, y avancé por el centro, manteniéndome en el terreno más elevado posible. En otros tiempos, no hay duda, toda esta zona estuvo dedicada al esparcimiento. Poca cosa queda, empero, de las glorietas y estatuas de que estaba salpicado el terreno. Hay algunos montículos, desgastados, que probablemente fueron acumulaciones rocosas pero que ahora están cubiertos de tierra, y numerosas charcas de agua estancada. En infinidad de lugares vi los escondrijos de las famosas ratas gigantes norteamericanas, mas nunca a los animales. A juzgar por los agujeros, el tamaño de las ratas no es una exageración; yo habría podido pasar con facilidad por varios de ellos.

Los perros salvajes, contra los que me habían prevenido el gerente del hotel y el viejo barquero, empezaron a seguirme cuando había recorrido un kilómetro hacia el norte. Tienen poco pelo y abundantes y características manchas negras y marrones moteadas de blanco. Opino que su peso medio debe ser de veinticinco kilos. Con las orejas tiesas, y con sus vivaces e inteligentes caras, no parecen particularmente peligrosos. Pero no tardé en darme cuenta de que, fuera por el camino que fuera, los perros que me seguían se acercaban cada vez más. Me senté en una piedra, de espaldas a un estanque, y tomé diversos apuntes de los animales antes de decidirme a probar la pistola. Los perros no intuyeron el peligro, por lo que pude apuntar cómodamente el láser rojo al pecho de un ejemplar de gran tamaño antes de apretar el botón que producía un impulso altamente energético.

Después, durante largo rato, oí a mi espalda el melancólico aullido de estos perros. Quizá se lamentaban de la caída de su líder. Por dos veces me topé con oxidadas máquinas que tal vez habían sido usadas para llevar a los inválidos por los jardines cuando hacía un tiempo tan magnífico como el que yo mismo he experimentado hoy. El tío Mirza opina que soy un buen colorista, mas he abandonado la esperanza de poder igualar los matices negros perturbados por verdes con que el declinante sol teñía el parque.

No encontré a nadie hasta que casi había llegado a los pilares del abandonado puente ferroviario. Entonces cuatro o cinco norteamericanos que fingían pedir limosna me rodearon. Los perros, que a mi entender se alimentan fundamentalmente con los desperdicios que arrastra el río, fueron más honestos en sus intenciones y se mostraron más pulcros. Si estos individuos se hubieran asemejado a las tristes criaturas que encontré en la Ciudad Silenciosa, les habría echado algunas monedas. Pero se trataba de hombres y mujeres relativamente fuertes y sanos, capaces de trabajar, y que en vez de eso preferían robar. Les expliqué que me había visto obligado a matar a un compañero de ellos (sin mencionar que era un perro) que me había asaltado. Y les pregunté dónde podía informar del hecho a la policía. Se echaron atrás al oír esto y me permitieron llegar tranquilamente al extremo norte del canal, no sin un millar de salvajes miradas. He vuelto aquí sin más incidentes, fatigado y bastante satisfecho de mi jornada.

¡He comido uno de los huevos! Confieso que me resultó difícil dar el primer bocado. Pero disciplinar mi resolución fue como forzar una pared de vidrio: la resistencia se quebró de repente, cogí el huevo, y lo engullí en pocos mordiscos. Era agudamente dulce, mas no había otro sabor. Veremos qué ocurre. Esto es muchísimo más atemorizante que el parque.

No sucedió nada, así que salí a cenar. Estaba anocheciendo, y el ambiente de carnaval de las calles era más marcado que nunca: luces de colores en todas las tiendas y música en las terrazas, donde los nativos más acaudalados poseían jardines privados. He hecho en el hotel la mayoría de mis comidas, pero me habían informado de que existe un «buen» restaurante de estilo norteamericano no muy lejos hacia el sur, en Maine Street.

Era tal como lo habían descrito: gente sentada en bancos forrados en reservados. La parte superior de las mesas es de una sustancia similar a piedra labrada, grasienta y de grano fino. Parecían muy antiguas. Pedí la cena número uno: sopa de pescado de un color amarillento acompañada con el espeso pan norteamericano, seguida de un bocadillo de carne picada y legumbres crudas aderezadas con salsa de tomate y servidas en un panecillo blando e impregnado de aceite. Para ser sincero, no me gustó

la cena; pero creo que es mi obligación probar la comida típica en mayor medida que hasta la fecha.

Estoy muy tentado a terminar aquí el relato del día, y de hecho ya había dejado el bolígrafo sobre la mesa después de escribir *tanto*, y estaba dispuesto a irme a la cama. Sin embargo, ¿puede ser bueno un relato deshonesto? No permitiré que alguien lo vea, me limitaré a guardarlo para releerlo cuando llegue a casa.

Al salir del restaurante y volver al hotel pasé junto al teatro. El pensamiento de volver a ver a Ellen fue irresistible. Pagué la localidad y entré. Hasta ocupar el asiento no me di cuenta de que el programa había cambiado.

La nueva obra era *Mary Rose*. Yo la había visto representada por una compañía inglesa hacía varios años, con gran autenticidad. Y me sorprendió que (como la misma Mary) hubiera sobrevivido tanto a su época. La producción norteamericana tenía tanta falta de autenticidad como corrección la inglesa. Por dicha razón, conservaba (o quizá debería decir había adquirido) enorme interés.

Los norteamericanos son supersticiosos en cuanto al interior de su nación, no respecto a sus costas, y por eso la isla de Mary Rose está trasladada a uno de los grandes lagos centrales. El montañés, Cameron, es consecuentemente canadiense, interpretado por el actor que desempeñaba el papel de ayudante del general Powers. Los Spelding se han transformado en los Moreland, y los Moreland se han convertido en estadounidenses. Kreton es Harry, el soldado al que hieren lanzándole un cuchillo. Y mi Ellen es Mary Rose.

El papel le va tan bien que creo que la obra ha sido elegida como vehículo para ella. Su estatura realza la inmadurez artificial del personaje, y su esbeltez, y la vulnerabilidad de su pálido cutis, nos indicaría, creo, en caso de que no lo hiciera la obra, que ella era una víctima inconsciente. Más importante que estos detalles es la alocada e inocente atracción por lo sobrenatural, que ella hace resaltar a la perfección. Esa característica, por sí sola, es la que nos hizo creer la noche anterior (así lo entiendo ahora) que la nave espacial de Kreton podía aterrizar en los rosales de los Spelding: él había sido atraído por Ellen, pese a no haberla visto nunca. Y en esta obra hace que las desapariciones y reapariciones de Mary Rose resulten verosímiles e incluso adecuadas. Es tan posible que espíritus invisibles anhelan a Mary Rose como que ese teniente Blake (John Randolph en la obra anterior) la ame.

Francamente más posible. Y en cuanto comprendí esto, todo el misterio de *Mary Rose* (que fue inmediatamente inexplicable y banal cuando vi la obra bien interpretada en Teherán) se reveló ante mí. Nosotros, el público, somos los espíritus envidiosos y ávidos. Si los Moreland no advierten que una pared de un comfortable salón no es más que un mar de oscuros rostros, si Cameron no repara en que nosotros somos el telón de fondo de su isla, la culpa es de ellos. En consecuencia, por derecho, Mary Rose debía venir con nosotros al desaparecer. Al final del segundo acto empecé a buscarla, y al principio del tercero la encontré, silenciosa e inadvertida, de pie detrás de la última fila de butacas. Yo me encontraba a solo cuatro filas del escenario,

pero abandoné mi asiento del modo más discreto posible y avancé por el pasillo hacia la actriz.

Demasiado tarde. Antes de recorrer la mitad de la distancia, Mary Rose tuvo que hacer su entrada al final de la escena. Observé el resto de la obra desde el fondo del teatro, pero ella no regresó.

La misma noche. Tengo muchísimos problemas para dormir, aunque durante mi estancia en el barco dormía nueve horas todas las noches, y caía dormido en cuanto mi cabeza tocaba la almohada.

La verdad es que esta noche, mientras yacía en la cama, recordé la observación del viejo encargado del museo en cuanto a que todas las actrices eran prostitutas. Si ello es cierto y no simplemente una expresión de odio hacia las personas más jóvenes con cuerpos que aún son atractivos, entonces he sido un necio por gimotear al pensar en Mary Rose y Ellen, siendo así que podía haber conseguido a la misma chica.

Se llama Ardis Dahl. Acabo de mirarlo en el programa del teatro. Voy a ir al despacho del gerente para consultar la guía telefónica.

Escribo antes del desayuno. Ayer por la noche encontré cerrado con llave el despacho del gerente. Eran más de las dos de la madrugada. Apoyé el hombro en la puerta y la abrí con relativa facilidad. (La cerradura no encajaba en metal como es costumbre en casa; solo había un agujero, una muesca en el marco). La guía relacionaba varias Dahl en la ciudad, pero puesto que estaba casi ocho años anticuada no me inspiró excesiva confianza. Reflexioné, empero, que en un lugar tan apartado como este no era probable que la gente se trasladara tanto como nosotros nos trasladamos en casa, y que si la guía no tenía utilidad, el gerente no la conservaría. Así pues seleccioné el apellido Dahl que, por su dirección, parecía estar más cerca del teatro, y me puse en camino.

Las calles estaban completamente vacías. Recuerdo haber pensado que yo hacía lo que previamente me había atemorizado tanto hacer, ya que lo que había leído de la ciudad me había asustado. Qué ridículo es suponer que los ladrones están acechando cuando no hay un solo individuo por la calle. ¿Qué iban a hacer, permanecer horas y horas en las solitarias esquinas?

La luna llena estaba en lo alto, en el cielo meridional, inundando la calle con el blanco y suavemente brillante flujo de su luz. De no haber sido por el notable olor a suciedad característico de las zonas residenciales norteamericanas, habida pensado que caminaba en una ilustración de cierto libro antiguo sobre relatos fantásticos, o que era un actor en una pantomima para niños, tan fascinado por el escenario que ha olvidado al auditorio.

(Después de escribir esto —que, para ser sincero, no pensé en el momento

mismo, sino únicamente ahora, sentado ante mi mesa— me doy cuenta de que en realidad algo así debe sucederle a la joven norteamericana a la que acostumbro a llamar Ellen y a la que tendré que habituarme a llamar Ardis. Ella no podría actuar así de no ser porque en algún rincón de su mente el escenario se ha transformado en realidad.)

Las sombras que surgían de mis pies tenían un siglo de antigüedad y seguían fielmente los cursos que habían decidido mucho antes de que Nueva Tabriz adornara la faz lunar con su zafiro. Enmarañado en mis pensamientos de ella —¡mi Ellen, mi Mary Rose, mi Ardis!— y en la magia de esa pálida luz que gobierna todas las mareas, me elevé hasta un punto tal que soy incapaz de describirlo.

Entonces se apoderó de mí la idea de que cualquier cosa que sintiera podía no ser más que el efecto de la droga.

Súbitamente, igual que alguien que cae de una torre y se aferra hasta a los jirones de niebla, me esforcé en volver a la realidad. Mordí la parte interna de mis mejillas hasta que la sangre llenó mi boca, y golpeé con el puño la insensible pared del edificio más próximo. El dolor me calmó al momento. Permanecí junto al bordillo de la acera durante un cuarto de hora o más, escupiendo en la cloaca e intentando limpiar y vendar mis nudillos con tiras de ropa arrancadas de mi pañuelo. Mil veces pensé en qué espectáculo iba a mostrar yo si en realidad lograba ver a Ellen, y me tranquilicé con el pensamiento de que si ella era realmente una prostituta, mi aspecto no le interesaría en absoluto: yo le ofrecería algunos riales más y todo iría bien.

Pero lo cierto es que ese pensamiento no resultó muy tranquilizador. Incluso cuando una mujer vende su cuerpo, un hombre se complace con la idea de que ella no estaría tan dispuesta a hacerlo si él no fuera quien es. En el mismo momento en que mi baba sanguinolenta caía a la calle, yo estaba felicitándome por el patente rostro varonil que tantas mujeres habían admirado; y preguntándome cómo iba a excusarme si al besarla le manchaba los labios de rojo.

Tal vez fue un tenue sonido lo que me hizo volver en mí. Tal vez fue la conciencia de que me estaban observando. Saqué la pistola y me volví a uno y otro lado, mas no vi nada.

Pero la sensación persistía. Seguí andando. Y suponiendo que retuviera alguna percepción de irrealidad, ya no era el júbilo sobrenatural que había experimentado antes. Al cabo de unos pasos me detuve y presté atención. Un áspero sonido, matraqueos y arañazos, me había seguido. El sonido cesó.

Me encontraba cerca de la dirección que había obtenido en la guía. Confieso que mi mente estaba repleta de fantasías en las que la misma Ellen me rescataba, aunque en definitiva debía estar más asustada que yo, pero que arriesgaba su encantadora vida para salvar la mía. Sin embargo, yo sabía que esto último eran simples fantasías, y que el ser que me perseguía no era una ilusión, aunque más de una vez pensé que quizá fuera cierto *druj* que se había vuelto visible y palpable para mí.

Otra manzana, y llegué a la dirección que buscaba. El edificio no era distinto a los

que había a ambos lados: construido con los restos de otros edificios todavía más antiguos, tenía tres pisos y pesadas puertas, y prácticamente carecía de ventanas. En la planta baja había una librería (a juzgar por un viejo letrero) con viviendas encima. Crucé la calle para ver mejor la casa, y me quedé inmóvil, envuelto de nuevo en mis sueños, mirando fijamente la solitaria línea de luz amarilla que asomaba entre los postigos de una ventana con gablete.

Mientras contemplaba la luz, fue aumentando la sensación de que estaba siendo observado. El tiempo fue pasando, deslizándose por la cintura del gran reloj de arena del universo igual que el erosionado suelo de este continente se desliza por los ríos hasta los océanos. Finalmente mi temor y mi deseo —deseo por Ellen, temor de lo que estaba mirándome con invisibles ojos— me llevó a la puerta de la casa. Golpeé la madera con la culata de mi pistola, aunque sabía lo improbable que era que un norteamericano respondiera a una llamada a tales horas de la noche, y después de haber golpeado varias veces, oí lentos pasos en el interior.

La puerta chirrió al abrirse hasta que una cadena le impidió seguir moviéndose. Vi a un hombre de cabello gris, completamente vestido, que sostenía un anticuado rifle de cañón largo. Detrás de él, una mujer mantenía en alto un trozo de vela, humeante, para poder ver. Y aunque ella era notablemente más madura que Ellen, y además estaba marcada por las deformidades que tanto abundan aquí, poseía cierta belleza y nobleza en sus facciones, cosa que me recordó la derrumbada estatua que se rumorea subsiste en una isla más al norte, y que yo he visto en fotografías.

Explicué al hombre que yo era un viajero —¡muy cierto!— y que acababa de llegar en un barco procedente de Arlington; que no tenía lugar donde alojarme, y que por ello había caminado por la ciudad hasta ver la luz que había en su ventana. Pagaría, dije, un rial de plata si me ofrecían una cama para pasar la noche y un desayuno por la mañana, y les enseñé la moneda. Mi plan era ser huésped de la casa para poder descubrir si Ellen la habitaba. En caso afirmativo, habría sido muy fácil prolongar mi estancia.

La mujer quiso susurrar algo al oído de su marido pero él no le hizo caso, aparte de hacer gesto de nerviosa irritación.

—No me arriesgaré a dejar entrar a un extraño. —Para estar en consonancia con su tono, yo debía ser un león, y su rifle la silla de un domador—. No cuando aquí solo estamos mi esposa y yo.

—Entiendo —le contesté—. Comprendo perfectamente su posición.

—Puede probar en la casa de la esquina —dijo mientras cerraba la puerta—, pero no diga que le envía Dahl.

Escuché el ruido de la pesada barra al ajustarse después de la palabra final. Di media vuelta... y entonces, gracias a la misericordia de Alá, que es realmente compasivo, se me ocurrió mirar por última vez la raya amarilla que había entre los postigos de la alta ventana. Un parpadeo de luz escarlata todavía más alta llamó mi atención, quizá únicamente porque la luz de la luna en su puesta bañaba el tejado bajo

un ángulo distinto. Creo que la criatura que vislumbré allí estaba aguardando a saltar sobre mí cuando nuestras miradas se encontraron. Apenas tuve tiempo de levantar la pistola antes de que aquel ser me golpeará y tirara contra el destrozado pavimento de la calle.

Creo que perdí el conocimiento durante un breve período. Si mi disparo no hubiera dado muerte a la criatura mientras caía, yo no estaría sentado aquí esta mañana, escribiendo este diario. Al cabo de medio minuto, más o menos, me recobré lo suficiente como para desembarazarme de aquella carga, levantarme y frotar mis contusiones. Nadie había acudido en mi ayuda, aunque tampoco una sola persona había salido de las casas circundantes para matarme y robarme. Me encontraba tan a solas con la criatura que yacía muerta a mis pies como cuando había estado contemplando la ventana de la vivienda de la que ese ser había surgido.

Después de encontrar mi pistola y asegurarme de que seguía siendo útil, arrastré a la criatura hasta una zona iluminada por la luna. Cuando la vislumbré en el tejado me pareció un perro feroz, igual que el que había recibido mi disparo en el parque. Mientras estuvo muerta ante mí, pensé que era un ser humano. A la luz de la luna comprobé que no era ni lo uno ni lo otro, o que quizá era ambas cosas. Un hocico prominente. Y la parte del cráneo situada por encima de los ojos, que los antropólogos aseguran es el distintivo de la humanidad y de la facultad de hablar, tenía un desarrollo tan insuficiente que no parecía ser mayor de la que yo había visto en un macaco. Pero brazos, hombros y pelvis... incluso los mugrientos harapos de ropa... todo indicaba humanidad. Era una hembra, con senos pequeños y aplastados aún visibles a ambos lados del abrasado pecho.

Yo había leído algo sobre estos seres hacía diez años, en *Misterios tras la puesta del sol* de Osman Aga. Mas resultaba muy distinto estar temblando en la desierta esquina de una calle de la vieja capital y examinar en persona a la criatura. Según el relato de Osman Aga (que nadie, creo, excepto algunas ancianas, ha creído), estos seres eran realmente seres humanos... o al menos descendientes de seres humanos. Durante el siglo pasado, cuando el hambre se adueñó de la nación y el irreversible daño causado a las estructuras cromosómicas de las personas fue patente, algunos individuos recurrieron a la carne humana como alimento. No hay duda de que en un principio ese alimento fue obtenido de los cadáveres de los hambrientos. Y no hay duda de que las personas que lo hicieron se felicitaron por haber escapado así a los efectos de las enzimas que seguían empleándose para que los animales que iban a ser sacrificados alcanzaran la madurez en cuestión de pocos meses. El detalle que no tuvieron en cuenta es que los cadáveres de los seres humanos que comían habían acumulado más cantidad de estas sustancias artificiales que la que se encontraba en la carne del ganado de breve vida. De estos individuos, según *Misterios tras la puesta del sol*, surgieron las criaturas iguales que la que yo maté.

Pero nunca se ha dado crédito a Osman Aga. Por lo que yo sé, se trata de un mero escritor popular, que se ha hecho famoso glorificando las zonas turísticas del Mar

Caspio (a cambio de obtener hospedaje gratis) y complaciéndose en absurdas expediciones para engendrar nuevos libros y dar publicidad a los que ya ha escrito (atravesando el desierto montado en un camello y los Alpes en un elefante) y ninguna otra persona, que yo sepa, ha hablado de las criaturas de este continente. Las ruinosas ciudades repletas de ratas y murciélagos rabiosos y las terribles tormentas de arena del interior han colmado la paciencia de otros autores viajeros. Ahora me arrepiento de no haberme procurado algo para cortar la cabeza de la criatura; estoy seguro de que su cráneo habría sido de interés para la ciencia.

Nada más escribir el párrafo precedente me di cuenta de que aún tenía una oportunidad de hacer lo que no había hecho la última noche. Me dirigí a la cocina del hotel, y con un pequeño soborno conseguí un largo y afilado cuchillo que oculté debajo de mi chaqueta.

Aún era muy temprano cuando recorrí las calles, y durante algunos minutos tuve grandes esperanzas de que el cadáver siguiera en el mismo sitio. Pero me esforcé inútilmente. Había desaparecido, y no quedaba rastro de su presencia: ni una gota de sangre, ni una sola señal del rayo de mi pistola en la pared de la casa. Rebusqué en callejones y basuras. Nada. Finalmente regresé al hotel para desayunar, y ahora (a media mañana) acabo de volver a mi habitación para planear mi jornada.

Muy bien. Ayer por la noche no logré encontrar a Ellen. Hoy no fallaré. Compraré otra entrada para el teatro, y esta noche no ocuparé mi butaca, sino que aguardaré detrás de la última fila, donde la vi a ella. Si se acerca al final del segundo acto tal como hizo la última noche, yo estaré allí para felicitarla por su actuación y hacerle algún obsequio. Si no viene, me dirigiré a los camerinos. Por lo que sé de estos norteamericanos, un cuarto de rial me llevará a cualquier parte, aunque no me importará perder varios dientes si es preciso.

¡Qué criaturas tan absurdas somos! Acabo de volver a leer lo que escribí esta mañana, y habría sido lo mismo que escribir acerca de las especulaciones filosóficas del Congreso de las Aves o de los asuntos de los demonios de Don Daniel, o de cualquier tema del que ni yo ni nadie sabe o puede saber una sola cosa. ¡Oh, Libro! Tú que sabes lo que yo supuse que ocurriría, sabrás ahora lo que en realidad sucedió.

Salí tal como había planeado para comprar un regalo para Ellen. Siguiendo el consejo del gerente del hotel, recorrí Maine Street hacia el norte hasta llegar a la gran avenida que discurre cerca del obelisco. Alrededor de la base de este monumento, todavía impresionante, se celebra una feria perpetua en la que los comerciantes usan como mesas los bloques de piedra caídos de la parte superior de la estructura. Lo que queda del fuste de la columna tiene aún, diría yo, más de un centenar de metros. Pero se dice que anteriormente tuvo tres o cuatro veces más altura. Buena parte del

material caído ha sido recogido y transportado en carros para construir viviendas.

Los precios de este país no parecen tener lógica ninguna con la excepción de la regla general: los productos alimenticios son baratos y la maquinaria de importación (cámaras y cosas por el estilo) es cara. Los tejidos son costosos, lo que explica sin ninguna duda por qué tanta gente viste andrajos que remienda y tiñe intentando que parezcan nuevos. Ciertos artículos de joyería son bastante razonables; otros se venden a precios mucho más altos que en Teherán. Anillos de plata u oro blanco, por lo general con un solitario y modesto diamante, pueden adquirirse en tal cantidad y a un precio tan bajo que estuve tentado a comprar algunos para llevarlos a mi país a manera de inversión. Sin embargo, vi brazaletes que en casa se habrían vendido a medio rial, como mucho, y por los que el vendedor pedía diez veces más. Había numerosas e interesantes antigüedades, todas ellas supuestamente extraídas de entre las ruinas de las ciudades del interior a costa de la vida de alguna persona. Tras hablar de estos artículos con cinco o seis vendedores, pude creer que sabía cómo se había despoblado el país.

Después de un buen rato de agradables y verbosas compras, en las que apenas gasté dinero, elegí un brazalete hecho con viejas monedas (muchas de ellas de plata) como regalo para Ellen. Razoné que a las mujeres siempre les gustan las joyas, que en ejemplar tan vistoso sería útil para una actriz al interpretar cierto papel, y que las monedas debían poseer un buen valor intrínseco. No sé si le gustaría o no, si es que llega a recibirlo; aún está en el bolsillo de mi chaqueta.

Cuando la sombra del obelisco aumentó en longitud, regresé al hotel, disfruté de una excelente comida a base de cordero y arroz, y me retiré a mi habitación dispuesto a asearme para la noche. Los cinco huevos de dulce que quedaban me observaban desde encima del tocador. Recordé mi decisión, y cogí uno. De repente me estremeció el convencimiento de que el demonio que creía haber matado la noche anterior no era más que un fantasma engendrado por la acción de la droga.

¿Y si había disparado mi pistola al aire, al vacío? Un pensamiento aparentemente terrible... y en realidad así me lo sigue pareciendo. Una idea peor es que la droga pudo hacer efectivamente visible (algunas personas afirman que ese era el propósito de los preparados antiguos) a un ser real si bien espiritual. Numerosas muertes y enfermedades repentinas tendrían explicación si esos seres merodearan realmente por lo que consideramos son habitaciones y tejados desocupados, y por las desiertas calles nocturnas. Y quizá explicarían también los súbitos empeoramientos que observamos en otras personas y que otras personas observan en nosotros, e incluso el nacimiento de hombres diabólicos. Esta mañana llamé *druj* a esta criatura; tal vez sea cierto.

Pero si la droga estaba en el huevo que comí ayer por la noche, entonces el huevo que tenía en las manos era inofensivo. Concentrándome en ese pensamiento, meforcé a comerlo por completo, y después me tendí en la cama para esperar.

Dormí y soñé durante un período muy breve. Ellen se inclinaba hacia mí, me

acariciaba con una suave mano de largos dedos. Solo un instante, pero el tiempo suficiente como para hacerme confiar en que los sueños son profecías.

En caso de que la droga hubiera estado en el huevo que consumí, ese sueño había sido su único resultado. Me levanté, me lavé y me cambié de ropa, rociando generosamente mi camisa limpia con nuestra agua de rosas Pamir, que los norteamericanos, por lo que he observado, tienen en gran estima. Tras asegurarme de que la entrada y la pistola estaban en su sitio, salí hacia el teatro.

La obra seguía siendo *Mary Rose*. Entré con retraso a propósito (después de que Harry y la señora Otery hubieran conversado durante varios minutos) y me quedé detrás de la última fila como si mi cortesía me impidiera molestar al público ocupando mi asiento. La señora Otery hizo su salida; Harry sacó el cuchillo de la madera del cajón y volvió a lanzarlo, y cuando las nebulosidades del pasado terminaron su tránsito por el escenario, Harry había desaparecido y Moreland y el pastor charlaban al son de las agujas de hacer calceta de la esposa del primero. Mary Rose no tardaría en aparecer en escena. Mi esperanza de que ella saliera a contemplar la escena inicial se había esfumado. Tenía que esperar a que desapareciera al final del segundo acto para poder verla.

Estaba buscando una butaca libre cuando me di cuenta de que alguien estaba de pie a mi lado. En la penumbra no distinguí nada aparte de que aquel hombre era más bien delgado, y algunos centímetros más bajo que yo.

Al no encontrar asiento, retrocedí algunos pasos. El recién llegado tocó mi brazo y me preguntó, en un susurro, si podía darle fuego. Yo ya sabía que aquí era costumbre fumar en los teatros, y había cedido al hábito de llevar cerillas encima para encender las velas de mi habitación. El resplandor de la llama reveló los ojillos y los abultados pómulos de Harry o, como yo prefería imaginarle, Kreton. Ligeramente desconcertado, murmuré una insulsa observación acerca de su forma de actuar.

—¿Le ha gustado? Es el más insignificante de los papeles. Alzo el telón para iniciar el espectáculo, después lo bajo para indicar a todo el mundo que es hora de volver a casa.

Varios miembros del auditorio estaban mirándonos con aire de enojo, por lo que nos retiramos a un punto del pasillo que, al menos legítimamente, se hallaba en el vestíbulo, y allí le dije que también le había visto actuar en *Visita a un pequeño planeta*.

—Aquella sí que *era* una obra. El personaje, estoy seguro de que usted lo apreciaría, era bueno y malo a la vez. Benigno, malévolo, diabólico...

—Usted lo representó maravillosamente bien, creo.

—Gracias. Este fracaso de ahora... ¿Sabe cuántos papeles tiene?

—Bien, está el de usted, el de la señora Otery, el del señor Amy...

—No, no. —Me tocó el brazo para hacerme callar—. Me refiero a *papeles*, personajes que requieren una auténtica actuación. Hay uno: el de la chica. Ella consigue saltar por el escenario como una joven de dieciocho años cuyo cerebro se

atrofió a los diez. Y casi la mitad de lo que hace se pierde entre el público debido a que la gente no comprende cuál es el problema de ella hasta que el primer acto está prácticamente acabado.

—Ella es maravillosa —dije—. Me refiero a la señorita Dahl.

Kreton asintió y apuró su cigarrillo.

—Es una ingenua muy competente, aunque sería preferible que no fuera tan alta.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de que ella venga allí, igual que usted?

—Ah —dijo él, y me miró de arriba abajo.

Durante un momento habría podido jurar que la facultad telepática de que Kreton alardeaba en *Visita a un pequeño planeta* no era ficticia. No obstante, repetí mi pregunta.

—¿Es probable, o no?

—No hay motivo para enfadarse... No, no es probable. ¿Le basta eso como pago de su cerilla?

—Ella desaparece al final del segundo acto y no vuelve a salir a escena hasta casi el final del tercero.

—¿Ha leído la obra? —dijo Kreton, sonriente.

—Estuve aquí ayer por la noche. Ella ha de estar casi cuarenta minutos fuera del escenario, incluyendo el intermedio.

—Exacto. Pero no vendrá aquí. Es cierto que lo hace de vez en cuando, igual que yo esta noche, pero acabo de saber que tiene compañía entre bastidores.

—¿Puedo preguntar quién es esa compañía?

—Puede preguntarlo. Hasta es posible que yo le responda. Usted es musulmán, supongo... ¿Bebe alcohol?

—No soy un musulmán *estricto*. Pero no, no bebo alcohol. Aunque será un placer invitarle, si desea tomar algo, y yo tomaré un café mientras tanto.

Salimos por una puerta lateral y avanzamos a empujones entre el gentío de la calle. Un tramo de estrechos y sucios escalones descendía de la acera hacia un bar que poseía todo el ambiente de un club privado. Había una barra con una fotografía (muy ensombrecida por el polvo y el humo) del reparto de una obra teatral que yo no reconocí, tres mesas y algunos reservados. Kreton y yo nos metimos en uno de estos y pedimos las bebidas a un camarero con una cabeza desfigurada. Supongo que me quedé mirándole, porque Kreton dijo:

—Me torcí el tobillo al salir de un platillo, y ahora soy un soldado convaleciente. ¿Deberíamos compensarle también? ¿No podemos decir simplemente que el alfarero se enfurece a veces?

—¿El alfarero? —pregunté.

—«Nadie respondió; pero después del Silencio habló / una Vasija de más torpe Hechura: / Porque estoy torcida de mí se burlan. / ¡Y bien! ¿Acaso la Mano del Alfarero tembló?»

Agité la cabeza.

—Nunca lo había oído. Pero tiene razón, parece como si la cabeza de ese hombre hubiera sido modelada en arcilla, y que recibió un golpe cuando aún estaba húmeda.

—Estamos en la república de la fealdad, como sin duda alguna usted ya ha comprobado. Se supone que nuestro símbolo nacional es un águila extinta. Es la pesadilla, de hecho.

—Me parece una nación muy hermosa —dije—. Aunque confieso que muchos habitantes tienen un aspecto desagradable. Pero existen las ruinas, y en mi patria jamás he visto estos cielos.

—Nuestras chimeneas están llenas de viento desde hace muchísimos años.

—Eso tal vez sea un bien. Un cielo azul es mejor que la mayoría de cosas que se hacen en la fábricas.

—Y no todos los habitantes tienen un aspecto desagradable —murmuró Kreton.

—¡Oh, no! La señorita Dahl...

—Estaba pensando en ella.

Comprendí que Kreton estaba azuzándome, pero cambié de conversación.

—No, usted no es feo... de hecho, yo diría que es apuesto de un modo exótico. Por desgracia, mis gustos tienden más hacia la señorita Dahl.

—Llámela Ardis, a ella no le importará.

El camarero trajo un vaso con un licor verde para Kreton y una taza de café, el flojo y amargo café norteamericano, para mí.

—Iba usted a decirme a quién está agasajando ella.

—Entre bastidores. —Kreton sonrió—. Estaba pensando en eso... He usado la frase miles de veces, como supongo hace todo el mundo. Esta vez es literalmente correcta, y su nacimiento queda repentinamente claro, como el de Edipo. No, no creo que prometiera contestarle esa pregunta... aunque supongo que dije que tal vez lo haría. ¿No hay otras cosas que le interese realmente conocer? ¿El refugio secreto de Monte Rushmore, o cómo conocerla personalmente?

—Le daré veinte riales si me la presenta, con cierta seguridad de que la presentación sirva para algo. Nadie debe saberlo.

Kreton se echó a reír.

—Créame, es más probable que yo alardee de mi beneficio que no que lo mantenga en secreto... aunque posiblemente tendré que dividir mis honorarios con la dama para satisfacer la garantía.

—Así pues, ¿lo hará?

Agitó la cabeza, riéndose todavía.

—Solo aparento ser corrupto. Va bien con esta cara. Venga a los camerinos después de la función de esta noche, y me preocuparé de que conozca a Ardis. Usted es muy rico, supongo, y si no lo es, de todos modos diremos que lo es. ¿Qué está haciendo aquí?

—Estudiar el arte y la arquitectura norteamericana.

—Gozará de gran reputación en su patria, sin duda.

—Soy discípulo de Akhon Mirza Ahmak. Él es muy famoso, no hay duda. Incluso estuvo aquí hace treinta años, para examinar las miniaturas de la Galería Nacional de Arte.

—Discípulo de Akhon Mirza Ahmak, discípulo de Akhon Mirza Ahmak... —murmuró Kreton—. Eso es fantástico... debo recordarlo. Pero ahora... —miró el viejo reloj que había detrás de la barra— es hora de volver. Tengo que retocar mi maquillaje antes de salir en el último acto. ¿Prefiere esperar en el teatro, o simplemente presentarse en la entrada de artistas cuando termine la representación? Le daré un documento que le permitirá entrar.

—Aguardaré en el teatro —dije, creyendo que así estaría menos expuesto a un contratiempo y, además, porque deseaba volver a ver a Ellen en el papel de espíritu.

—En ese caso, acompáñeme. Tengo una llave de esa puerta lateral.

Me levanté para acompañarle y él pasó su brazo por encima de mi hombro, de tal modo que me pareció descortés apartarlo. Noté su mano, tan fría como la de un muerto, a través de la chaqueta, y tuve el desagradable recuerdo de las retorcidas manos del pordiosero de la Ciudad Silenciosa.

Estábamos subiendo los estrechos escalones cuando noté un suave movimiento debajo de mi chaqueta. Mi primer pensamiento fue que Kreton había visto el perfil de mi pistola y pretendía cogerla para dispararme. Aferré su muñeca y grité algo, no sé el qué. Entrelazados, y luchando, subimos tambaleantemente las escaleras y llegamos a la acera.

Al cabo de unos instantes estuvimos en el centro de una multitud. Algunos individuos estaban de parte de Kreton, otros de la mía, pero la mayoría nos incitaban a pelear o se interrogaban sobre el porqué del alboroto. El cuaderno de bocetos que llevaba en el bolsillo, y que Kreton debió pensar que contenía dinero, cayó al suelo entre los dos. En ese instante llegó la policía norteamericana, no por aire como la policía de nuestra patria, sino montando peludos y corpulentos caballos, y agitando látigos. La muchedumbre se dispersó con los primeros restallidos, y la policía tardó unos segundos en dejar inconsciente a Kreton. Incluso en ese instante no pude menos que pensar lo terrible que era ser una de estas personas, cuya policía se decide rápidamente por un extranjero de próspero aspecto enfrentado a uno de sus ciudadanos.

Me preguntaron qué había ocurrido (el que me interrogó hasta desmontó para mostrarme su respeto) y yo expliqué que Kreton había intentado robarme, pero que no deseaba que le castigaran. La verdad es que verle tendido, inconsciente y con el rostro en una llaga había acabado con todos mis resentimientos. Por compasión, le habría dado gustosamente los pocos riales que llevaba. Me dijeron que si él había intentado robarme debía hacerse una acusación formal, y que si yo no quería hacer los cargos, los harían ellos mismos.

Entonces expliqué que Kreton era mi amigo y que, pensándolo bien, estaba convencido de que su intento de robo había sido una travesura. (Al mantener esta

postura me encontré en la situación notablemente desventajosa de no conocer el nombre real del actor, que yo había leído en el programa y olvidado después, por lo que me vi obligado a referirme a él como «este pobre hombre».)

—No podemos dejarle en la calle —dijo finalmente el agente—, así que tendremos que llevármolo. Pero si no hay denuncia...

En ese momento comprendí que los policías temían la reacción de sus superiores si llegaba a saberse que habían golpeado y dejado inconsciente a un hombre sin que se hubieran presentado cargos contra él. Y cuando me di cuenta de que si yo no hacía la denuncia, la que presentarían los agentes sería mucho más grave (asalto y agresión, o intento de asesinato), convine en hacer lo que ellos deseaban, y firmé un impreso alegando el robo de mi cuaderno de bocetos.

En cuanto la policía se fue, llevando al infortunado Kreton sobre la silla de un caballo, intenté volver a entrar en el teatro. La puerta lateral por la que habíamos salido estaba cerrada con llave, y aunque yo habría pagado muy gustoso el precio de otra entrada, la taquilla estaba cerrada. Al ver que ya no podía hacer nada, regresé al hotel, diciéndome que mi presentación a Ellen, si es que llegaba a producirse, debería esperar otro día.

Es muy cierto que caminamos por sendas que siempre se tuercen. Al llenar estas páginas he logrado reprimir mi entusiasmo, aunque al describir mi espera detrás de la última fila del teatro, y de nuevo al narrar la promesa de Kreton en cuanto a que me presentaría a Ardis, me vi obligado a dejar el bolígrafo varios minutos seguidos y pasear por la habitación, cantando y silbando y, para decirlo todo, ¡brincando encima de las camas! Pero ahora ya no puedo seguir ocultándolo. ¡He visto a Ellen! He tocado su mano. Y volveré a verla mañana, ¡y existen todas las posibilidades de que se convierta en mi amante!

Acababa de desnudarme y tumbarme en la cama (pensando poner el día del diario por la mañana), e incluso había empezado ya a adormecerme, cuando escuché un golpe en la puerta. Me puse la bata y abrí el pestillo.

Fue la única vez en mi vida en que, durante un instante, he pensado estar soñando, durmiendo, cuando en realidad estaba levantado y despierto.

Qué inadecuado es escribir que ella es más bella en persona que en el escenario. Es cierto, y no obstante se trata del colmo de la improcedencia. He conocido mujeres más hermosas, y en realidad Yasmin es una de estas, supongo, de acuerdo con los criterios artísticos formales; es más encantadora. No es su belleza lo que me atrae hacia ella, sino... el cabello que parecía oro, la traslúcida piel que aún mostraba vestigios del maquillaje azulado que se había puesto en su papel de espíritu, los rutilantes ojos tan parecidos a los puros y despejados cielos norteamericanos. Es algo más profundo todavía, algo que permanecería si todo lo demás le fuera arrebatado de algún modo. No hay duda de que tiene hábitos que me disgustarían en otra persona,

además de esa vanidad que se opina es tan común en su profesión, y pese a todo yo haría cualquier cosa por poseerla.

Ya es suficiente. ¿Qué es todo esto, sino vana jactancia, ahora que estoy a punto de conquistarla?

Ellen estaba en la puerta. Me he esforzado en imaginar cómo podría expresar lo que sentí entonces. Fue como si una espigada flor, tal vez una azucena, hubiera abandonado el jardín para venir a llamar a mi puerta, algo que jamás había sucedido en la historia del mundo y que nunca volverá a suceder.

—¿Nadan Jaffarzadeh?

Admití que lo era, y tímidamente, veinte segundos demasiado tarde, me aparté para que ella pudiera pasar.

Entró, pero en vez de sentarse en la silla que yo le indicaba, se volvió para mirarme con unos ojos azules tan grandes como los huevos de colores de la cómoda, y rebosantes de una fundente esperanza.

—Entonces, ¿es usted el hombre al que Bobby O'Keene ha intentado robar esta noche?

Asentí.

—Le conozco... Es decir, conozco su cara. Esto es una locura. Vino a ver *Visita* con su padre, la última noche, y luego estuvo en el estreno de *Mary Rose*, y se sentó en la tercera o cuarta fila. Creía que era norteamericano, y cuando la policía me dio su nombre pensé en un hombre educado, grasiento y gordo. ¿Por qué condenada razón quería robarle Bobby a usted precisamente?

—Quizá necesitaba dinero.

Ardis echó hacia atrás la cabeza y se echó a reír. He oído su risa en *Mary Rose*, cuando Simon pide su mano a su padre. Pero esa risa tenía un acento infantil que (si bien muy acorde con el papel) hacía desmerecer la belleza de la protagonista. Esta nueva risa era el júbilo de las huríes deslizándose por un arco iris.

—Estoy segura de que lo necesitaba. Siempre necesita dinero. Pero, ¿está seguro de que él pretendía robarle? Tal vez usted...

Ardis vio mi expresión y se interrumpió. La verdad es que me desilusionaba no poder complacerla.

—Si desea que yo haya cometido un error, Ardis, entonces cometí un error. Él solo tropezó conmigo en las escaleras, tal vez, e intentó coger mi cuaderno de bocetos al ver que caía.

Ardis sonrió, y su rostro fue el sol sonriendo sobre rosas.

—¿Diría eso por mí? ¿Y sabe mi nombre?

—Gracias al programa. Fui a verla al teatro... y aquel hombre no era mi padre, del que me apena decir que murió hace mucho tiempo, sino solo un anciano norteamericano, al que conocí ese día.

—Le compró bocadillos en el primer entreacto. Les estuve mirando por la mirilla del telón. Debe ser usted una persona muy atenta.

—¿Observa con tanta atención a todos los que van al teatro?

Ardis se sonrojó, y durante un instante fue incapaz de mirarme a la cara.

—Pero, ¿va a perdonar a Bobby? ¿Dirá a la policía que quiere que le dejen en libertad? A usted debe gustarle el teatro, señor Jef... Jaff...

—Ya ha olvidado mi apellido. Es Jaffarzadeh, un apellido muy común en mi patria.

—No lo había olvidado... solo había olvidado la pronunciación. Mire, cuando vine aquí había aprendido su apellido sin conocerle, y por esto no tuve ningún problema. Ahora usted es una persona real para mí y no puedo pronunciar ese apellido tal como debería hacer una actriz. —Se dio cuenta por primera vez, al parecer, de que tenía una silla detrás, y se sentó. Yo tomé asiento delante de ella.

—Me temo que sé pocas cosas sobre el teatro.

—Estamos intentando que sobreviva, señor Jaffar, y...

—Jaffarzadeh. Llámame Nadan... así no tendrá que pronunciar tantas sílabas.

Puso mi mano entre las de ella, y yo sabía que el gesto estaba tan estudiado como una zalema y que ella estaba jugando conmigo como si yo fuera un tonto, pero yo estaba fuera de mí, sumamente complacido. ¡Ella estaba jugando conmigo! ¡Estaba allí, ansiosa de cultivar mi amistad! Y sin embargo el tonto acabaría atrayéndola. ¡Simple cuestión de tiempo!

—Así lo haré —dijo—. Nadan. Y aunque sepa pocas cosas del teatro, sus sentimientos son como los míos, como los de todos, o no habría ido allí. Ha sido una lucha tan larga... La historia de los escenarios es una lucha total, es como tener un niño guapísimo que nace al borde la muerte. Los moralistas, la censura y la represión, la tecnología y ahora la pobreza... todas esas cosas han intentado destruirlo. Solo nosotros, los actores y los espectadores, lo hemos mantenido vivo. Nos ha ido bien en Washington, Nadan.

—Francamente bien —dije—. Las dos producciones que he visto eran excelentes.

—Pero únicamente en las dos últimas temporadas. La compañía estaba casi deshecha cuando yo entré. La revivimos, Bobby, Paul y yo. Fuimos capaces de hacerlo porque nos preocupaba, y porque pudimos encontrar algunas personas dotadas de talento natural para la dirección. Bobby es el mejor... Puede triunfar con cualquier papel que requiera un toque siniestro... —Ardis pareció quedarse sin aliento.

—No creo que haya problemas para lograr que le den la libertad.

—Gracias a Dios. Estamos poniendo en pie el teatro otra vez. Atraemos nuevos espectadores, y hemos logrado una clientela fija, gente que acude a ver todas las obras. Incluso disponemos por fin de algún dinero extra. Pero lo previsto es que *Mary Rose* dure otras dos semanas, y después haremos *Fausto*, con Bobby en el papel de Mefistófeles. No tenemos a nadie que pueda ocupar su lugar, a nadie capaz de estar a su altura.

—Estoy seguro de que la policía lo soltará si yo lo solicito.

—*Deben* soltarle. Contamos con él mañana por la noche. Bill, un actor al que usted no conoce, intentó reemplazarle en el tercer acto esta noche. Simplemente atroz. Los iraníes son muy educados. Eso es lo que he oído decir.

—Nos complace pensar que es así.

—Nosotros no somos así. Nunca lo hemos sido. Y...

Su voz se quebró, pero el giro de un esbelto brazo evocó todo: el agrietado enyesado de las paredes se hizo aire, y la decadente ciudad, el arruinado continente, entró en la habitación con nosotros.

—Comprendo —dije.

—Ellos... nosotros fuimos traicionados. En nuestro interior nunca hemos estado seguros de quién nos traicionó. Cuando creemos que nos engañan estamos dispuestos a matar. Y es posible que siempre nos sintamos engañados.

Ardis se hundió en la silla y yo me di cuenta entonces, aunque debía haberlo comprendido mucho antes, de lo agotada que estaba. Había actuado en una representación culminada por el desastre, después se había visto forzada a implorar mi nombre y dirección ante la policía, y finalmente había llegado al hotel procedente de la comisaría, muy probablemente andando. Le pregunté cuándo podría obtenerse la liberación de O'Keene.

—Podemos ir mañana por la mañana, si está dispuesto a hacerlo.

—¿Desea venir?

Ardis asintió, se alisó la falda y se levantó.

—Tendré que saber el resultado. Vendré a buscarle a las nueve, si no hay ningún problema.

—Si quiere aguardar fuera mientras me visto, la llevaré a su casa.

—No es necesario.

—Solo tardaré un momento —dije.

Los azules ojos volvían a tener un rasgo de súplica.

—Tú vas a quedarte aquí conmigo: eso es lo que está usted pensando, lo sé. Tiene dos camas, dos camas más limpias y grandes que la única que yo tengo en mi pisito. Si le pidiera que las juntara, ¿seguiría queriendo acompañarme a casa después?

Realmente era como un sueño, un sueño en que todo lo que yo deseaba —el cosmos purificado— me era proporcionado.

—No tendría que marcharse, podría pasar la noche conmigo —propuse—. Luego desayunaríamos juntos antes de ir a liberar a su amigo.

Ardis se echó a reír de nuevo, irguiendo su exquisita cabeza.

—En casa tengo cientos de cosas que necesito. ¿Cree que yo desayunaría en su compañía sin mis cosméticos, y con esta ropa sucia?

—Entonces la llevaré a casa... Sí, aunque viva en Kasvin. O en monte Kaf.

—Vístase, entonces —dijo ella, sonriente—. Esperaré fuera, y le enseñaré mi piso. Tal vez no quiera volver aquí después.

Salió, y sus zapatos norteamericanos de suela de madera resonaron en el desnudo

suelo. Me puse unos pantalones, una camisa y una chaqueta, y apreté los pies dentro de mis botas. Cuando abrí la puerta Ardis había desaparecido. Corrí hacia la enrejada ventana del extremo del corredor, y llegué a tiempo de verla esfumarse por una calle lateral. Un último revoloteo de su falda en una racha de viento nocturno, y desapareció en la aterciopelada oscuridad.

Me quedé inmóvil durante largo rato, contemplando los ruinosos edificios. No estaba enfadado, no creo que pueda enfadarme con ella. Me sentía contento, aunque ahora sea difícil ser sincero. Contento no porque temiera el abrazo del amor (no dudo de mi capacidad para satisfacer a cualquier mujer), sino porque un fácil intercambio —mi cooperación a cambio de su persona— no habría satisfecho mi necesidad de romance, de cierto tipo de aventura en que peligro y amor están entrelazados como serpientes unidas. Ardis, mi Ellen, me proporcionará eso, seguramente, eso que ni Yasmin ni la ramera digna de compasión que era su doble pudieron ofrecerme. Presiento que únicamente ahora está abriéndose el mundo para mí, que estoy naciendo, que ese pasillo era el conducto del alumbramiento y que Ardis, al dejarme, estaba atrayéndome hacia ella.

Al regresar a la puerta de mi habitación, reparé en un trozo de papel que había en el suelo. Lo transcribo exactamente, pero no puedo transmitir su aroma de lilas.

Es usted un hombre muy atractivo y me gustaría exagerar las cosas y decirle que podrá disponer de mí con toda libertad cuando Bobby esté libre pero que no me venderé, etc... En realidad me vendería por Bobby, pero esta noche tengo cosas más importantes que hacer. Le veré por la mañana, y si consigue sacar a Bobby, o simplemente se esfuerza en lograrlo, tendrá (auténtico) amor de la desaparecida

Mary Rose

Por la mañana. Me he despertado temprano y he desayunado en el hotel como de costumbre, terminando alrededor de las ocho. Escribir esta nota me servirá para hacer algo mientras espero a Ardis. Hoy he tenido un desayuno norteamericano, la primera vez que me arriesgo a comerlo. Copos de cereales, dulces y tostados y remojados con leche, acompañados de *Strudel* y el usual café norteamericano. Muchos nativos toman carne de cerdo sazonada en una forma u otra, cosa que soy incapaz de probar. Pero algunas personas que estaban cerca de mí habían pedido huevos y pan tostado, cosa que paladearé mañana.

Esta noche he tenido un sueño muy desagradable. Me he esforzado en olvidarlo desde que he despertado. Había oscuridad y yo estaba con Ardis bajo un cielo despejado, andando sobre un terreno más áspero que los que vi en el parque, en la orilla más alejada del canal. Una espantosa criatura como la que yo había matado la penúltima noche nos perseguía. O mejor dicho, nos acechaba, ya que primero

apareció a nuestra izquierda, luego a nuestra derecha, perfilada sobre el fondo del cielo nocturno. En cuanto la veíamos, Ardis aferraba mi brazo y me instaba a disparar, pero el minúsculo indicador luminoso de mi pistola tenía un fulgor rojo indicativo de que no quedaba carga suficiente para un disparo. Una tontería, por supuesto, pero compraré un nuevo alimentador en cuanto tenga oportunidad de hacerlo.

Última hora de la tarde (son más de las seis), pero aún no hemos cenado. Acabo de salir de la bañera y estoy desnudo, con el huevo de dulce correspondiente (incluso más rosado que yo) puesto en la mesa junto a este diario. Ardis y yo hemos tenido un día lamentable y aburrido, y he vuelto al hotel para ponerme presentable. Nos encontraremos a las siete para cenar. El telón se levanta a las ocho, así que la cena no durará demasiado, pero iré al teatro y veré la obra desde un lado del escenario, lo que me permitirá hablar con Ardis cuando no esté actuando.

Acabo de comer un trozo de huevo. El sabor no tiene nada de anormal, nada que no sea una desagradable dulzura. Cuanto más reflexiono en ello, más inclinado estoy a creer que la droga se hallaba en el primero que comí. No hay duda de que el monstruo que vi se ocultaba en mi cerebro desde que leí *Misterios*, y la droga lo liberó. Sí, había manchas de sangre en mi ropa (¡el asfódelo de peri!), pero esa sangre pudo haber surgido de mi mejilla, que aún está dolorida. He pasado por la experiencia, y lo único que me queda son dulces. Casi estoy tentado a tirar los demás. Otro bocado.

Todavía veinte minutos antes de que deba vestirme e ir en busca de Ardis. Ella me indicó dónde vive, a tan solo algunas puertas del teatro. Así pues, a trabajar.

Ardis llegó un poco tarde esta mañana, pero se presentó tal como había prometido. Le pregunté adónde debíamos ir para conseguir la puesta en libertad de Kreton, y cuando ella me lo explicó (un edificio que todavía sobrevive en el extremo oriental de la Ciudad Silenciosa) alquilé una desvencijada calesa norteamericana para llegar hasta allí. Como la mayoría de estos vehículos, era arrastrado por un caballo famélico. Pero corrimos a buena velocidad.

La policía norteamericana está organizada de acuerdo con un sistema muy peculiar. La policía secreta nacional (Secciones Federadas de Investigación, oficialmente) se halla en posición tutelar respecto al resto de secciones, estando autorizada para inspeccionar las decisiones de estas, además de poder ascender, degradar, castigar y, como mayor recompensa, aceptar personal de las otras organizaciones. Asimismo, mantienen una fuerza uniformada. De tal modo que cuando un norteamericano es detenido por policía uniformada, sus amistades raramente saben si ha sido arrestado por la policía local, por la fuerza uniformada de las SFI o por miembros de la policía secreta que se hacen pasar por agentes de cualquiera de las otras secciones anteriores.

Puesto que yo desconocía totalmente estas distinciones, no tuve medio de saber cuál de las tres secciones había detenido a O'Keene. Pero la policía local con que Ardis había estado hablando la noche anterior había dado a entender que eran los responsables. Ardis me explicó todas estas cosas mientras nuestro vehículo traqueteaba y antes de añadir que nos dirigíamos al edificio de las SFI para obtener la puesta en libertad de su amigo. Mi aspecto de confusión debió ser igual que el que tengo ahora, porque ella añadió que «parte del edificio es una dependencia del Departamento de Policía de Washington; alquilan el lugar a las SFI».

Mi impresión personal (al llegar allí) fue que la policía local no había alquilado nada, que todo el aparato no era ni más ni menos real que uno de los decorados del teatro de Ardis, y que la totalidad de hombres y mujeres con los que hablamos eran en realidad agentes de la policía secreta que ejercen diez veces la autoridad que simulan poseer y que ejecutan un solemne ritual de impostura. Mientras Ardis y yo íbamos de oficina en oficina, explicando nuestra sencilla diligencia, llegué a pensar que Ardis pensaba igual que yo y que se había refrenado de expresarme sus sentimientos en la calesa no solo a causa del riesgo, el temor a que yo la traicionara o a que el conductor fuera un espía, sino porque se avergonzaba de su nación y deseaba que yo, un extranjero, tuviera la impresión de que su gobierno era menos engañoso y tortuoso de lo que es en realidad.

Si ello es así (y en aquella pétrea conejera desprovista de ventanas yo estaba seguro de que lo era) entonces la explicación que Ardis ofreció en la calesa, y que ya he ofrecido en el lugar apropiado, diferenciando claramente entre policía local, policía uní formada de las SFI y policía secreta, no era más que una fábula infantil que ocultaba una realidad menos franca y más retorcida.

Los que nos interrogaron se mostraron corteses conmigo, bastante menos con Ardis y, así me lo pareció, estaban obsesionados con la idea de que había algo más oculto aparte del simple incidente que describimos una y otra vez. Tanto es así que en realidad yo mismo empecé a creerlo. Ni tengo tiempo ni paciencia suficientes para describir todas estas conversaciones, pero intentaré dar una muestra de una de ellas.

Entramos en una oficina pequeña y sin ventanas, empotrada entre otras dos que parecían vacías. Una norteamericana de edad madura se hallaba sentada detrás de un escritorio metálico. Tenía un aspecto normal y razonablemente atractivo... hasta que empezó a hablar. En ese momento sus encías cubiertas de cicatrices revelaron que en otro tiempo había poseído el doble o el triple del número normal de dientes (cuarenta o cincuenta, supongo, en ambas mandíbulas) y que el cirujano dental que había extraído los dientes no había mostrado toda la pericia de que era capaz a la hora de elegir las piezas que iba a dejar tal como estaban.

—¿Qué tal se está fuera? —preguntó ella—. ¿Qué tiempo hace? Lo desconozco, compréndanlo, todo el día aquí sentada...

—Un tiempo muy agradable —dijo Ardis.

—¿Le gusta, *hadji*? ¿Está disfrutando de una placentera estancia en nuestro gran

país?

—Creo que no ha llovido desde que estoy aquí.

La mujer policía pareció considerar mi observación como una acusación encubierta.

—Ha venido demasiado tarde para ver llover, me temo. Estamos en una zona muy fértil, no obstante. Algunas de nuestras monedas más viejas muestran espigas de trigo. ¿Las ha visto? —Deslizó una monedita de cobre sobre el escritorio y yo fingí examinarla. Hay algunas similares en el brazalete que compré para Ardis y que aún no le he ofrecido—. Debo presentarle excusas en nombre del Distrito por lo que le sucedió —prosiguió la mujer—. Estamos efectuando el máximo esfuerzo para controlar el crimen. ¿No ha sido víctima de otro delito antes de este?

Negué con un movimiento de mi cabeza, casi asfixiado en aquella oficina falta de ventilación, y respondí que no.

—Y ahora se encuentra aquí. —La agente revolvió los papeles que tenía en las manos y luego simuló leer uno de ellos—. Se encuentra aquí para obtener la libertad del ladrón que le asaltó. Un acto de magnanimidad realmente loable. ¿Me permite preguntarle por qué ha venido en compañía de esta mujer? Al parecer no se la menciona en ninguno de estos informes.

Explicué que Ardis era compañera de trabajo de O'Keene y que había intercedido por él.

—Entonces es usted, señorita Dahl, la que está realmente interesada en obtener la libertad de este prisionero. ¿Es pariente de él?

Y así sucesivamente.

Al final de todas las entrevistas se nos decía que el asunto estaba fuera del alcance de la persona con la que acabábamos de pasar media hora o una hora entera hablando, o que era necesario obtener permiso de otra persona, o que había que efectuar una nueva declaración. Hacia las dos de la tarde nos enviaron al otro lado del río, hacia una jurisdicción que según mi guía del viajero era totalmente distinta, para visitar una instalación penal. Ahí nos vimos obligados a buscar a Kreton entre cerca de quinientos miserables prisioneros malolientes y llenos de piojos. Al no encontrarle, regresamos al edificio de las SFI, pasando junto a la medio derribada y sin embargo todavía cavilante figura llamada el Hombre Sentado, y junto a las ruinas y mendigos de la Ciudad Silenciosa, para pasar por otra ronda de interrogatorios. A las cinco, cuando se nos indicó que partiéramos, ambos estábamos exhaustos, aunque Ardis parecía sorprendentemente esperanzada. Al dejarla junto a la puerta de su edificio hace pocos minutos, le pregunté qué iban a hacer sin Kreton.

—Sin Harry, querrás decir —contestó, sonriente—. Haremos todo lo que podamos, supongo, si es preciso. Al menos Paul tendrá alguien dispuesto para reemplazar a Harry esta noche.

Ya veremos como va todo.

He cogido este bolígrafo y vuelto a dejarlo sobre la mesa diez veces como mínimo. Muy probablemente debería destruir este diario en lugar de continuarlo, si yo fuera prudente. Pero he descubierto un escondite para él que creo será seguro.

Al volver del piso de Ardis esta noche solo quedaban dos huevos de dulce. Estoy convencido, absolutamente convencido de que había tres cuando salí en busca de Ardis. Estoy igualmente convencido de que, tras hacer la última anotación en este libro, lo puse, como hago siempre, en la parte izquierda del cajón. Se hallaba en el lado derecho.

Es posible que ello se deba meramente al trabajo de la criada que limpia la habitación. Le habría sido fácil suponer que no iba a notarse la falta de un simple huevo de dulce, y tal vez ha cambiado de posición este libro mientras limpiaba el cajón, o ha curioseado en el interior.

Empero, supondré lo peor. Un agente enviado a investigar en mi habitación iría equipado para fotografiar estas páginas. Pero quizá no fuera así, y no es probable que pudiera tener suficientes conocimientos para leer el farsi. Acabo de revisar el libro y he eliminado todos los pasajes relativos a mis motivos para visitar este leproso país. Antes de salir de esta habitación mañana, dispondré indicadores (cabellos y otros objetos cuya posición registraré con todo cuidado) que me permitirán saber si vuelven a inspeccionar la habitación.

Ahora ya puedo poner por escrito los hechos de la tarde, que fueron realmente extraordinarios.

Me reuní con Ardis tal como habíamos planeado, y ella me llevó a un pequeño restaurante no muy lejos de su piso. Apenas nos habíamos sentado cuando entraron dos hombres con grave aspecto. En ningún momento pude ver completamente el rostro de los recién llegados, pero tuve la impresión de que uno de ellos era el norteamericano al que había conocido a bordo del *Princesa de Fátima*, y que el otro era el gran comerciante al que tantas veces había eludido allí mismo, Golam Gassem. Es imposible, creo, que mi divina Ardis pueda parecer menos que hermosa. Pero en ese instante estuvo tan cerca de parecerlo como las leyes de la naturaleza permiten: la sangre se secó en su semblante, su boca se abrió ligeramente, y durante un momento creí que era un encantador cadáver. Iba a preguntarle qué ocurría, mas antes de poder pronunciar una palabra ella puso un dedo en mis labios para silenciarme, y a continuación, no sé cómo, recobró la compostura.

—No nos han visto —dijo—. Me voy. Ven detrás de mí como si acabáramos de cenar.

Se levantó, simuló limpiarse suavemente los labios con una servilleta (de forma que la mitad inferior de su cara quedara oculta) y salió a la calle.

La seguí, y la encontré riendo a menos de tres puertas de la entrada del restaurante. El cambio que había experimentado no habría sido más sorprendente si acabara de ser liberada de un encantamiento.

—Es tan divertido —dijo—. Aunque no hace un momento... Bien, será mejor

que nos vayamos. Podrás invitarme a cenar después de la función.

Le pregunté qué significaban para ella aquellos dos hombres.

—Son amigos —dijo, todavía riéndose.

—Si son amigos, ¿por qué estabas tan ansiosa por que no te vieran? ¿Temías que nos hicieran llegar tarde? —Yo sabía que una explicación tan trivial no podía ser cierta, pero deseaba proporcionar a Ardis un medio para evadir la pregunta en el caso de que ella no quisiese confiar en mí. Ardis movió negativamente la cabeza.

—No, no. No quería que ninguno de los dos pensara que no confiaba en él. Te lo explicaré más tarde, si es que quieres verte envuelto en nuestra insignificante charada.

—De todo corazón.

Ardis sonrió al oír esto, con esa sonrisa que es un torrente de sol por el que yo entraría gustosamente en la guarida de un león. Unos cuantos pasos más y estuvimos en la entrada trasera del teatro, y no hubo tiempo para hablar más. Ardis abrió la puerta y oí a Kreton discutiendo con una mujer que, según supe después, era la encargada del guardarropía.

—Está libre —dije, y él se volvió para mirarme.

—Sí. Gracias a usted, creo. Y le doy las gracias.

Ardis le contempló como si fuera un niño que había estado a punto de ahogarse.

—¡Pobre Bobby! ¿Ha sido muy malo?

—Aterrador, eso es todo. Temí no salir nunca. ¿Sabes que Terry se ha ido?

Ardis agitó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, pero no me quedó duda ninguna (y aquí no estoy exagerando o coloreando los hechos, aunque confieso que lo he hecho en otros puntos de esta crónica) de que ella lo sabía antes de que Kreton hablara.

—Que no está aquí, simplemente eso. Paul va de un lado para otro como un lunático. Tengo entendido que me echasteis de menos ayer por la noche.

—¡Dios, sí! —dijo Ardis, y entró en el local con demasiada rapidez para que yo pudiera seguirla.

Kreton me cogió por el brazo. Yo esperaba que se disculpara por haber intentado robarme, pero no fue así.

—Así que la ha conocido.

—Ella me persuadió a que retirara los cargos contra usted.

—Lo que me ofreció... ¿veinte riales? Tengo derecho moral a ese dinero, pero no lo reclamaré. Venga a verme cuando esté dispuesto a algo más saludable... Y mientras tanto, ¿le gusta mucho ella?

—Eso debo decírselo a ella —contesté—, no a usted.

Ardis volvió mientras yo estaba hablando, acompañada por un negro calvo y con bigote.

—Paul, este es Nadan. Tiene un inglés muy bueno, no tan británico como la mayoría de ellos. Servirá, ¿no crees?

—Deberá servir... ¿Estás segura de que servirá?

—Ama el teatro —replicó decisivamente Ardis, y desapareció de nuevo.

Al parecer, «Terry» era el actor que había interpretado los papeles de marido y amante de Mary Rose, Simon. Y yo, que ni siquiera había actuado en una representación escolar, iba a verme forzado a entrar en el reparto. Quedaba media hora para que se levantara el telón, de modo que disponía de cincuenta minutos para aprender mi papel antes de entrar al final del primer acto.

Paul, el director, me advirtió que si usaba mi nombre el público se mostraría hostil. Y puesto que el personaje (en la versión de la obra que estaban representando) debía ser un norteamericano, la gente iba a ver fallos aunque no se produjeran. Un momento después, mientras yo continuaba mi frenético ensayo, le oí decir:

—El papel de Simon Blake lo hará Ned Jefferson.

El acto de salir a escena por primera vez fue realmente la peor parte del asunto. Por fortuna, tuve la ventaja de interpretar a un joven nervioso que viene a pedir la mano de su novia, por lo que mi tartamudeo y mi trémula risa parecieron ser fingidos.

Mi segunda escena, con Mary Rose y Cameron en la isla mágica, tenía que ser, por derecho, mucho más difícil que la primera. Solo dispuse del entreacto para estudiar mi papel, y la escena requería una aprensión pesimista más que una mera ansiedad. Pero todas las intervenciones eran cortas y Paul, por aquel entonces, ya había logrado imprimirlas en grandes hojas de papel, que él y el director de escena sostenían en alto en los laterales. Tuve que improvisar en varias ocasiones, mas si bien había olvidado el texto de la obra, jamás perdí el sentido del *curso* de la acción, y siempre logré ingeniar algo a que Ardis y Cameron pudieron adaptar sus réplicas.

En comparación con el primer y segundo actos, mi breve aparición en el tercero fue como un día de fiesta. Pero raramente he estado tan exhausto como esta noche, cuando el escenario se oscureció para el enfrentamiento final entre Ardis y Kreton, mientras Cameron y yo, y la pareja de edad madura que habían interpretado el papel de los Moreland, nos alejábamos en silencio.

Debíamos permanecer con los trajes puestos hasta después de salir a saludar, y ya era casi medianoche cuando Ardis y yo pudimos cenar algo en el mismo diminuto y sucio bar en que Kreton había intentado robarme. Con los humeantes platos delante, Ardis me preguntó si había disfrutado actuando, y tuve que admitir que sí.

—Eso pensaba. Creo que eres una persona muy sensible, pese a esa fachada de firmeza.

Convine en que era cierto e intenté explicarle por qué lo que yo denomino *el romance de la vida* es lo único que vale la pena buscar. Ella no me comprendió, por lo que lo atribuí a haber sido educado según el *Sah Namah*, que ella desconocía por completo.

Fuimos a su piso. Yo estaba determinado a amarla por la fuerza si era preciso; no porque abusar de ella me hubiera proporcionado gozo, sino porque creí que ella pensaría de un modo inevitable que mi amor disminuiría mucho si le permitía

desembarazarse de mí por segunda vez. Ardis me enseñó su vivienda (dos reducidas habitaciones muy desordenadas) y a continuación, tras colocar la pesada barra que era el sello de cualquier morada norteamericana, me abrazó. Su aliento despedía el aroma del licor anisado que le había comprado minutos antes. En ese momento no tuve la menor duda de que ese olor me haría recordar aquella noche durante el resto de mi vida.

Tras separarnos, empecé a deshacer las cintas que cerraban la blusa de Ardis, y en el mismo instante ella apagó la vela con los dedos. Argumenté que al actuar así me estaba privando de la mitad del gozo que podía tener con su amor. Pero ella no me permitió volver a encender la vela, y las caricias y abrazos de nuestras cópulas se realizaron en perfecta oscuridad. Yo estaba extasiado. De haberla visto, habría quedado deslumbrado; pero ninguna otra cosa habría aumentado mi deleite.

Después de separarnos por última vez, ambos extremadamente agotados, y mientras ella iba a lavarse, busqué cerillas. Primero en el cajón de la inestable mesita que había junto a la cama, luego entre el desorden de mis ropas, tiradas en el suelo y pisoteadas por ambos. Finalmente encontré una caja, pero no la vela... Ardis, creo, la había escondido. Encendí una cerilla, pero mi amada se había cubierto con una túnica.

—¿No voy a verte nunca? —dije.

—Me verás mañana. Me llevarás a dar un paseo en barca y disfrutaremos de una comida campestre junto al agua, debajo de los cerezos. Mañana por la noche el teatro estará cerrado por ser Pascua de Resurrección, y podrás llevarme a una fiesta. Pero ahora te irás al hotel, y yo a dormir.

En cuanto estuve vestido me acerqué a la puerta, y le pregunté si me amaba. Mas ella acalló mis labios con un beso.

Ya he narrado el resto. Volví a mi habitación y encontré dos huevos en lugar de tres, y este libro había sido movido. No volveré a escribir sobre estos detalles. Pero acabo de leer de nuevo, entre este párrafo y el anterior, lo que escribí primero esta noche, y me parece que un párrafo debería tener más importancia de la que yo le he dado: cuando digo que jamás perdí el *curso* de la obra en mi papel de Simon.

Desconozco cuál será el mítico secreto enterrado por los antiguos norteamericanos bajo su tallada montaña. Pero creo que, suponiendo que exista una llave del enigma de la vida humana, esa llave debe ser cierta forma de ese secreto. Cualquier gran hombre, estoy seguro, consciente o inconscientemente, en esos u otros términos, ha comprendido ese secreto... excepto que en la obra que es nuestra vida podemos controlar ese curso y variarlo a derecha o izquierda si nos apetece hacerlo.

Eso estoy haciendo yo en estos momentos. Si ingerir el huevo no fue importante, haré que lo sea a pesar de todo. (En realidad ya lo he hecho, al llenar de droga uno de los huevos). Si la intriga en que está enmarañada Ardis, con Golam Gassem y el señor Tallman (en el supuesto de que fueran ellos), no es un asunto de política o un oscuro tesoro, haré que lo sea antes del final, a pesar de todo. Si nuestro amor no es

un gran amor, destinado a pervivir siempre en los corazones de los jóvenes y en los labios de los poetas, lo será antes del final.

Una vez más, aquí estoy. Y con toda sinceridad, estoy empezando a preguntarme si no escribo este diario únicamente para leerlo. Ningún hombre ha sido tan feliz como yo en estos momentos. Tan feliz, de hecho, que he estado sumamente tentado a no probar ninguno de los dos huevos que quedan. ¿Y si la droga, en lugar de alucinación, agudeza de juicio y euforia, proporciona una locura permanente y desesperada? No obstante, he ingerido el huevo, he tragado entero ese dulce grumo en unos cuantos bocados. Aguardo los efectos con ecuanimidad.

El hecho es que estoy excesivamente contento por la fáustica determinación que puse por escrito ayer por la noche. (¡Qué curioso que *Fausto* sea la siguiente representación de la compañía! Kreton será Mefistófeles, por descontado. Así lo dijo Ardis, y así será de todas formas. Ardis será Margaret. Pero, ¿quién hará el papel del doctor?) Incluso ahora, cuando esa determinación de dientes apretados y golpes en la mesa ha desaparecido por completo, sé que pondré en práctica los puntos esenciales del *plan* con más seguridad que nunca. Con la facilidad, de hecho, del consumado violinista que produce rasgando la música de una sencilla tonada mientras su mente yerra en cualquier otro lugar. He estado examinando las ruinas del Jeff (así lo llaman) y ello ha provocado que mi mente regresara otra vez al destino de los antiguos norteamericanos. ¡Cuántas veces ellos, que elegían a sus líderes según las superficiales apariencias de fuerza, sabiduría y resolución, deben haberlos preferido únicamente porque estaban tan fatigados como yo ayer por la noche!

Tenía la intención de comprar una cesta de bocados exquisitos, e ir a recoger a Ardis a la una, pero ella vino a buscarme a las once con una cestita ya preparada. Caminamos hacia el norte junto a la orilla del canal hasta que llegamos a las ruinas del viejo sepulcro que ya he mencionado, y al lago artificial casi circular que los norteamericanos denominan *Basin*. Está bordeado por árboles en flor, viejos y rugosos, aunque muy bellos con sus ropajes de albas flores. A cambio de una insignificante moneda norteamericana nos cedieron una barca de color azul brillante con una vela dos o tres veces mayor que mi pañuelo para hacer frente a las apacibles aguas del lago.

Una vez estuvimos bastante alejados de la gente que había en la orilla, Ardis me preguntó, con cierta brusquedad, si yo pretendía estar únicamente en Washington durante mi estancia en Norteamérica.

Le expliqué que mi plan original era no pasar en la ciudad más de una semana, antes de proseguir mi camino costa arriba, hacia Filadelfia y el resto de las antiguas ciudades y regresar a casa. Pero que ya que la había conocido me quedaría aquí para siempre si ella lo deseaba.

—¿No quieres ver el interior? Esta franja de playa que habitamos se mantiene

medio viva gracias al océano y al comercio que la atraviesa. Pero a cien kilómetros tierra adentro yace la ruina de nuestra civilización, aguardando el saqueo.

—En ese caso, ¿por qué nadie la saquea? —pregunté.

—Ya lo hacen. Nunca pasa un año sin que alguien traiga de allí una gran ganancia... pero aquello es tan extenso... —Me di cuenta de que Ardis estaba mirando más allá del lago y los fragantes árboles—. Tan extenso que ciudades enteras están perdidas allí. Había un arco de oro a la entrada de San Luis y nadie sabe que fue de él. Denver, la ciudad de gran altitud, anidaba en minas de plata. Ahora, nadie es capaz de encontrarlas.

—Aún deben existir muchos mapas antiguos.

Ardis inclinó lentamente la cabeza, respondiendo afirmativamente, y yo intuí que ella deseaba decir más de lo que había dicho. Durante breves instantes no hubo más sonido que el del agua que lamía el costado de la barca.

—Recuerdo haber visto algunos mapas en el museo de Teherán... No solo mapas nuestros sino también algunos mapas norteamericanos de hace cien años.

—Los cursos de los ríos han cambiado —dijo ella—. Y si no han cambiado, nadie puede estar seguro de ello.

—Todavía debe haber muchos edificios en pie, igual que aquí, en la Ciudad Silenciosa.

—Se construyó con piedra, más sólidamente que cualquier otra cosa del país. Aunque, sí, algunos, muchos edificios siguen todavía allí.

—Entonces sería posible llegar por el aire, aterrizar en cualquier parte y saquearlos.

—Hay muchos peligros, y tantos escombros que examinar que cualquiera podría pasarse la vida buscando sin hacer más que arañar la superficie.

Noté que hablar de estas cosas solo servía para entristecer a Ardis e intenté cambiar de conversación.

—¿No dijiste que te podría acompañar a una fiesta esta noche? ¿Cómo será la fiesta?

—Nadan, debo confiar en alguien. No conoces a mi padre, pero él vive cerca de tu hotel, y tiene una tienda en donde vende libros y mapas antiguos. —(De modo que, al fin y al cabo, ¡yo casi había visitado la casa correcta!)—. Cuando era más joven ansiaba ir al interior. Hizo tres o cuatro viajes, pero jamás pasó de las estribaciones de los Apalaches. Finalmente se casó con mi madre y pensó que ya no podía seguir corriendo riesgos...

—Entiendo.

—Las cosas que debían servirle como guía hacia la riqueza del pasado se convirtieron en sus productos para el comercio. Incluso hoy día, la gente que vive tierra adentro le trae documentos antiguos. Él los compra y los revende. Algunas de estas personas apenas han dado un paso más que las que excavaban en los cementerios en busca de las alianzas de las mujeres muertas.

Recordé las cosas que había comprado a la sombra del destrozado obelisco y me estremecí, aunque no creo que Ardis lo notara.

—He dicho que algunos de estos tipos apenas eran mejores que los profanadores de tumbas. Lo cierto es que algunos son peores... Hay individuos del interior que ya no son personas. Nuestros cuerpos están envenenados... Tú lo sabes, ¿no es cierto? Todos nosotros, los norteamericanos. Esa gente se ha adaptado, eso dice mi padre, pero ya no son humanos. Él pactó con ellos hace mucho tiempo, y sigue comerciando con ellos.

—No tienes obligación de contármelo.

—Sí, la tengo... Debo hacerlo. ¿Querrías ir al interior, si yo fuera contigo? El gobierno intentará impedirlo si se entera, y tratará de confiscar cualquier cosa que encontremos.

Le aseguré, con todos los juramentos que pude recordar, que con ella a mi lado atravesaría el continente si fuera preciso.

—Te he hablado de mi padre. Te he dicho que vende los mapas y documentos que le traen. Lo que no te he dicho es que primero los lee. En el fondo no se ha dado por vencido, ¿comprendes?

—¿Ha descubierto algo? —inquirí.

—Muchas cosas... centenares de cosas. Bobby y yo las hemos usado. ¿Te acuerdas de aquellos hombres del restaurante? Bobby fue a verlos con un mapa y varias cartas antiguas. Los ha convencido para que colaboren en la financiación de una expedición al interior, y les ha hecho creer, a cada uno por separado, que le ayudaremos a estafar al otro. Con ello evitamos que se pongan de acuerdo para estafarnos, ¿comprendes?

—¿Y deseas que te acompañe? —La alegría me puso fuera de mí.

—No íbamos a ir, de ningún modo... Bobby pensaba coger el dinero y partir hacia Bagdad o Marrakech, y llevarme con él. Pero, Nadan —y en este momento, lo recuerdo, se inclinó hacia adelante y me cogió las manos—, en realidad hay un secreto. Hay muchos, pero uno es mejor... es más probable que sea cierto, es más probable que contenga realmente una riqueza inmensa. Sé que la compartirías justamente conmigo. Repartiremos todo, y yo te acompañaré en el regreso a Teherán.

Sé que jamás he sido más feliz que en ese momento, en aquella rústica barca. Estábamos sentados juntos, en la popa, casi hundiéndola, bajo la combinada sombra de la diminuta vela y el sombrero de paja de Ardis, y nos besamos y acariciamos de tal modo que, en Teherán, nos habrían empicotado diez veces.

Finalmente, cuando ya no pude resistir más aquel amor no consumado, comimos los bocadillos que había traído Ardis y bebimos cierto brebaje cálido y con sabor a fruta, antes de volver a la orilla.

Al acompañarla a su casa hace unos minutos, la insté de un modo apremiante a que me permitiera subir al piso en su compañía. Yo sentía fuego por ella, estaba enfermo por espetarla en mi carne, por vaciarme en ella igual que un dios loco antes

de la llegada del Profeta pudo haber vertido su dorada sangre en el mar. Ardis no lo consintió. Creo que porque temía que su piso no estuviera lo bastante a oscuras para satisfacer su recato. Estoy decidido a verla a pesar de todo.

Me he bañado y afeitado para estar a punto para la fiesta, y puesto que aún queda tiempo, intercalaré aquí una descripción de la procesión con que nos topamos al volver del lago. Como veréis, aún no he abandonado por completo la idea de un libro de viajes.

Un hombre muy viejo, supongo que un sacerdote, llevaba una cruz con un largo palo que usaba como bastón, y prácticamente como muleta. Un hombre mucho más joven, gordo y sudoroso, caminaba de espaldas al primero haciendo oscilar un humeante incensario. Dos ataviados muchachos con largas velas les precedían, y detrás iban más niños con ropones, cantando, propinándose codazos y pellizcos en cuanto creían que el hombre gordo no les miraba.

Como cualquier otra persona, he presenciado este tipo de acto mucho mejor ejecutado en Roma. Pero me afectó más lo que vi aquí. Cuando nació el anciano sacerdote, la grandeza de los Estados Unidos debía ser un hecho tan reciente en el recuerdo que pocas personas se habrían dado cuenta de que había terminado para siempre. Y la procesión entera, desde las velas que fluctuaban en la clara luz del sol hasta el fallecido caudillo en alto, hasta los porfiantes y desatentos seguidores... todo me parecía que encarnaba la filosofía y el dilema de estas gentes. Así lo pensaba, al menos, hasta darme cuenta de que estas personas contemplaban la procesión con tanta incomprensión como si fueran viajeros llegados del extranjero, y comprendí que su ritualizada súplica de vida renovada les era más extraña que a mí.

Es muy tarde; las tres, señala mi reloj.

Decidí de nuevo no escribir en este diario. Quemarlo o hacerlo añicos, o darlo a algún pordiosero. Pero ahora vuelvo a escribir porque me es imposible conciliar el sueño. La habitación apesta por culpa de mi vómito, aunque he abierto de par en par las ventanas para dejar entrar la noche.

¿Cómo he podido amar eso? (Y no obstante, hace solo unos instantes, mientras intentaba dormir, las visiones de Ellen me acosaron hasta despertarme.)

La fiesta era un baile de disfraces, y Ardis me consiguió uno: una fantástica y dorada armadura del vestuario del teatro. Ella vestía el ropaje de una princesa egipcia, y una máscara. A medianoche levantamos nuestras caretas y nos besamos, y juré en mi interior que esa misma noche también se levantaría la máscara de la oscuridad.

Al salir llevaba conmigo la botella que habíamos comprado, aún medio llena. Y antes de que Ardis apagara la vela con los dedos la convencí para que sirviera un último vaso, un vaso que compartiríamos cuando la primera locura de nuestro deseo

hubiera remitido. Ella (ello) así lo hizo, y lo dejó en la mesita, cerca de la cama. Mucho tiempo después, mientras ambos jadeábamos uno junto al otro, busqué a tientas la pistola y disparé el rayo hacia el abultado vaso. De un modo instantáneo, la vasija se inundó con la llama azulada del ardiente alcohol. Ardis chilló y se levantó bruscamente.

Me pregunto ahora cómo he podido amar. Cómo, en una sola semana, he estado tan cerca de amar este país-cadáver. Su águila está muerta. Ardis es el apropiado símbolo de su regla.

Una esperanza, queda una ligerísima esperanza. Es posible que lo que he visto esta noche sea únicamente una ilusión, provocada por el huevo. Sé ahora que la criatura que maté ante la casa del padre de Ardis era real, y entre este párrafo y el anterior he comido el último huevo. Si van a empezar las alucinaciones, sabré que lo que he visto a la luz del llameante licor era en realidad un ser con el que he estado acostado, y sea como sea me preocuparé de no volver a corromper las puras matrices de las mujeres de nuestra resistente raza. Tal vez acabe reclamando las miniaturas de nuestra herencia después de todo, y permita que los guardias me maten... Pero, ¿y si tuviera éxito? No soy digno de tocarlas. Quizá el mejor final para mí sea viajar solo por este continente acribillado por los gusanos. De este modo moriría en manos apropiadas.

Más tarde. Kreton está avanzando por el pasillo, cerca de mi puerta, y la pisada de su torcido zapato negro hace vibrar el edificio como si fuera un terremoto. Oigo la palabra *policía* como si de un trueno se tratara. Mi extinta Ardis, muy menuda y brillante, ha salido de la llama de la vela, y un peludo rostro se asoma por la ventana.

La anciana cerró el libro de notas. La mujer más joven, que había estado leyendo por encima del hombro de la primera, se dirigió al otro lado de la mesita y tomó asiento en un cojín, con los pies finamente colocados para que no se vieran las plantas.

—Entonces, está vivo —dijo.

La anciana guardó silencio. Su cana cabeza estaba inclinada sobre el diario, que sostenía con ambas manos.

—Es indudable que se halla en la cárcel, o está enfermo. De otro modo, se habría puesto en contacto con nosotras. —La mujer más joven hizo una pausa, alisando el tejido de su chador con la mano derecha, mientras la izquierda jugueteaba con el simulador de gema que llevaba en una delgada cadena—. Es posible que ya lo haya intentado, pero que sus cartas se hayan extraviado.

—¿Crees que se trata de su escritura? —preguntó la anciana, abriendo al azar el diario. Al ver que la mujer más joven no respondía, añadió—: Quizá. Quizá.

Título original:
SEVEN AMERICAN NIGHTS
Traducción de César Terrón

Los señores del futuro (El feudalismo en la SF)

1. El feudalismo en nuestro mundo real

El sistema sociopolítico feudal ha dominado numerosos países de nuestro mundo durante largos períodos de tiempo, siendo considerado por unos como romántico y caballeroso, en tanto que otros lo tienen por la culminación de la tiranía y el reaccionarismo. Quizá la verdad esté a medio camino entre ambas ideas.

Para los miembros de la cultura occidental a la que pertenecemos, la idea del feudalismo se asocia a la Edad Media europea, al milenio comprendido entre la caída del Imperio Romano de Occidente y la creación de las grandes monarquías europeas que en los siguientes siglos darían lugar a estados que conquistarían la superioridad sobre todo el mundo. Pero esto no es exactamente así.

Los verdaderos comienzos del feudalismo europeo aparecen ya en los tiempos del Bajo Imperio Romano, cuando la implacable presión fiscal tendente a intentar paliar los daños sufridos en la economía imperial por las devastadoras guerras civiles anteriores, llevó a la ruina a miles de pequeños agricultores. Había también terminado la *pax romana* que durante los primeros siglos del Imperio creara un clima de tranquilidad en el interior del gran estado multirracial creado por la ciudad del Tíber, y los campos estaban infestados de bandidos, los famosos *bagaudas* que eran igualmente fruto de la miseria y del acoso fiscal. Perseguidos por los recaudadores de impuestos, y amenazados por las bandas de fuera de la ley, los empobrecidos agricultores pasaron a integrarse voluntariamente en las propiedades de los grandes terratenientes, cuyo poder e influencia podían salvaguardarles de unos y otros. Recibían los recién llegados nuevas tierras que cultivar, y entraban en una dependencia respecto a sus benefactores que recordaba la de la clientela, existente en tiempos de la República y primeros años del Imperio. Continuaban siendo hombres libres, pero sometidos en cierto modo a un patrón, al que debían un determinado grado de vasallaje, así como algunos tributos y servicios claramente especificados. A la propia administración imperial le convenía la nueva situación pues, aunque teóricamente el total de impuestos recaudados fuera inferior, ahorraba mucho tiempo y esfuerzo entenderse directamente con los grandes terratenientes como

intermediarios entre el fisco y los agricultores sujetos a él, que perseguir a miles de pequeños contribuyentes aislados, renuentes todos ellos a pagar lo que se les exigía.

La caída del Imperio Romano de Occidente bajo las invasiones bárbaras no hizo sino acentuar tal estado de cosas. La inseguridad y el corte de comunicaciones aumentaron en alto grado, y cada comarca quedó casi aislada de sus vecinas. Por otra parte, los monarcas bárbaros solían repartir la administración de las tierras conquistadas entre sus capitanes más distinguidos, y los desconcertados miembros de la población romana no tardaron en someterse voluntariamente a tales señores como protectores contra el caos y el bandidaje continuo. No tardarían en irrumpir en las tierras antaño imperiales las bandas saqueadoras de vikingos, magiars y musulmanes, para aumentar aún más la confusión. En tal situación, muchos eran quienes se acogían a la protección de los señores feudales, sacrificando una parte de su libertad en beneficio de un aumento en su seguridad.

El acuerdo entre ambas partes se llevaba a cabo de una forma ceremonial en el llamado «acto del homenaje». El vasallo (del latín *vassus*) se arrodillaba ante su nuevo señor (*dominus*), ponía sus manos sobre las de este, y pronunciaba algunas frases indicando devoción y sumisión. El pacto se sellaba a veces con un beso, o en otras, como muestra de poder del señor sobre su vasallo, el primero daba al segundo una pequeña bofetada simbólica. Por cierto que, en opinión de algunos, este golpe asestado a quien lo esperaba de rodillas, en posición de la comunión cristiana, sería conocido popularmente como *la hostia*, denominación que se ha conservado en el lenguaje vulgar de nuestros días.

Por el citado acto, el vasallo ofrecía explícitamente renunciar a parte de su libertad individual, sometiéndose a un juramento de fidelidad hacia su señor y a diversos cargos y deberes respecto al mismo. Entre otras cosas debía trabajar gratuitamente una determinada cantidad de tiempo en los campos del señor, y entregar primicias y porcentajes de su propia cosecha, proveyendo también a las dotes nupciales de las hijas del señor y al rescate de este en el caso de que cayera prisionero de un enemigo^[1].

Por su parte el señor, aunque no juraba explícitamente nada, entregaba al vasallo diversos dones (*beneficii*), principalmente en tierras cultivables, y se suponía que protegería con las armas en la mano a aquel en caso de ataque externo.

El vínculo del vasallaje era en principio personal, debiendo renovarse en caso de muerte de cada una de las dos partes en lo referente a los respectivos herederos. Si un vasallo rompía el pacto, se consideraba reo del delito de felonía, siendo su castigo generalmente duro y cruel, de acuerdo con los usos de la época.

Como en el caso de su antecedente romano, el feudalismo medieval fue muy bien visto por los monarcas bárbaros, puesto que su propia administración política y económica, muy inferior a la del Imperio Romano, se veía aliviada por la acción de los señores feudales como intermediarios entre súbditos y soberano, y por ello concedieron a aquellos una gran autonomía (*inmunitas*) en sus relaciones con la

corona. El señor feudal podía imponer tributos, administrar justicia y aún acuñar moneda en sus territorios. No obstante, seguía sometido al poder real y estaba obligado, entre otros deberes, a acudir con sus hombres de armas (la mesnada) cuando el soberano se lo pidiera para defender el reino. Si uno de estos señores desobedecía al rey o hacía armas contra él, quedaba igualmente incurso en el delito de felonía.

Los señores feudales recibieron de sus reyes títulos honoríficos originarios de la época romana. Había así condes (de *comes*, el que comparte la mesa del soberano, traducido en lengua germánica como *graff*), duques (de *comes et dux*, el conde que dirigía el ejército real) y marqueses (condes fronterizos, de *marca* o límite con otra nación, que defendían las fronteras del reino, en alemán *markgraff* o margrave). Personalmente el señor feudal solía ser rudo y analfabeto, dedicado solo a la guerra, distrayendo sus ocios con cacerías y torneos. Bajo su mandato se instauró la institución de la caballería, en un principio destinada a la protección de los débiles en el violento mundo de la Alta Edad Media, en base a un culto al sentido del honor y a la religiosidad cristiana que pronto fue común a todos los reinos europeos del Medievo.

Pero tan evidente resulta la desigualdad entre las dos partes del pacto feudal, que no es de extrañar que la institución acabase por degenerar en un sistema de absoluta opresión. El vasallaje dejó de ser voluntario para transformarse en obligado, y también adquirió carácter hereditario, transformando a los vasallos en verdaderos siervos de su señor. Paralelamente, el vínculo de los señores respecto a su rey se fue haciendo cada vez más débil y difuso, hasta anularse en la práctica. El feudalismo exacerbado dio al traste con los imperios carolingio y romano-germánico, y finalmente los reyes y emperadores pasaron a ser simples juguetes de los prepotentes nobles.

Hubo de llegar el comienzo del siglo xv, con elementos como la aplicación de la pólvora al arte bélico de forma general, para que los monarcas pudieran al fin imponerse, poniendo cimientos a los grandes estados europeos que se desarrollarían en las centurias siguientes. Poco a poco, de grado o por fuerza, los nobles feudales fueron despojados de su poder político, siendo en general atraídos a las cortes para asumir los mandos superiores de la administración civil y militar de los diversos reinos. Los feudos perdieron la independencia política que antes tenían y quedaron reducidos al llamado régimen de señorío, casi exclusivamente de carácter económico. Por lo general, a partir de esta época, el nivel de vida era muy inferior en las tierras de señorío al existente en las de realengo, por lo que los antiguos vasallos pugnaban siempre por emigrar a estas, acentuándose así la decadencia de los antiguos dominios de los nobles.

Un último coletazo del feudalismo europeo tuvo lugar paradójicamente en tierras americanas, al decretar la Corona española los llamados «repartimientos de indios», tendentes a colocar a los indígenas bajo el dominio y protección de una serie de

nuevos señores feudales elegidos entre las filas de los conquistadores. Tal intento hubo de fracasar al degenerar en la más completa esclavitud de los así repartidos, e incluso dio lugar a una serie de rebeliones y luchas civiles al intentar los nuevos señores resistir a las órdenes moderadoras de la Corona. Quizá el último acto de este neofeudalismo de ultramar fuera la bárbara epopeya de Lope de Aguirre y sus *marañones*, sublevados contra su rey en aparente defensa de unos privilegios ya olvidados en la mayoría de los países europeos.

Fuera de Europa se desarrollaron igualmente otros sistemas feudales independientes. Especialmente remarcable fue el del Japón, donde los señores (*daimyo*) llegaron a reducir a la nada en la práctica la autoridad del Emperador, no obstante ser este reconocido como Hijo del Cielo y verdadero dios viviente. Contaban los señores feudales con numerosas mesnadas de guerreros profesionales (*samurai*), únicas gentes autorizadas a portar armas dentro del complicado sistema de castas y subcastas en que la población se dividía. Finalmente, para terminar con la continua guerra feudal entre las principales familias señoriales de Tokugawa, Mito, Chosu, Satsuma, etc., se instauró un sistema dictatorial a cargo de uno de los señores feudales, que asumió primeramente el título de *taico* y luego el más genérico de *shogún*. El shogunado se inició en 1192 con Yoritomo, manteniendo el dominio del Imperio hasta 1868, cuando el último *shogún*, Yoshinobu, cayó ante una revuelta destinada a restablecer la autoridad del emperador, en la llamada Restauración Meiji. Con el resucitado soberano, Matsu Hito, inicióse entonces la llamada «era Meiji» (de la luz), que pondría los cimientos para el Japón moderno.

Más tiempo resistió el sistema feudal en otro Imperio, el abisinio o etíope, regido por los Negus Negusti (Reyes de reyes), cuya misma denominación hacía pensar en el carácter regio e independiente de los señores a ellos sometidos. Eran estos los *ras* y los *degiac*, dominantes exclusivos en sus feudos y prácticamente verdaderos soberanos en los mismos. En los numerosos incidentes bélicos y guerras coloniales con los italianos, los Negus debían seguir el sistema medieval de convocar a los señores feudales junto con sus mesnadas para luchar contra el enemigo. Tal sistema, aunque algo atenuado, sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, no siendo abolido sino por el triunfo de la revolución de 1974, que provocó también la caída del último Negus y la transformación del país en república

Al otro lado del Mar Rojo, en el Yemen, el feudalismo sobrevive aún en nuestros días. Si bien en la República del Yemen del Sur los señores feudales fueron expulsados tras una revolución parecida a la etíope, en Yemen del Norte el dominio de los *sheik* tribales ha sobrevivido a la caída del Imán y el establecimiento de la República. De la capital, Sana'a hacia el Norte, el poder central es más simbólico que real, y el autor de este artículo ha tenido ocasión de ser detenido por los controles de carretera de los guerreros tribales, completamente independientes del poder republicano. Aunque estas actuales mesnadas feudales hayan cambiado la lanza y la adarga por los más eficaces e inquietantes fusiles automáticos y ametralladoras

modernas.

2. El feudalismo en la Tierra del futuro

¿Hay alguna posibilidad de un retorno al sistema feudal en los países más adelantados de nuestra Tierra? La ciencia ficción ha intentado explorar las diversas posibilidades de que esto suceda.

Una posibilidad nada remota es la referente a las grandes multinacionales y compañías comerciales presentes en nuestros días. Después de todo, en el aspecto económico, tales entidades no dejan de representar un papel parecido al político de los señores feudales en la Alta Edad Media, sirviendo de intermediarios entre el poder central y los súbditos. El empleado o trabajador, no obstante ser súbdito de un determinado gobierno, depende económicamente de la empresa en la que trabaja, la cual paga su sueldo y se beneficia de su labor, estando ella misma sujeta al poder gubernamental por una clase diferente de lazos (legislación laboral, impuestos, etc.).

El trabajador firma con el patrón un contrato escrito, aunque ciertamente el pacto no está sellado, de momento, por un beso (ni por una *hostia*). Sin embargo, las reglamentaciones laborales, e incluso algunos códigos penales, contemplan claramente la figura de «lealtad a la Empresa», y muchas de estas grandes entidades disponen de fuerzas armadas de vigilancia propias, y su autonomía respecto a los poderes públicos recuerda a la *inmunitas* medieval. En países como el Japón la vida de los trabajadores llega a estar casi completamente integrada en las compañías, y los obreros, antes de iniciar el trabajo, forman en filas para entonar el Himno de la Empresa.

En lo que respecta a pasar del poder económico y social al político, fácil es recordar los sangrantes casos de la famosa United Fruits americana («Mamita Yumai») en Centroamérica y de la Union Minière du Haut Katanga en los conflictos congoleños. En 1980 se intentó un paso más, al unirse varios consorcios y millonarios para crear un «paraíso fiscal» bajo su personal dominio en Nuevas Hébridas, aunque tal tentativa resultara fallida.

¿Podemos imaginar un futuro en el que tentativas tales hayan tenido éxito y moldeado la forma de vida de la sociedad? Philip K. Dick presenta un escenario tal en *Solar Lottery* (1), novela en la que se ve a los trabajadores efectuar un verdadero acto de homenaje ante los grandes industriales, quienes llegan a tener derecho de vida o muerte sobre sus obreros no especializados. Por su parte, Alfred Bester, en su novela *The Stars My Destination* (2), insiste en la descripción de una sociedad similar.

Otros autores prefieren ver distintos caminos y motivaciones para llevar nuestro planeta a un orden feudal. Clifford D. Simak, en su relato corto *Day of Truce* (3), habla de la organización de las gentes de bien en verdaderos castillos o viviendas

fortificadas para defenderse del vandalismo de las bandas juveniles de gamberros, toleradas por la ley, que destrozan casas y jardines por el simple gusto de hacerlo.

Un feudalismo más amargo es el que Sarban instala en una «Tierra paralela» dentro de su novela *The Sound of His Horn* (4). Se supone que los nazis han ganado la Segunda Guerra Mundial, estableciendo el orden señorial del *Herrenvölk* sobre las razas inferiores. El protagonista se encuentra en el dominio feudal del conde Hans von Hackelnberg, sucesor de Göring en el cargo de Guardabosques Mayor del Reich, cuyos crueles caprichos y fantasías constituyen la única ley del lugar. No se salva el héroe sino a duras penas de ser cazado por el aristócrata, muy al estilo del conde Zaroff, con ayuda de jaurías de perros venatorios y otras, aún más temibles, compuestas de mujeres artificialmente llevadas a un estado de rabia asesina que las hace semejantes a fieras.

Para Damon Knight, en su obra *A For Anything* (5), el feudalismo llegaría a la Tierra a consecuencia del descubrimiento de los duplicadores de materia, acontecimiento que destruye los cimientos de la sociedad actual, dejando paso a la ley del más fuerte.

Pero la más frecuente causa del paso de la sociedad terrestre al orden feudal, de acuerdo con los escritores de ciencia ficción, no es otra que la guerra nuclear, el consabido conflicto atómico Este-Oeste que aniquilaría ambos complejos políticos, dejando a los escasos supervivientes vagando por los campos de una Tierra devastada.

Evidentemente, siempre imponiendo la premisa de que existieran dichos supervivientes, resultaría lógico que, como en los tiempos posteriores a la caída del Imperio Romano, los más débiles se agruparan bajo los más fuertes, buscando protección a cambio de aceptar su jefatura, lo que daría origen a un sistema feudal no muy desemejante al existente en el Medievo europeo.

Poul Anderson, en su larga novela *The Avatar* (6), menciona de pasada la feudalización de la Tierra después de lo que él llama «los Conflictos», presuntamente guerras nucleares que habrían hecho decaer temporalmente la civilización mundial. La gente habría buscado, en efecto, la protección de los señores feudales, aunque tal estado de cosas, según el autor, duraría poco tiempo, normalizándose después la situación.

Más prolongada es la feudalización postatómica que presenta Walter M. Miller en su célebre *A Canticle For Leibowitz* (7). Aquí se hace durar el período feudal durante muchas generaciones, hasta que los propios señores crean monarquías estables que poco a poco hacen avanzar la civilización hasta un nivel anterior... tan solo para volver a empezar de nuevo con las rencillas internacionales que llevan irremisiblemente a una segunda guerra nuclear.

La novela de Miller insiste en la existencia de una furia antitecnológica entre los supervivientes de la catástrofe, al culpar a la ciencia del desastre nuclear. Tal síndrome se halla presente también en el relato, también de feudalismo postatómico,

titulado *The Stars Below*, del que es autora Ursula K. Le Guin (8). Este odio a la ciencia y a la técnica es ciertamente común a una gran parte de los postatómicos, ya describan sociedades feudales o no.

Pero la catástrofe que lleva a la confusión mundial y de ella al feudalismo no tiene necesariamente que ser una guerra nuclear. Robert Silverberg, en su novela *Nightwings* (9), da como origen del desastre que lleva al establecimiento del orden feudal en la Tierra simplemente al intento fallido de controlar el tiempo atmosférico sobre el planeta. El francés André Ruellan (seudónimo: Kurt Steiner), en su novela *Aux armes d'Ortog*, presenta un feudalismo terrestre originado ciertamente por una guerra, pero reñida esta con armas distintas a las atómicas, si bien no inferiores a ellas en poder destructivo.

Avram Davidson presenta a su vez la consabida Tierra feudal en su relato *Rogue Dragon* (10), pero no habla de una guerra como origen, sino de la convulsión causada por los vuelos estelares y por una invasión alienígena. Un futuro terrestre semejante presenta también el mismo autor en su relato *Bumberboom* (11), donde un gran cañón superviviente del desastre tecnológico es utilizado como medio de opresión, convirtiéndose al fin casi en un objeto de culto.

Y para terminar, citaré dos postatómicos feudales de autores españoles dentro de la corriente mencionada: *Un Novicio Para su Grandeza*, de Angel Torres Quesada (12), y *M'Batican*, de Luis Reyes (13), ambos insistiendo en la teoría según la cual a un derrumbamiento completo de tecnología y civilización habrá de seguir el establecimiento de sistemas sociales y políticos semejantes a los de la Edad Media europea.

3. Planetas feudales

Son muchos los escritores de ciencia ficción que han ilustrado sociedades feudales en los planetas que describen, dentro y fuera de nuestro sistema solar.

En los primeros relatos de *space-opera*, los de la aventura pura y simple en el marco exótico de otros astros, el feudalismo propiamente dicho es raro. Predominaba, en cambio, el estado-ciudad, en general regido por un monarca absoluto que podía ser bondadoso (casi siempre con hija incluida) o bien tiránico.

Sin embargo, fijándonos en la serie de Marte de Edgar Rice Burroughs (14), advertimos una organización entre los marcianos de raza verde, con sus *jeddaks*, *jeds* y simples «caudillos», jefes de clanes subordinados unos a otros, una cierta organización feudal. Más aún, Burroughs describe un claro acto de homenaje consistente en arrojar la espada desnuda a los pies de aquel a quien se elige como señor, el cual debe corresponder recogiénola, besándola y devolviéndola a su poseedor. Tal gesto significa que quien lo realiza debe fidelidad al señor elegido durante toda su vida y *aún después de la muerte*, con lo que resulta ser la culminación

del vasallaje. Tiene la ventaja de ser totalmente voluntario y, según relata Burroughs, se suele aplicar a los grandes héroes del bélico planeta, y también a alguna mujer hermosa por parte de su enamorado.

No muy diferente de Barsoom, el Marte de Burroughs, es el planeta Krishna, presentado por Lyon Sprague de Camp en su serie «Viagens Interplanetarias», también llamada «serie de Krishna» (15). Aquí los señoríos independientes y los reinos en que se divide el planeta en cuestión han sido desgajados de un anterior Imperio Kalwm, del mismo modo que los reinos bárbaros europeos ocuparon el lugar del Imperio Romano Occidental. Pero dentro de los propios estados desgajados existen igualmente señores feudales casi independientes, como el señorío de Ruz dentro del Imperio Gozashtandiano, tal como el autor lo describe en *Cosmic Manhunt*.

Igual situación histórica, o muy parecida, es la existente en el planeta descrito por los autores soviéticos Arkadi y Boris Strugatsky en *Trudno Byt Bogom* (16). Por mucho que los jóvenes y elegantes aristócratas de la corte imperial de Estoria tengan a los nuevos reinos como subordinados al Imperio, que aquí todavía existe, no por ello son aquellos menos independientes y soberanos. También existen dentro de ellos numerosos señoríos más o menos dependientes de los monarcas, y en ocasiones en pugna con ellos. Los autores mencionan como simpático y bullanguero al Barón Pampa, uno de los pocos personajes positivos de las bárbaras naciones que se reparten el astro.

Poul Anderson, de cuya simpatía hacia la idea feudal luego hablaré, describe en *Mirkhein*, novela perteneciente a la serie del comerciante estelar Nicholas Van Rijn (17), el Gran Ducado de Hermes, establecido en un planeta desgajado de la civilización técnica que rige la Tierra y sus dominios estelares. Las familias señoriales del planeta eligen al Gran Duque dentro de la familia Tamarín, que no posee dominios propios y por lo tanto puede ser considerada como neutral. De todas formas la tal soberanía ducal no goza sino de poderes limitados, estando de muchas formas supeditada a la voluntad de los señores, del mismo modo que ocurría en el terrestre Imperio Romano-germánico con el Emperador respecto a los *kürfürster* o príncipes electores.

Para Murray Leinster, como para el ya mencionado Damon Knight, el descubrimiento de los duplicadores de materia, aparte de destruir el sistema económico del planeta en el que la invención se produzca, genera feudalismo. Así pues, en su divertida novela *The Duplicators* (18), presenta un planeta donde los duplicadores están en acción, dividido en comunidades feudales de origen humano, con un ritual de relaciones públicas y privadas muy rígido y complicado. Todo ello combinado con la existencia de una raza nativa, la de los pequeños, enredadores y medrosos uffts, sin duda una de las estirpes alienígenas más simpáticas aparecidas en las páginas de la ciencia ficción mundial.

También los autores femeninos se han interesado por el tema de los planetas

feudales, y por cierto muy documentada y detalladamente.

C. G. Cherry, en su novela *Gate of Ivrel* (19), primera parte de la serie dedicada a Morgana y su misión de control de las puertas espacio-temporales, muestra un planeta claramente feudal con los consiguientes usos y costumbres, y la relación de un hombre educado en tal sociedad con la enérgica y sofisticada Morgana, agente de una avanzada civilización galáctica.

Jane Beauclerk insiste en el tema con dos relatos cortos: *We Serwe the Star of Freedom* (20) y su continuación *Lord Moon*, llevando al lector a un enigmático planeta donde los señores asumen el nombre de Astros, tomando cada cual una advocación a la que se adhieren sus seguidores o vasallos voluntarios en su forma de vivir, todo ello aderezado con un poco de magia y esoterismo, en una trama decididamente atractiva y original.

Igualmente inserta en el mundo de la magia está la sociedad feudal que otra escritora, André Norton, en su serie del Mundo Embrujado (21), sitúa en un mundo perteneciente a otra dimensión, y que hace escenario de diversos relatos que oscilan entre la *sword and sorcery* y la simple novela de aventuras.

Pero la más célebre sociedad planetaria ideada por un autor femenino es sin duda la del planeta Darkover, escenario de una serie firmada por Marión Zimmer Bradley.

La historia comienza con el extravío de una nave hiperespacial terrestre cargada de colonos, que va a parar a un planeta perdido, donde hace contacto con una raza alienígena de extraños poderes. Cuando, muchas generaciones más tarde, el expansivo Imperio Terrestre redescubre el planeta, encuentra en él una curiosa sociedad feudal que recuerda la de los *daimyo* japoneses. Los señores, soberanos de extensos dominios, se reúnen en la capital del planeta, Thendara, formando el Consejo *comyn*, bajo la presidencia de un Regente elegido por ellos mismos. Pero la originalidad estriba en que cada señor posee un poder llamado *laran*, es decir psiónico, y la actividad económica y técnica del planeta se basa en una ciencia parafísica desconocida para los terrestres: la manipulación de matrices de resonancia mental, con la cual se logran resultados aparentemente mágicos. La trama de la serie estriba en el choque entre la civilización técnica de los terrestres y el extraño modo de vivir de los darkovianos.

Curiosamente, los primeros relatos de la serie, tales como *Star of Danerg*, *The Bloody Sun* e incluso *The Sword of Aldones*, único título de la misma traducido al castellano (22), hacen hincapié principalmente en la acción propia del género de aventuras, en tanto que otros escritos posteriormente, como *Darkover Landfall* (que narra precisamente el primer aterrizaje de los extraviados colonos terrestres en el planeta), *The Heritage of Hastur* y *Stormqueen!*, ahondan más en la psicología de los personajes y la realidad del mundo en el que viven, llegando en *The Shattered Chain* a dar muestra de las inquietudes feministas de la autora.

La idea de señores feudales que deben su situación a poderes extrasensoriales ha sido tratada también por otros autores, estos de género masculino. Lan Wright, en *The*

Jarnos Affair (23), sorprende a una expedición terrestre con el hallazgo de un mundo feudal cuyos señores mantienen el poder por medio de la telepatía. También poseen extraños poderes los señores de feudo o clan que presenta Orson Scott Card en su excelente novela *A Planet Named Treason* (24).

Aún más extraño es el caso del país de Dracheland, presentado por Philip José Farmer en su serie de los Hacedores de Universos (25). Pues aquí se trata de un mundo artificial, en forma de zikkurath, creado por miembros de una raza inimaginablemente poderosa y cruel en otra dimensión, y si es de carácter feudal lo es por la implacable voluntad de uno de los tales superseñores, que en otros niveles del mismo mundo ha creado asimismo escenarios mitológicos, de praderas amerindias, selváticos, etc., cada cual con sus correspondientes habitantes que viven, luchan y mueren tan solo para diversión del despiadado demiurgo.

Muchos son los autores de ciencia ficción de todo el mundo que han descrito sociedades feudales situadas en planetas alejados del nuestro, escenarios propicios para mil aventuras y hazañas. Puedo mencionar, además de los anteriores, a George R. R. Martin con su original visión de la sociedad del planeta Alto Kavalar, tal como la presenta en *Dying of the Light* (26), a Harry Harrison con el planeta que aparece en la segunda parte de su novela *The Stainless Steel Rat* (27), a Colin Kapp con *The Wizard of Anharitte*, a Keith Laumer con el planeta Vallon descrito en *A Trace of Memory* (28), a John Brunner con *The Avengers of Carrig* (29), donde los aspirantes a la jefatura planetaria deben probar su valía dando muerte en singular combate a un monstruo volador, a Robert Silverberg con el inmenso y mágico planeta Majipoor de su magna obra *Lord Valentine's Castle*, al francés Gilles Thomas con sus novelas *L'ange aux ailes de lumière* y *Les voies d'Almagiel*, al también galo J. P. Garen con *Mission sur Mira* y, desde luego, a nuestro compatriota Gabriel Bermúdez Castillo con la extraña sociedad caballeresca regida por un falso Arturo Pendragón que hace correr sus *castillocars* sin detenerse nunca en el mundo insólito de *El Señor de la Rueda* (30).

Todas estas sociedades feudales suelen estar formadas por terrestres más o menos extraviados de su civilización planetaria, o al menos por razas alienígenas de características humanoides. Pero tampoco faltan los seres estelares de diferente morfología que viven igualmente en comunidades feudales. En su relato de acción *Silence Is Deadly* (31), Lloyd Biggle Jr. nos presenta una raza de extraterrestres privados del sentido del oído, en cuya sociedad señorial se ha de introducir un agente secreto terrestre para frustrar las actividades de un agresivo imperio enemigo. En *The Silk and the Song*, de Charles L. Fontenay (32), vemos una raza de seres semejantes a lagartos que viven divididos en clanes familiares, y que mantienen en la esclavitud a los descendientes de una expedición terráquea que tuvo la desgracia de caer en su planeta.

Poul Anderson presta mucho interés en sus obras a los extraterrestres organizados de manera feudal. En *The Live Coward* (33), se trata de un planeta de tal tipo de

sociedad donde se ha refugiado un peligroso delincuente interestelar, que debe ser sacado de allí por las fuerzas del orden galáctico, bajo condición de no causar con ello muerte alguna. En *Arsenal Port*, segundo episodio de la trilogía del *Star Fox* (34), se describe la raza Staurn, formada por seres con apariencia de diablos alados, que viven en su planeta un régimen patriarcal basado en grandes familias independientes, formando tan solo una floja unión para asuntos tales como la defensa planetaria y similares. En *Satan's World* (35), también novela de Anderson, los sheena del planeta Dathina, semejantes a legendarios minotauros, se organizan también en clanes familiares, uniéndose tan solo para empresas imperialistas, y no con una unión demasiado estrecha.

4. El feudalismo en los grandes estados galácticos

Son muchos los grandes Imperios y Federaciones de ámbito interestelar creados por los autores de ciencia ficción en los que se hace notar cierta estructura feudal, que en ocasiones pueden llevar a su pérdida.

El mismo Imperio Trantoriano de Asimov, el más célebre de los estados monárquicos siderales, comienza a decaer al feudalizarse sus dominios externos. En *Foundation*, primera novela de la famosa trilogía (36), (hoy ya convertida en tetralogía gracias a la inminente aparición en Estados Unidos de *Foundation's Edge*), vemos como las prefecturas imperiales externas de Anacreonte, Smyrno, Konom y Daribow se transforman en reinos, y en el tratado que firma con ellos el enviado imperial Lord Dorwin, aunque aparentemente figuran como estados súbditos del Emperador, en realidad su independencia se sanciona como total. Por otra parte, en la misma novela, vemos el poder central imperial mediatizado por un Consejo de Señores que coarta en mucho la actividad del soberano, llegando a ejercer el verdadero poder dentro de aquel inmenso estado estelar.

En el mucho menos importante Imperio Sarkita, que consiste exclusivamente en el propio Sark y el planeta sometido Florina, tal como el «buen doctor» lo presenta en *The Currents of Space* (37), el jefe de estado no es sino un personaje simbólico, estando el poder político en manos de cinco señores, dirigentes feudales de otros tantos continentes. Situación que acaba cuando uno de tales dirigentes, el Señor de Fife, da un golpe de estado y se hace con el poder dictatorial, a semejanza de un *shogún* a escala estelar.

Un tercer Imperio asimoviano, el de Tyrann, descrito en *The Stars Like Dust* (38), es, pese a las apariencias, de mucho menos carácter feudal que los anteriores. A primera vista se observa que cada planeta tiene un gobernante propio bajo la denominación de Autarca, Director, Ranchero, etc., en realidad los tales no son sino dóciles títeres a las órdenes del emperador Tyrannio, sin el menor indicio de poder propio.

El fastuoso Imperio de la Galaxia Media, descrito por Edmond Hamilton en *The Star Kings* y su continuación *Return to the Stars* (39), tiene en su seno los estados casi independientes de los Condes de las Marcas Exteriores y de los Barones de la Constelación de Hércules, prácticamente al margen (y en ocasiones opuestos) al poder del Emperador.

También en el Imperio Terrestre de Poul Anderson, dentro de la serie de Sir Dominic Flandry (40), existen dominios feudales como el de Su Gracia el Duque Alfredo de la Constelación Taurus, que aparece en el episodio titulado *The Ambassadors of Flesh*. Y en otro Imperio Terrestre similar, que el belga Paul Hanost presenta en *Le livre des étoiles*, el poder absoluto del monarca es coartado por señores feudales de nombres tan sonoros como Lochiar IV, Stellarca de Fomalhaut y Hamilton Pachá, Sultán de Canopus, que continuamente insisten en la petición de nuevos privilegios y mayor independencia respecto al gobierno terrestre.

Eminentemente feudal es también el Imperio descrito por Frank Herbert en su célebre serie de Dune (41). De hecho, al Duque de Atrides se le ofrece el planeta Arrakis como feudo personal. Aunque todo el sistema se fuera luego al diablo con la aparición del «ayatollah» Muad'dib y el establecimiento de un Imperio, ahora sí que unitario, de vago carácter islámico.

Carácter bien distinto tiene otro Imperio, el que aparece en la novela *No One Goes There Now*, de William Walling. Aquí el estado imperial ha sido construido directamente por los aristócratas terrestres que, tras dominar el planeta tras una serie de guerras nucleares, han extendido su dominio feudal a las estrellas cercanas, creando una original civilización con inclusión de elementos tales como un Código de Duelo para dirimir sus diferencias.

Pero no es tan solo en los sistemas imperiales donde puede florecer la semilla feudal. Otros estados galácticos de la ciencia ficción, estos de carácter democrático, las llamadas Federaciones y Confederaciones, pueden ver aparecer dentro de su seno tal tipo de fenómeno.

En *Slavers of Space*, de John Brunner, se describe como en los planetas más alejados del dominio terrestre las haciendas de los colonos se transforman poco a poco en castillos feudales. Es el eterno problema de las marcas, de las fronteras donde el poder central es débil y debe ser sustituido por pequeños puestos de mando locales, que poco a poco van independizándose de aquel.

Peor es el problema que presenta el francés Peter Randa en sus obras *Les aventuriers de l'espace* y *Humains de nulle part*, donde se muestra como los aventureros terrestres de la periferia de la Confederación rechazan la política moderada de la misma y se lanzan a una guerra de exterminio contra las razas alienígenas vecinas, en bárbara cruzada destinada a crearse feudos propios. Desde luego, tales acciones son presentadas como meritorias por el autor, uno de los más reaccionarios de la cantera de *Fleuve Noir*.

Murray Leinster, aunque más suavemente, presenta una idea no muy diferente en

The Last Spaceship. Dentro de una Galaxia dominada por la tiranía, los protagonistas inician una campaña para llevar la libertad a la humanidad terrícola (en esta novela no aparecen razas extraterrestres). Pero uno de los participantes en tales acciones, el burgomaestre de Steadheim, en el planeta Hades, busca afanosamente mundos apropiados para darlos a sus hijos como feudos. Felizmente, aquí no se habla de ningún exterminio de razas inferiores, pero resultaría curioso compaginar tal dominio feudal con la libertad democrática que los héroes de la obra manifiestan buscar para todos los humanos.

5. Órdenes Militares y Caballería Andante

Resulta algo desconcertante el olvido en que los autores de ciencia ficción que tratan del feudalismo futuro han dejado a fenómeno tan interesante del Medievo europeo como fueron las órdenes militares.

Es precisamente en uno de los primitivos relatos españoles de ciencia ficción que aparecieron en la colección Futuro, debidos a la pluma del malogrado José Mallorquí Figuerola, *Prisión Sideral* (42), donde se describe un perfecto ejemplo de lo que podría ser una organización de ese tipo en un futuro de expansión interestelar. El gran almirante Von Benser, vencedor de la batalla estelar de Rigel, en la que murieron siete millones de combatientes, fue posteriormente objeto de una sucia jugada por parte de políticos venales, enviándole junto con los otros ciento cincuenta y cinco Héroes de la Tierra a una misión de exploración en una nave provista de una bomba de relojería. Pero Von Benser consiguió inutilizar el explosivo y llevar la nave y sus tripulantes al lejano planeta Irio, para fundar allí la Orden caballeresca de la Legión Estelar, «cuyas filas se nutrieron con los valientes y los idealistas», y de la que el almirante fue el primero de los Grandes Maestros. El relato narra un episodio de la historia de dicha Orden, en defensa de la paz universal amenazada por el descubrimiento de una nueva arma.

Pocas órdenes militares medievales aparecen en otras páginas de la ciencia ficción mundial, y ninguna en caracteres tan épicos y atractivos. En la ya citada *Trudno Byt Bogom*, de los soviéticos hermanos Strugatsky, se hace mención de una Orden Sacra compuesta por monjes soldados, pero se la presenta como elemento de reacción y tiranía, equiparándola incluso con la tropa hitleriana. (Claro está que rusos y polacos poco tienen que agradecer históricamente, por ejemplo, a la Orden de los Caballeros Teutónicos).

Manly Bannister describe, en *Conquest of Earth* (43), una Tierra dominada por una raza extranjera: los Trisz, llegados de otra dimensión. Existe entre los sometidos una especie de orden o secta semiclandestina denominada de los Hermanos Azules, que oculta una rama superior, llamada simplemente de los Hombres. Estos últimos, por medio de poderes extrasensoriales cuidadosamente cultivados, serán los

destinados de liberar a los terrestres del dominio alienígena.

Igualmente existe en el Imperio descrito por el francés Daniel-Yves Chambert en *Les sirènes de Lusinia* una especie de orden secreta de la que forma parte el protagonista, Mylan Clarke, que en ella tiene el título de Príncipe de Orión. Esta especie de masonería está en contacto con unos benévolo seres alienígenas habitantes de un asteroide perdido en el Cosmos y, bajo su égida, favorece a la Humanidad en todo lo que puede, preservándola de todos los peligros externos e internos que la amenazan.

En un entorno semejante al arriba indicado de Manly Bannister y la Tierra bajo el poder alienígena, el también francés Jimmy Guieu hace intervenir en *L'age noir de la Terre* a una nueva orden o secta secreta para liberar a los humanos; en esta ocasión se trata de la muy conocida y discutida Orden de los Rosacruces, a la que se supone poseedora de un formidable poder bélico.

Siguiendo en el marco de la ciencia ficción francesa, tenemos igualmente la novela de Jean-Gaston Vandel *Les chevaliers de l'espace* (44), en la que una organización secreta compuesta por científicos de todo el mundo impide el estallido de la Tercera Guerra Mundial mediante expedientes que van de la inutilización aparentemente milagrosa de las armas de destrucción en masa a la violenta eliminación de los «halcones» de ambos bandos.

Nos lleva el título de la anterior obra a adentrarnos en el campo de la caballería andante, institución típicamente feudal que tampoco ha sido muy tratada por los autores de ciencia ficción. Como muestra más conocida de tal elemento tenemos, no obstante, la referencia, si bien en tiempo pasado, a la orden de los Caballeros Jedi, dotados de poderes extrasensoriales («¡que la Fuerza te acompañe!»), que se hace en la serie fílmica de *Star Wars* (45).

Apenas si aparecen otros ejemplos de caballeros y órdenes de caballería en el resto de la ciencia ficción mundial y, de hacerlo, asumen más bien un carácter honorífico, semejante a las actuales órdenes que se otorgan a título de condecoración. Bruno Cockdor, protagonista de muchas novelas del francés Maurice Limat, tiene el título de Caballero de la Galaxia, otorgado por todos los estados de la misma en premio a anteriores méritos y hazañas. De parecida forma los héroes de *Rayons sur Sidar*, del asimismo galo Stefan Wul, reciben del gobierno terrestre el título de Caballeros del Espacio como premio a su actuación. No menos honorífico es el título de Comendador del Imperio Terrestre que ostentan varios de los personajes que Jack Vance presenta en su relato *Assault On City*, y que les da derecho a determinados privilegios.

Decididamente, la figura heroica del paladín solitario que recorre los caminos dedicado a «desfacer entuertos» parece totalmente ajena al mundo de la fantasía científica.

6. Los defensores de la idea feudal

Corrientemente el sistema feudal no es muy bien tratado por los escritores fantacientíficos, que lo tildan de tiránico y decadente. No obstante, existe una serie de autores que, como en el caso ya mencionado Peter Randa, lo defienden como generador de toda una serie de valores positivos o, a menos, lo miran con una cierta simpatía.

Poul Anderson, del que ya conocemos toda una serie de novelas y relatos describiendo sociedades feudales, es asimismo autor de una curiosa obra titulada *The High Crusade*, en la que se describe como unos auténticos caballeros medievales ingleses son raptados de la Tierra, en su época, por una nave extraterrestre, y de qué manera se las arreglan, aplicando sus propias normas de actuación, para apoderarse de todo el Imperio interestelar del que procede el navío, moldeándolo luego, bajo su mando, según esquemas típicamente feudales. Tal novela no deja, desde luego, de tener un carácter humorístico, y las luchas de los caballeros armados de lanzas y espadas contra los extraterrestres y sus desintegradores y carros de combate, saliendo además victoriosos, no resisten el más mínimo análisis lógico. Pero en su Premio Hugo de 1964 *No Truce With Kings* (46), el mismo autor toma más en serio la cuestión, llegando a preguntarse por boca de uno de sus personajes si lo más apropiado para satisfacer las vivencias e inquietudes de un ser humano no sería adoptar la ciega fidelidad hacia un ídolo o símbolo personificado en un señor feudal. Es curioso, sin embargo, que en otra de sus obras, *The Sensitive Man* (47), Anderson dé como muy nociva la imagen del padre que, presentada por un dirigente político, desemboca frecuentemente en el totalitarismo.

Otro simpatizante con la idea feudal parece ser Jack Vance. Ya en su Premio Hugo *The Last Castle* (48), el autor canta la superioridad innata del protagonista, el aristócrata Xanten, sobre gentes del vulgo y siervos sublevados, a quienes trata siempre con el mayor de los desprecios. En *The Domains of Koryphon* (también publicado bajo el título de *The Gray Prince*), Vance toma partido por una casta de señores feudales que colonizan paternalísticamente una raza alienígena, en contra de los «brutales primitivos que se insurreccionan» y de los tontos útiles que propugnan la igualdad de las razas.

Pero el mayor exponente de afinidad con el feudalismo es, desde luego, H. Beam Piper. En sus obras interconectadas *Space Viking* (49) y *Ministry of Disturbance* (50), no deja de propugnar la superioridad de los valores del sistema feudal y pirático existente en los llamados Mundos de la Espada, pretendidamente caballerescos y viriles, frente a los de la democracia, que se rechaza explícitamente en la primera de las novelas, y no digamos los de sistemas de tipo socialista. Bien es cierto que en otro de sus relatos, *Last Enemy*, el autor propugna el sistema de evitar el triunfo electoral

del socialismo en una extraña sociedad de reencarnaciones y viajes interdimensionales, mediante la muerte de los dirigentes de tal tendencia, en duelo caballeresco, por bien entrenados paladines de la libre empresa.

Y por último, para terminar mencionando a un autor español, tenemos el relato corto *Jurgens* (51), de Félix M. Quintanilla, donde se hace la apología de los valores de tipo espiritual que el sistema feudal dispensa a los supervivientes terrestres de un conflicto nuclear, con absoluto control científico y tecnológico y predominio total de la religión cristiana.

CARLOS SAIZ CIDONCHA

BIBLIOGRAFÍA EN CASTELLANO

- 1) *Lotería Solar*. Cenit ciencia ficción núm. 4.
- 2) *Las Estrellas Mi Destino*. Dronte, Moebius.
También: *Tigre... Tigre...* Martínez Roca, Superficción núm. 60.
- 3) *Día de Tregua*. Selecciones Géminis ciencia ficción núm. 1.
- 4) *El Cuerno de Caza*. Minotauro Spectrum.
- 5) *Tiranía Universal*. Infinitum núm. 33.
- 5) *El Avatar*. Bruguera, colección Naranja, Ciencia Ficción núm. 4.
- 7) *Cántico a San Leibowitz*. Bruguera, Libro Amigo núm. 215.
- 3) *Estrellas de las Profundidades*. Revista Nueva Dimensión núm. 143.
- 9) *Alas Nocturnas*. Edhasa, col. Nebulae (2.ª serie) núm. 4.
- 10) *El Fiero Dragón*. Bruguera, Libro Amigo núm. 205 (5.ª selección c-f).
- 11) *Bumbarbúm*. Bruguera, Libro Amigo núm. 307 (15.ª selección c-f).
- 12) Revista Nueva Dimensión núm. 16.
- 13) Revista Nueva Dimensión núm. 114.
- 14) La Serie de Barsoom no ha sido publicada completa en castellano. Los cinco primeros episodios han aparecido en Aguilar Crisol y en la edición antigua de Novelas y Cuentos. Otros episodios han ido apareciendo en los últimos años en edición fanzine.
- 15) La serie de Krishna se compone de las novelas *Cosmic Manhunt*, *Tower of Zanid* y *Zëi*, además de numerosos relatos cortos y alguna novela ambientada en otros mundos del escenario de Sprague de Camp. En castellano, de toda la serie, únicamente se ha publicado el relato corto *Una Estancia en Os iris* en la Revista Más Allá (Argentina) núm. 17.
- 16) *¡Que Difícil Es Ser Dios!* Acervo ciencia ficción núm. 7.
También, mismo título, en Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú.
- 17) *Mirkhein*. Edaf Ciencia Ficción núm. 27.

- 18) *Los Duplicadores*. Vértice, Galaxia núm. 74.
También *Señor de los Uffts*, Selecciones Géminis Ciencia Ficción (2.^a serie) núm. 4.
- 19) *La Puerta de Ivrel*. Lidiun (Argentina) núm. 1
- 20) *Servimos a la Estrella de la Libertad*. Revista Minotauro núm. 6.
- 21) Publicadas en español la novela *Web of the Witch World (Historia de un Mundo Embrujado)*. Infinitum núm. 30) y la trilogía de relatos *Spell of the Witch World (El Planeta de las Brujas)*. Lidium (Argentina) núm. 10).
- 22) *Odio Cósmico*. Cenit ciencia ficción núm. 45.
- 23) *El Asunto de Jarnos*. Revista Nueva Dimensión núm. 18.
- 24) *Un Planeta Llamado Traición*. Edhasa, Nebulae (2.^a serie) núm. 54.
- 25) De la serie han sido publicadas en castellano las dos primeras partes: *The Makers of Universes (El Hacedor de Universos)*. Edhasa, colección Nebulae (2.^a serie) núm. 8) y *The Gates of Creation (Los Pórticos de la Creación)*. Libros Nueva Dimensión núm. 16). La primera apareció igualmente en forma de fanzine.
- 26) *Muerte de la Luz*. Edhasa, colección Nebulae (2.^a serie) núm. 33.
- 27) *Estafador Interestelar*. Infinitum núm. 26.
- 28) *Un Resto de Memoria*. Infinitum núm. 18.
- 29) *Los Vengadores de Carrig*. Nova-Dell (Méjico) núm. 171.
- 30) *Albia Ficción* núm. 7.
- 31) *El Silencio Es Mortal*. Revista Nueva Dimensión núm. 5.
- 32) *La Seda y la Canción*. Acervo ciencia ficción núm. 15.
También, mismo título, colección Ciencia y Fantasía (Méjico) número 6.
- 33) *El Cobarde Vivo*. Selecciones Acervo ciencia ficción núm. 5.
También *El Héroe y el Cobarde*. Selecciones Géminis (grande) número 5.
- 34) La trilogía se compone de los títulos *Marque and Reprisal, Arsenal Port y Admiralty*. Traducido al español solo el primero (*Patente de Corso*. Bruguera Libro Amigo núm. 221 (6.^a selección c-f)).
- 35) *El Mundo de Satán*. Edaf ciencia ficción núm. 23.
- 36) *Fundación, Fundación e Imperio y Segunda Fundación*. Edhasa, colección Nebulae (1.^a serie) núm. 105, 115 y 110.
También, mismos títulos, Bruguera Libro Amigo núm. 358, 400 y 410.
También, mismos títulos, Cenit Ciencia Ficción núm. 23, 26 y 28.
También, mismos títulos. Nueva Dimensión (ed. argentina) números 7, 8 y 9 extras.
- 37) *Las Corrientes del Espacio*. Edhasa, colección Nebulae (1.^a serie) número 15.
También, mismo título, Martínez Roca, Superficción núm. 54.
- 38) *Rebelión en la Galaxia*. Edhasa, colección Nebulae (1.^a serie) número 20.
También *En la Arena Estelar*. Martínez Roca, Superficción núm. 45.
- 39) La primera aparecida con el título *Los Reyes de las Estrellas* en Edhasa, colección Nebulae (1.^a serie) núm. 14, y con el de *Guerra en la Galaxia* en la revista Urania

(Argentina) núms. 1 y 2. De la segunda tan solo se han traducido la primera de sus cuatro partes, *The Kingdoms of Stars*, con el título *Los Reinos de las Estrellas*, en la revista Nueva Dimensión núm. 98.

- 40) Único relato de la serie de Sir Doininic Flandry publicado en español: *Mayday Orbit* (*En Órbita*. Cenit ciencia ficción núm. 43).
- 41) Compuesta la tal serie (hasta el momento) por las novelas *Dune*, *Dune Messiah*, *Children of Dune* y *God Emperor of Dune*. Las traducciones al castellano son, respectivamente: *Dune*, *El Mesías de Dune* y *Los Hijos de Dune* en Libros Acervo Ciencia Ficción números 4, 14 y 24, y *Dios Emperador de Dune* en Ultramar.
- 42) Futuro núm. 2. Con seudónimo de J. Hill.
- 43) *Los Hermanos Azules*. Cenit ciencia ficción núm. 16.
- 44) *Los Caballeros del Espacio*. AHR, colección Atómica.
- 45) En español han aparecido los siguientes libros de la serie *Star Wars*: *Star Wars*, de George Lucas (*La Guerra de las Galaxias*). *Splinter of the Mind's Eye*, de Alan Dean Foster. (*El Ojo de la Mente*). *Han Solo At Star's End*, de Brian Daley (*Más Allá de las Estrellas*). *The Empire Strikes Back*, de Donald F. Glut (*El Imperio Contraataca*). Todas ellas en la editorial Argos Vergara.
- 46) *No Hay Tregua Con los Reyes*. Revista Nueva Dimensión núm. 69.
- 47) *El Hombre Sensible*. Martínez Roca, Superficción núm. 72.
- 48) *El Último Castillo*. Bruguera, Libro Amigo núm. 516.
También, mismo título, Selecciones Géminis Ciencia Ficción (2.^a serie) núm. 7.
- 49) *Vikingo Espacial*. Vértice, Galaxia núm. 48.
- 50) *Ministerio de Disturbios*. Novaro (Méjico) núm. 177.
- 51) Selecciones Acervo ciencia ficción núm. 17.

SE EDITA

LO MEJOR DE POUL ANDERSON (*Beyond the Beyond*), de Poul Anderson. Martínez Roca, colección Super Ficción. Traducción de Horacio González Trejo. 291 págs., 325 ptas.

Cuando en ND se anunció la aparición de *Beyond the Beyond* se dijo que no era *Lo mejor de Poul Anderson*, aunque se le hubiera dado ese nombre, pero que sí constituía una colección de las más representativas del autor. Quien esto escribió podía tener dos móviles: el desconocimiento, o una baja consideración de Poul Anderson.

Lo mejor de Poul Anderson dista de presentar una imagen que yo considere de acuerdo con lo que hay de apreciable en Anderson. Esto es, su cualidad de narrador, al antiguo estilo, como él se define, que le permite escribir magníficas narraciones de aventuras (difícilmente olvidaré la buena impresión que en mis tiempos de novato me causó *Patente de corso*), y otras de difícil clasificación, ¿poéticas? ¿especulativas? ¿psicológicas?, pero indudablemente excelentes y que a mí me impresionan por su magistral tratamiento de los personajes y la plasticidad de su lenguaje, y maldigo por toda la eternidad el alma de quién no se haya conmovido con *Norma de la casa*.

Esta colección presenta un conjunto de novelas cortas, medianas, mediocres, que si fueran muestra significativa del hacer de Anderson harían de él un respetable autor de segunda y nada más. Todas ellas bien escritas, tiene argumentos anecdóticos y en ocasiones con un ligero interés, agradables de leer, pero inmerecedoras del título que les han dado como conjunto.

Dos de las novelas cortas, *Memoria* y *Bruma estelar*, están incluidas en el marco de la historia futura de Anderson, y por lo que sé la primera podría ser el *The World Called Maanarek* que Saiz Cidoncha cita en su artículo *Los grandes Imperios Galácticos* por la identidad del planeta escenario, mientras que la segunda transcurre en un distante futuro donde a las fronteras de la civilización llegan exploradores de un mundo perdido que por la descripción que de él hacen está situado en un rincón imposible de nuestro universo.

Las demás novelas cortas no merecen mayor comentario, salvo quizá *El día en llamas* por pertenecer al ciclo de Falkayn, Van Rijn y la Liga Polesotécnica y contar con la siempre de agradecer presencia del draco-centauro Adzel, y *El hombre sensible*, que menciona la nunca suficientemente tocada cuestión de la importancia de la educación y de lo peligrosa que puede ser.

En conjunto, una recopilación digna de no ser muy tenida en cuenta.

* * *

AMOS DE TÍTERES (*The Puppet Masters*), de Robert A. Heinlein. Martínez Roca, colección Super Ficción. Traducción de Francisco Blanco. 252 páginas, 300 pesetas.

«Hace hoy 27 años que nació esta...» Si yo quisiera parodiar a Lincoln en ocasión de su discurso de Gettysburg empezaría así esta crítica, y a pesar de no querer, se habrán dado ustedes cuenta de que así la he empezado. El hecho es que en 1955 apareció el primer número de la primitiva colección Nebulae y que era esta novela, aunque con el título anodino de *Titán invade la Tierra*, y que, con la salvedad de la casi fantasmal aparición en Erus como *La invasión sutil*, no se le han vuelto a ver las páginas hasta ahora.

Por su posición en el tiempo y en el espacio de la ciencia ficción española esta era una obra que merecía la reedición, y que la ha alcanzado dentro de una colección que en los últimos tiempos ha hecho de las buenas reediciones de buenas y viejas obras un pilar de su economía... la economía siempre necesita pilares.

Les diré de *Amos de títeres* que se le notan los años: la acción transcurre en el año 2007 y ya se ha producido la Tercera Guerra Mundial, y ¡sorpréndanse!, parece que tal evento no ha afectado en nada al suave transcurrir de la vida. Los USA postatómicos son limpios, prósperos, y sus ciudadanos cultivan el modo de vida americano con autoaviones incluidos, trastos que ningún ingeniero actual se atrevería siquiera a diseñar ahora con vistas al desarrollo expuesto para el año 2007. En este idílico marco se desarrolla la lucha del protagonista, su esposa y su padre, respectivamente agentes y Patrón de la Sección, el más secreto de los servicios secretos, contra las babosas de Titán, sabandijas que se ocultan debajo de las camisas y dominan la mente de los humanos. El tipo listo que escribió la contraportada, aparte de hacer comparaciones con Thomas Mann, encuentra que «el simbolismo de la novela es más que evidente». ¡Tonterías! Esta novela no es más que una buena narración de aventuras, que de acuerdo con el tipo listo califico yo de ficción sugestiva y terrorífica, aunque no tanto, recomendable a completistas, heinleinmaníacos, duros nostálgicos y gente que, como un servidor, sea lo suficientemente joven como para desconocerla. Porque alguno habrá ¿no? ¿Por qué se callan?

* * *

EL AMADO DE LOS DIOS Y OTROS RELATOS (*Early del Rey*), de Lester del Rey. Martínez Roca, colección Super Ficción. Traducción de Horacio Vázquez Rial. 286 págs., 375

ptas.

Cuando apareció *El dios más pequeño y otros relatos*, nadie se ocupó de tan insignificante libro, ni siquiera yo, al que un destino con un retorcido sentido del humor parece haber consagrado a las insignificancias.

Sepan ustedes que el mencionado libro y el que ahora nos ocupa son el desglose de *Early del Rey*, que como su título indica pertenece a la serie de *Lo primero de...*, antologías de relatos escritos por autores hoy de fama en sus primeros tiempos y que no han sido incluidos en otras antologías de los autores.

Estas antologías (hasta ahora han aparecido las dedicadas a Asimov, Williamson y Belknap Long), se distinguen por dos características notorias: tienden a ser aburridas, por su contención de relatos primerizos y desconocidos por su escaso interés, e ilustrativas, porque son antologías autobiográficas en las que el autor nos habla de sí, de su obra, de su tiempo y de su mundo.

El amado de los dioses y otros relatos, como parte de *Early del Rey*, no se diferencia de forma sustancial de sus compañeras, por lo que mi recomendación respecto a ella es simplemente que se atengan a lo dicho.

* * *

TROPAS DEL ESPACIO (*Starship troopers*), de Robert A. Heinlein. Martínez Roca, colección Super Ficción. Traducción de Amparo García Burgos. 242 páginas, 325 pesetas.

Leyendo una novela como esta, conocida a través de numerosos comentarios pero sin haber tenido la oportunidad de leerla, se da uno cuenta de las tonterías que escriben los críticos, y no piensan ni por un momento que no soy consciente de mi categoría de tal o que me excluyo de tal característica. También puede uno darse cuenta del injustísimo trato que en general se ha dado a Heinlein, y en particular a esta novela, si se es mínimamente objetivo, y un servidor tiene a honor procurar serlo.

Se han dicho numerosas barbaridades sobre *Tropas del espacio*, y se la ha acusado de variados cargos, el principal el de ser una novela militarista. Yo niego tal cosa, yo solo veo una novela sobre la guerra, la opinión que esta merezca se deja, como debe ser, a la conciencia de cada cual. A muchos puede desagradar la sociedad en que se desarrolla la acción, pero me parece mucho pedir una sociedad a la medida de cada lector, sobre todo habiendo tantos. Probablemente el principal rasgo desagradable que muchos ven en la novela es que Heinlein la construye sobre dos bases: no se obliga a nadie a nada, el concepto del voluntariado, y quien algo quiere algo le cuesta, primero lo paga y luego lo disfruta. Una sociedad ciertamente alejada de cualquier concepto de sociedad ideal de derechas o izquierdas.

Me gustaría dejar aparte toda controversia, pero antes quiero mencionar dos cuestiones en las que nadie parece haberse fijado. El héroe parece desde el principio

un buen chico americano, pero Heinlein deja caer discretamente a mitad de la novela que es hispano y al final filipino; ¿es este el lógico protagonista de una novela militarista escrita por un yanki? Y, cuando se menciona una larga lista de naves de transporte con nombres de soldados que dieron gloria a la infantería, entre los clásicos y, naturalmente, junto a los de las *Rodger Young*, *Alvin York* y *Audie Murphy*, aparece la *Sandino*. ¿Cuadra esto con una novela tantas veces llamada fascista?

Desde el punto de vista estrictamente literario, *Tropas del espacio* es de lo mejor de Heinlein, a su vez de lo mejor de los autores, escrita con un estilo duro en los sucesos, fluido en la acción y humorístico en las salpicaduras de los comentarios del protagonista y narrador.

Cierro diciendo que nunca se ha podido hacer responsable a un escritor de las ideas de sus personajes, incluido el narrador, y que si a alguno no le gusta la novela puede escribirme una carta tan insultante como quiera.

* * *

EL AVATAR (*The avatar*), de Poul Anderson. Editorial Bruguera, Colección Naranja. Traducción de Beatriz Podestá. 511 págs., 475 ptas.

Circunstancias personales y mi perenne cansancio (algún día les explicaré tal cualidad botánica de mi ánimo), me han hecho tardar en arrancar la máquina que escribe estas críticas; normalmente soy tan voluntarioso que empiezo a teclear en cuanto termino la lectura, y por ello temo por su inclusión en ND, pues la verdad es que la estimada competencia me pisa una crítica siempre que puede y no desperdicia la oportunidad de pisarme dos.

Aparece por fin *El avatar*, después de larga espera, y aparece bien; en una colección de bolsillo, y con una relación precio/páginas por debajo de 1; algo que había desesperado de ver.

EL avatar es desarrollo del universo sugerido por el relato *Joelle*, aparecido en la desaparecida edición española de la revista de Isaac Asimov. En este universo los humanos, que acaban de salir de una época de anarquía conocida como los Conflictos, viven bajo la inquietante sombra de los Otros, quienes por medio de un robot declararon que amaban a los humanos y, por medio de una máquina de Tipler colocada en posición L3 respecto a la Tierra, les abren un camino hasta un planeta habitable, bautizado por los humanos como Démeter, a través de otra máquina de Tipler en posición L4 respecto a él, y después permanecieron en silencio, dejando en libertad a los humanos para que hiciesen su voluntad y si así lo deseaban intentasen descubrir cómo funcionaban las máquinas de Tipler que estaban a su alcance y poder extenderse a las estrellas.

La humanidad lo intentó durante un tiempo, pero pronto desistió ante los resultados adversos. En esta situación, la nave de vigilancia de la máquina de Tipler

de Démeter detecta el paso de una nave extraña por él, y puede determinar el camino que sigue hacia su desconocido destino. No sin notable oposición por parte de sectores del gobierno, se reúne una tripulación de voluntarios, entre los que se encuentra Joelle, y se envía una nave tras la extraña. Se espera que tarde años en regresar, pero lo hace a los cinco meses. Tal regreso debería conmover a toda la humanidad; por el contrario, la nave de exploración *Emissary* simplemente desaparece.

Afortunadamente para la tripulación de la *Emissary* y para nosotros, de lo contrario aquí se habría acabado la historia, el muchimillonario y aventurero espacial de Démeter Daniel Brodersen, que en tiempos pasados fue más que amigo de Joelle, previo esta posibilidad, y había colocado un robot de vigilancia cerca del pórtico, enterándose así del retorno y esfumación de la nave de exploración.

Empieza a indagar discretamente en las altas esferas del gobierno colonial de Démeter, y el resultado es que sufre arresto domiciliario sin ninguna contemplación ni explicación. Puestas de esta manera las cosas, Brodersen pone los pies en polvorosa con discreción, alcanza una nave espacial que tenía preparada para una eventual exploración interestelar, y empieza una odisea que le llevará desde rescatar a parte de la tripulación de la *Emissary* hasta verse cara a cara con los mismos Otros.

Al principio dije que estaba cansado, y ahora lo estoy más, lógico. El cansancio puede fluir de que tengo la horripilante sensación de que este resumen del argumento no da ni idea de lo que es realmente la novela, cosa que me ocurre siempre que escribo un resumen. Y después del resumen viene el juicio crítico, cosa que me horroriza aún más. Pero soy un amante del deber, aunque nunca nos hayamos besado, y nunca he retrocedido ante él.

Digamos pues que esta es una excelente novela, que recomiendo con decepciones a cargo de mi cuenta, en la que se puede encontrar reunido lo mejor de Anderson, tanto al aventurero como al estilista. Al nivel de las ideas, Anderson no oculta en *El avatar* que es liberal y le desagradan los intervencionismos y los gobiernos que en cada esquina pegan un cartel con la leyenda «Aquí mando yo». También deja bien claro que en su opinión la riqueza la crea la inversión y no la subvención. Daniel Brodersen se mueve solo por el deseo de obtener la libertad del espacio. Por algo quedó segundo en el Premio Prometheus.

Pero no se dejen engañar: el mensaje de la novela, si alguna vez existió tal cosa, es otro. Los betanos, raza con la que entra en contacto la *Emissary*, están dispuestos a comerciar con la humanidad a cambio de una sola cosa: que les enseñemos a amar. Y los Otros aman a todo lo que vive, incluidos nosotros, lo que es gran prueba de amabilidad. Finalmente, borrón y cuenta nueva: hasta Ira Quick, el malo, el intervencionista, el abusador del poder gubernamental, el asesino, el que quiere cuidar al pueblo, el enemigo del espacio, el hombre cuyo motivo es una niña que se desangró agarrada a su oso de peluche, el negador de la libertad, el que estaba convencido de que hacía lo que debía hacer, es perdonado.

Una pequeña nota: Anderson, escritor muy nórdico, nos hace el inmenso favor de situar en su novela la cultura hispánica a la altura y en igualdad, si no superioridad, de la anglosajona, cosa que parece muy improbable que llegue a ocurrir.

* * *

EL PÁJARO BURLÓN (*Mockingbird*), de Walter Tevis. Plaza y Janes, colección Novelistas del Día. Traducción de Carmen Camps. 271 páginas, 525 pesetas.

Cada día pasan cosas más raras, como la publicación de esta novela en la colección donde ha aparecido. Después de *El buen Leviatán*, novela que critiqué para esta sección sin que viniera mucho a cuento, y los dos terrores modernos *Juicio en el mar* de Frank de Felitta y *El síndrome theta* de Elleston Trevor, aparece en la colección Novelistas del Día una auténtica obra de ciencia ficción: *El pájaro burlón* de Walter Tevis. Acontecimiento este digno de notar, por ser la colección reducto de novelistas de moda y éxito y, ¿desde cuándo la ciencia ficción es moda y éxito?

Congratulémonos de tan poco usual hecho y pasemos al objeto: *El pájaro burlón*. Este simbólico título nos llega precedido de fama de gran novela, al menos si hemos de fiarnos de lo que dicen en ND, y yo empeño mi fama en que poca, si no ninguna, razón le falta en ello. La historia es simple y al mismo tiempo compleja, dualidad achacable a su cualidad de sentimental. *El pájaro burlón* presenta una historia sentimental porque en ella importan y se narran los sentimientos de los que en ella aparecen y principalmente de los protagonistas: Robert Spofforth, Paul Bentley, Mary Lou Borne y el lector, este último reclamado por el autor para que sea testigo de lo que ha de acontecer.

Lo que acontece es apocalíptico porque, cuando comienza la novela, el mundo está acabando, acaba de una manera que nos es conocida, que el mismo autor define al citar un poema: *Sin estrépito, pero con un plañido*. En el futuro que describe *El pájaro burlón* se han cumplido los sueños de muchos teóricos contemporáneos de la felicidad humana: es un mundo donde los seres humanos se dedican a su realización interior, completamente separados del insignificante mundo exterior. Así deben ser felices, y para salvaguardar tal felicidad existen los robots, los Edictos, los Errores y las Normas. En este mundo no nacen niños desde hace treinta años, existen los grupos de inmolación, que siempre se suicidan quemándose en grupos de tres, y Robert Spofforth, el último de los robots Producto Nueve, quiere morir y no puede.

Entonces Paul Bentley, que al igual que Tevis enseña en Ohio, aprende a leer en un mundo donde hace siglos que nadie sabe y los actos de leer y enseñar a hacerlo son crímenes. Spofforth, decano de la Universidad de Nueva York, le pone a trabajar en la transcripción de los textos de las películas mudas. Poco después conoce a Mary Lou Borne, que vive en la Casa de los Reptiles del zoológico. Y aquí empieza la historia que se nos cuenta, historia que en realidad no importa mucho.

Porque en el mundo crepuscular de *El pájaro burlón* lo que importa son los sentimientos: los de Spofforth, que quiere morir, los de Paul y Mary Lou, que quieren leer y vivir, y los del lector que danza entre la fantasmagoría de un mundo que se apaga, y que se apaga porque los seres humanos han acabado con lo malo que hay en ellos y junto con ello ha desaparecido lo bueno, o al menos lo que hace que la vida sea movimiento.

Lo principal entre lo desaparecido es la comunicación entre los seres humanos, la sutil y total participación de ideas y sentimientos que es la lectura. Ustedes que leen podrán comprender lo que esto significa, y comprender por qué hombres movidos por el «cuidado» y la «compasión» decidieron que debía desaparecer acompañando a la pobreza, a la enfermedad, a la discordia, a la neurosis y al dolor.

La historia es la del mundo perfecto conseguido por esos hombres y la de la recuperación del anterior por Paul y Mary Lou, y de lo que usted siente al leerla.

En ND se dijo que *El pájaro burlón* es una gran novela; yo solo les digo, y en ello empeño todo lo bueno que ustedes hayan podido pensar de mí, que pueden llegar a arrepentirse de leerla, pero que, mientras la lean, *sentirán*.

ALFREDO BENÍTEZ GUTIÉRREZ

SE DICE

LIBROS

Las dificultades que está atravesando últimamente el mercado editorial español, debidas tanto a la crisis económica de nuestro país como a la crítica situación de Sudamérica, se deja sentir en todos los campos, y el de la SF, que es más minoritario que muchos otros, es uno de los primeros. Las ediciones de SF se van espaciando cada vez más, y esta vez solo podemos reseñar una novedad, la de la colección Super Ficción:

EDICIONES MARTÍNEZ ROCA sigue con su política de dos volúmenes bimestrales. Esta vez sin embargo corresponden a un doble ensayo digno de todos los elogios: dos antologías hispánicas del género. El número 75 es una recopilación de *Lo mejor de la ciencia ficción española*, seleccionada por nuestro director Domingo Santos. Contiene un muestrario de los mejores relatos y los mejores autores aparecidos en el género en España, ordenados alfabéticamente por autores, para evitar suspicacias. Contiene: *No comerás* de Alfonso Álvarez Villar, *Balada por la luz perdida* de Juan G. Atienza, *Morir de viejo* de Luis Eduardo Aute, *Cuestión de oportunidades* de Gabriel Bermúdez Castillo, *El asfalto* de Carlos Buiza, *Sodomáquina* de Carlo Frabetti, *La Gioconda está triste* de José Luis Garci, *Herencia de sueños* de María Guera y Arturo Mengotti, *La ciudad cuyo nombre era Lluvemueertos* de Enrique Lázaro, *Portal* de Sebastián Martínez, *La mancha* de Juan José Plans, *Nafragio en Titán* de Javier Redal, *Gaziyel* de Ignacio Romeo, *Terminal Masurai* de Jaime Rosal del Castillo, *Nadie se fija en el barman* de Carlos Saiz Cidoncha, *Gira, gira* del propio Domingo Santos, *Un novicio para su Grandeza* de Ángel Torres Quesada, *Litóbio* de José Ignacio Velasco, y *Camino* de Luis Vigil. En total, 19 relatos de entre lo mejor de la producción hispana: 320 páginas, 450 pesetas.

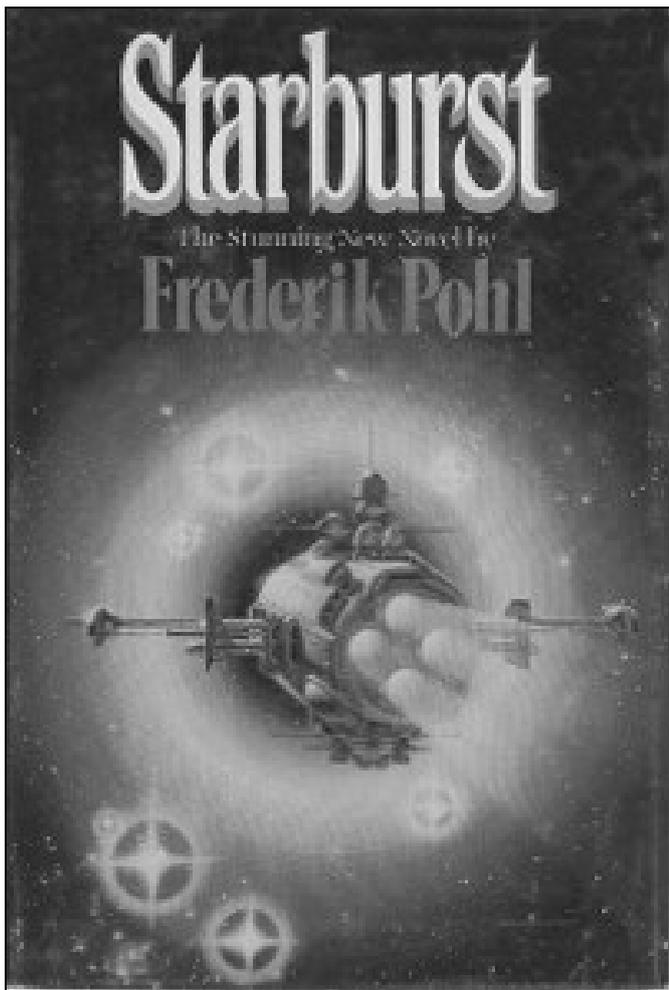
Y el número 76 está dedicado a *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*. El hecho de que su seleccionador sea un belga, Bernard Goorden, puede parecer a primera vista extraño, pero no lo es tanto si tenemos en cuenta que Goorden es uno de los principales especialistas europeos en SF latinoamericana, como lo demuestra en este volumen. Tras un prólogo de A. E. van Vogt, tomado de la edición americana de la obra, y otro del propio Goorden, el volumen incluye los siguientes relatos, escogidos de entre los más representativos de los distintos países sudamericanos: *Primera necesidad* de Carlos María Federici, *El cambio* de Marie Langer, *La oscuridad* de André Carneiro, *Un aroma de flores lascivas* de Eduardo Goligorsky, *Caza de conejos* de Mario Levrero, *La muerte del poeta* de Alberto Vanasco, *El*

cosmonauta de Ángel Arango, *Futuro* de Luis Britto García, *Los embriones del violeta* de Angélica Gorodischer, *Persistencia* de José B. Adolph, *Gu ta gutarrak* de Magdalena Moujan Otaño, *Alguien mora en el viento* de Hugo Correa, y *Plenipotencia* de Emilio Rodriugué. 220 excelentes páginas al precio de 375 pesetas.

Y añadamos como colofón, para aquellos que indudablemente se quejarán de la parquedad de novedades, que, para el número 77, Martínez Roca tiene prevista la publicación de *El número de la bestia*, la monumental y esperada novela de Robert Heinlein que tanto ha dado que hablar en USA.

Pero si en España la SF parece haber entrado en un ligero letargo, que según nuestras noticias es solo circunstancial, en Estados Unidos la SF goza de uno de sus más esplendorosos momentos. En los últimos meses las listas de éxitos, tanto en hardcover como en paperback, se han visto enriquecidas con un gran número de nombres nuevos y valores de reciente aparición, en perfecta equidad con los autores consagrados.

Así, en el apartado hardcovers, *Friday (Viernes)*, la última novela de Robert Heinlein, ha escalado hasta llegar al primer lugar, para empezar a descender luego poco a poco y dejar paso a otros libros. En la lista de éxitos cabe destacar también a dos Stephen King: *Different Seasons (Distintas estaciones)* y *The Dark Tower: The Gunslinger (La torre oscura: el pistolero)*... el primer volumen de una futura serie. Ambos libros reúnen una serie de relatos cortos, el primero nunca publicados antes, el segundo aparecidos anteriormente en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Philip K. Dick se halla igualmente presente con *The Transmigration of Timothy Archer (La transmigración de Timothy Archer)*, la tercera parte de su trilogía empezada con *Valis (Sivainvi)*. Frederick Pohl con *Starburst (Estallido estelar)* y Stephen R. Donaldson con *The One Tree (El árbol único)* completan la lista de «tops».



Los grandes nombres no dejan de aparecer en las listas de éxitos de los Estados Unidos, pero cada vez se ven más superados por los nuevos autores.

En las ediciones de bolsillo es donde hay más nombres nuevos. La lista se inicia con C. J. Cherryh y su *Merchanter's Luck*, una continuación de su anterior novela *Downbelow Station*, situada esta a varias décadas en el futuro. Le siguen a corta distancia *The Glass of Dyscornis (El cristal de Dyscornis)* de Randall Garrett y Vicki Ann Heydron, *E. T.: The Extra-Terrestrial in His Adventure on Earth (E. T.: el extraterrestre en su aventura en la Tierra)*, novelización de la película de Spielberg a cargo de William Kotzwinkle, y *Voyage from Yesteryear (Viaje desde el año de ayer)* de James Hogan. Hasta el 5.º lugar no encontramos un nombre «de los de antes», el de Anne McCaffrey y su *Crystal Singer (Cantante de cristal)*, seguido por *Oath of Fealty (Juramento de lealtad)* de Larry Niven y Jerry Pournelle. El 7.º puesto es ocupado por *Bladerunner*, la reedición de la novela de Dick a la que se ha adaptado el título de la película en aras de la comercialidad. *The Divine Invasión (La divina invasión)*, la segunda parte de la trilogía *Valis*, también de Dick, ocupa el décimo lugar, precedida por *Dominion (Dominio)* de Fred Saberhagen y *The Identity Matrix (La matriz de identidad)* de Jack Chalker.

Cabe suponer que la reciente aparición del 2010 de Clarke y la *Fundación-4* de Asimov alteren sustancialmente las listas en los próximos meses.

FANZINES

En un encomiable afán de superación, el equipo formado por Juan y Jesús Parera Bermúdez ha editado un número «especial» de su fanzine *Maser*. Tras explicar su gestación en un editorial que nos ha recordado algunos de nuestros propios editoriales (¿estaremos creando escuela?), este número 4 de *Maser* está compuesto únicamente por relatos, diez de ellos, reuniendo un plantel de nombres prestigiosos dentro de la SF española, muchos de los cuales han aparecido más de una vez en las páginas de ND. Los relatos son: *Pasen, señores* de Elia Barceló, *El robot mentiroso* de F. Javier Redal, *La estrecha charlatana* de Pedro Luis Navarrete, *Como el paisaje roto* de Rafael Marín Trechera, *Trece pi medios* de Juan F. Guerrero, *Puntilla de luciérnagas* de José Vicente Rojo, *Para los fugitivos del cosmos* de Roberto R. Toyos, *La ejecución* de José Ignacio Velasco Montes, *Naves en órbita* de Carlos Saiz Cidoncha, y *El libro donde las palabras se disuelven* de Enrique Lázaro. Un buen plantel de relatos y autores, ilustrados por Antonio J. Morata, Jesús Parera y Ricardo Machuca, que ocupa noventa prietas páginas. Recuerden, aquellos interesados en conseguirlo, la dirección de sus faneditores: Juan y Jesús Parera, Virgen del Portillo 1, 3.º 2.ª, Madrid 27.



«Maser» ofrece un número especial: todo literatura, todo autores españoles.

TRÁNSITO sigue su carrera ascendente: dos números tenemos sobre nuestra mesa, el 6 y el 7, correspondientes a mayo y agosto, respectivamente. El primero de ellos es un «Especial Conan», aunque no por ello desdeñe otros temas, como son una reseña sobre Imagfic 3, y las habituales críticas de novedades y otros libros más antiguos, y un solo relato, brevísimo, una página, de Joan Manel Ortiz: *La derrota del guerrero*. El número 7 está dedicado a Angela Cárter, con motivo de la aparición en español de su libro *La pasión de la nueva Eva* y su breve paso por Barcelona para su presentación. Contiene una entrevista con la célebre autora y un relato inédito en castellano de ella, además de una bibliografía de su obra. Completan el ejemplar las secciones habituales de crítica y noticias. Aunque el precio del fanzine se mantiene, 100 pesetas, su número de páginas va ascendiendo lentamente: 30 y 50 respectivamente. La «cueva» (según expresión de su faneditor) donde se elabora el fanzine es: Alejo Cuervo, Avda. República Argentina 10, Barcelona 23.



«Tránsito» aumenta a cada número las páginas, pero sin aumentar el precio.

Y OPCIÓN de literatura y ficción, a un nivel más modesto que los dos anteriores pero también encomiable, ha sacado su número dos, con notable mejoría sobre el primero que comentáramos en ND 146. 60 páginas bien aprovechadas, aunque con

una reproducción algo deficiente (y es que el lujo editorial de algunos otros fanzines nos está acostumbrando mal, hemos olvidado ya los tiempos heroicos), y un montón de artículos, comentarios y cuentos, todos ellos muy breves y ofreciendo una gran variación. Los relatos, por supuesto, son de autores españoles; los artículos de fondo, espigados un poco de aquí y de allá, al igual que las ilustraciones; los comentarios y críticas, de los colaboradores fijos del fanzine. En su conjunto, *Opción* ofrece eso precisamente: un fanzinismo rabioso, frente al intento de semiprofesionalización de otros fanzines más lujosos y con más medios; es algo así como volver a los tiempos heroicos en los que nuestro colaborador Luis Vigil editaba sus minifanzines en la multicopista que tenía instalada en la sala de estar de su casa, es decir, una iniciativa que habría que ayudar. *Opción*, fanzine puro, pide colaboraciones de toda índole: literarias, gráficas, de pensamiento y crítica... y monetarias, por supuesto, a base de venta de números (80 ptas.) o suscripciones (225 ptas. 3 números, 420 ptas. 6 números)... precios que están supeditados a la respuesta del público: cuantas más ventas y suscripciones haya, más bajo podrá ser. Todos aquellos que estén interesados en cualquiera de esos apartados (todos serán bien recibidos, nos comunica el faneditor) pueden dirigirse a: Luis M. Perea Aramendi, Capitán Mendizábal 28, 2.º D, Santurce (Vizcaya).

COMIC

En ND 139 les hablábamos de la exposición que en setiembre del año pasado realizara en Montevideo nuestro colaborador Carlos Maria Federici. Un año más tarde, Federici ha repetido la experiencia. Desde el 2 de agosto, en la sala «La Alianza Francesa» de Montevideo, y con el título genérico de «El comic; un idioma universal», nuestro colaborador ha presentado una muestra de sus originales de historietas, «a fin —son palabras del propio Federici en el folleto de presentación— de ilustrar varios conceptos personales acerca de este fascinante medio expresivo». La muestra, que ha reunido trabajos realizados en distintas épocas (desde 1967) por Federici, reúne una serie de temas, a cual más variado, entre los que destaca «Jet» Gálvez, quizá uno de sus personajes más conocidos. Federici, polifacético autor de novelas policíacas, de terror y de SF (lean en nuestro último número su magnífico relato «Llegar a Khordoora») es igualmente un reputado historietista que, siendo bien conocido en su país, lo es aún mucho más en otras naciones repartidas por todo el mundo. ND espera, muy pronto, poder ofrecerles una muestra de este buen hacer gráfico de nuestro colaborador, con un portofolio dedicado a él.



Carlos María Federici: un gran dibujante de comics, además de un gran escritor.

CINE

Hollywood parece haber encontrado en la SF el filón cinematográfico que en cierto modo ha dejado vacante el western, y las superproducciones del género se suceden sin interrupción. Entre las más destacadas estrenadas este verano en USA figuran:

E.T. (Extraterrestre), el gran film de Steven Spielberg que anuncia con romper todos los récords de taquillaje: la historia entre sentimental y realista de un extraterrestre abandonado en nuestro planeta y su amistad con un grupo de niños. La creación del extraterrestre es todo un alarde del equipo de efectos especiales, que ha dejado en la edad de piedra a todo lo realizado hasta ahora en este aspecto.

The Thing (La cosa), una remake del film clásico *El enigma de otro mundo*, que ha decepcionado un poco a los puristas, pero que sin embargo es notable por sus efectos especiales, realmente espectaculares, sobre todo en la creación de la criatura.

Blade Runner, la transposición cinematográfica de la célebre novela de Philip K. Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, y cuyo principal atractivo es, según los críticos, la extraordinaria (y deprimente) ambientación de Los Ángeles en

el año 2019.

Tron, un nuevo producto de la factoría Walt Disney, cuya acción ocurre *dentro* de una red de computadoras, cuyos programas aparecen como gigantescos videojuegos.

The secret of Nimh (El secreto de Nimh), un film de dibujos animados realizado por un grupo de «disidentes» de la factoría Disney, y que relata las aventuras de unas super-ratas creadas con fines de experimentación en el Instituto Nacional para la Salud Mental.

Star Trek II, que ha despertado una gran polémica ante la muerte en el film de Mr. Spock, como comentábamos en anteriores ND, hasta el punto de que la productora ha previsto la posibilidad de otros desenlaces.

Road Warrior (El guerrero de la carretera), un film australiano de trepidante acción y espectaculares efectos, continuación del gran éxito de la anterior temporada *Mad Max*.

Megaforce, que reúne las mismas características que el anterior: espectacularidad, impresionantes efectos especiales, y un gran dominio de la violencia en su estado más puro.

Y, finalmente, *La guerre du feu*, el gran film francés que ha obtenido en los Estados Unidos un éxito realmente desusado para una película europea.

Un detalle importante que queremos resaltar es que, siendo todas ellas películas de muy moderna producción, un elevado tanto por ciento de ellas han sido estrenadas ya, o están a punto de estrenarse, en nuestro país. Parece que vamos poniéndonos al día. Aunque a esta rapidez no sea ajeno el hecho de que la buena ciencia ficción cinematográfica, han descubierto nuestros distribuidores, es el género que, hoy por hoy, más atrae al gran público...

Un grupo de aficionados al cine de Madrid, dedicados a la venta de material cinematográfico de todo tipo, principalmente programas de mano, ha tenido la feliz idea de editar, en ese formato, programas de películas modernas de los que las casas distribuidoras solo editan carteles grandes. Dado el auge del cine de SF en la actualidad, estos programas incluyen a muchos films del género, desde «Los niños del Brasil» hasta «Saturno 3», pasando por «Heavy Metal» y «Alien»... sin olvidar, por supuesto, la serie de «La guerra de las galaxias». Aquellos de nuestros lectores que puedan estar interesados en obtener algunos de estos carteles de mano (y sus condiciones de venta, por supuesto) pueden dirigirse directamente a sus editores/distribuidores: Carlos Dotrell, Salitre 32, Madrid, 1.



Los programas de mano de las películas de SF pueden ser también un buen objeto de colección para los aficionados al género.

TV

Parece que no vamos a poder vernos libres de los superhéroes japoneses en las series de dibujos animados para la televisión. La última en llegar hasta nosotros, por ahora, es *Ulises 31*, una coproducción franco-japonesa que sigue al pie de la letra los mismos esquemas de todas las series anteriores, desde *Mazinger Z* hasta *Comando G*. La particularidad, esta vez, estriba en que la serie no es más que una transposición futurista (libérrima, evidentemente) de la mitología griega a la Guerra de las Galaxias. El dibujo es correcto, como siempre en esas series (y es que los japoneses son unos grandes profesionales), aunque un tanto fríos en su deseo de dar a la serie una cierta dignidad. En cuanto a los argumentos... si han leído ustedes la *Ilíada* y la *Odisea*, y poseen mucha, pero mucha imaginación, podrán hacerse una idea de ellos. Un detalle a destacar es la representación gráfica de la astronave de este Ulises del siglo xxxi, realmente muy poco convencional.

RADIO

Se confirma la noticia que dábamos en ND 146: el equipo de Tránsito estará, a partir del 8 de octubre, en las ondas de radio barcelonesas. La emisora independiente Radio Clot de Barcelona, que emite diariamente de lunes a viernes, desde las 7 de la tarde hasta las 12 de la noche, por la onda de 104'9 MHz, en frecuencia modulada, ha reservado un espacio, de 9:30 a 10:00 de la noche, los jueves, para que nuestros colaboradores hablen con los oyentes, en plan tertulia, de libros, cine, comic, etcétera... de SF, claro. Estén atentos a sus transistores.

AUTORES

Ben Bova, a cuya dirección literaria se atribuye en buena parte el extraordinario boom de la revista *Omni*, ha renunciado a su cargo para dedicarse, según sus propias palabras, «a escribir a tiempo completo». Ben Bova ha desmentido categóricamente la existencia de discrepancias crecientes entre él y la editorial: el problema, ha afirmado, es que se estaba convirtiendo más en un relaciones públicas que en un director literario, lo cual le obligaba a realizar su auténtico trabajo, el que él deseaba hacer, a horas libres en su casa. De momento, su puesto no va a ser cubierto por nadie, encargándose de ello provisionalmente el equipo redactor de la revista.

NOMBRES SF

La crisis editorial se deja sentir en todo el mundo, y una de sus defensas es, indudablemente, la concentración. En los Estados Unidos, y tras intensas negociaciones y tensiones, se ha producido recientemente, dentro del campo de la SF, una de las más importantes: Berkley ha absorbido a Ace Books, y aunque ambos sellos seguirán editándose con sus correspondientes logotipos, forman, a partir de primero de julio pasado, una sola compañía. Señalemos también que Berkley ha adquirido igualmente Playbook Books, la editora de libros de Playboy Press, que también edita asiduamente SF. El ritmo de producción de Ace Books antes de la fusión era de diez novedades de SF al mes, mientras que el de Berkley era de cuatro. Tras esta unión de compañías, la empresa Berkley/Jove/Ace/Playboy pasará a editar 875 títulos en libros de bolsillo al año, es decir 73 al mes. Teniendo en cuenta que

hasta ahora la empresa líder en edición de pocket books era Bantan, con 569 títulos anuales, 47 al mes, esta fusión sitúa con gran ventaja al grupo Berkley a la cabeza de los editores de libros de bolsillo en los Estados Unidos.

PREMIOS

Los lectores del fanzine *Locus*, el más importante en lengua inglesa y ganador de numerosos Hugos, han establecido ya los premios Locus de SF correspondientes a 1982, que han sido adjudicados, en sus diferentes categorías, a:

The Many-colored Land (La tierra de muchos colores) de Julian May, como mejor novela de SF.

La multipremiada *The Claw of the Conciliator (El amuleto del conciliador)* de Gene Wolfe, como mejor novela de fantasía.

Starship & Haiku (Astronave y hai kai) de Somtow Sucharitkul, un autor cada vez más en alza y cuyo nombre deberemos empezar a aprender a pronunciar, como mejor primera novela.

Blue Champagne (Champán azul) de John Varley, como mejor novela corta.

Guardians (Guardianes) de George R. R. Martin, como mejor cuento largo.

The Pusher (El «pusher») de John Varley (en español en Kandama 6), como mejor cuento corto.

Shadows of Sanctuary (Sombras de asilo), recopilación de Robert Lynn Asprin, como mejor antología.

Sandkings (Los reyes de la arena) de George R. R. Martin, como mejor antología de un solo autor.

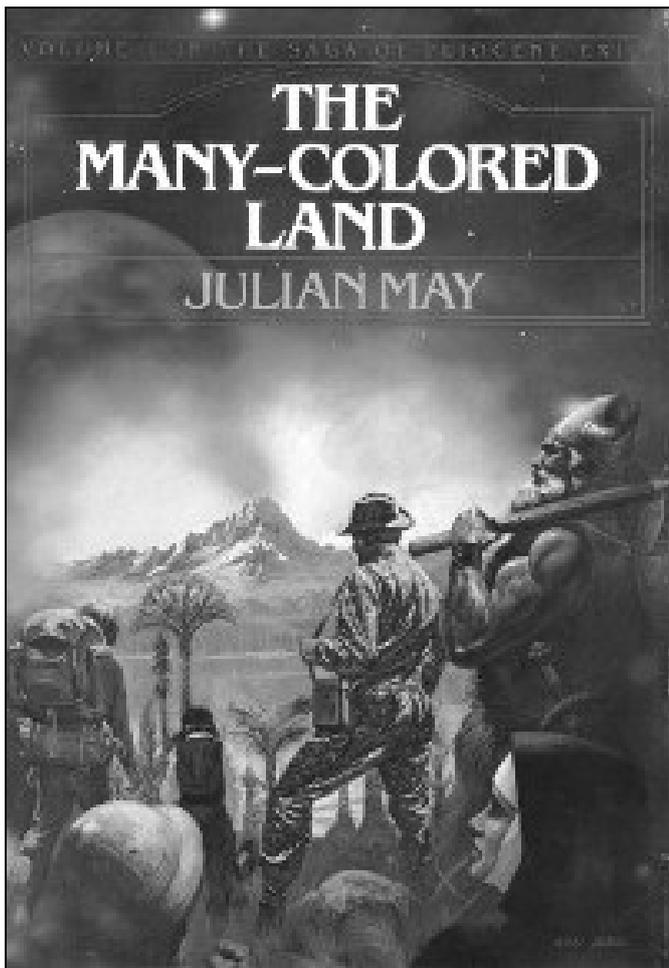
Danse Macabre (Danza macabra) de Stephen King, como mejor libro de no ficción.

Michael Whelan, como mejor artista.

The Magazine of Fantasy and Science Fiction, como mejor revista.

Y la colección Pocket/Timescape como mejor editor.

Se da la curiosa circunstancia de que las papeletas de votaciones recibidas este año por *Locus* fueron superiores en número a las que dilucidaron los premios Hugo, lo cual demuestra el creciente interés que existe entre el público por esos premios, considerados como los concedidos más honestamente y más independientemente de todo tipo de presiones editoriales.



«La tierra de muchos colores» ha sido elegida como la mejor novela de 1981 por el fanzine «Locus».

Las nominaciones para los Premios Mundiales de Fantasía, que se concederán en la Octava Convención Mundial de Fantasía en New Haven, Connecticut, el 29 de octubre próximo, han sido hechas ya públicas. Son:

A la menor labor de una vida, Italo Calvino, Andre Norton, L. Sprague de Camp y Jack Vance.

A la mejor novela: la inevitable *The Claw of the Conciliator* (*El amuleto del conciliador*) de Gene Wolfe, que está acaparando todos los premios; *Little, Big* (*Pequeño, grande*) de John Crowley; *The Nameless* (*El sin nombre*) de Ramsey Campbell; *The War Hound and the World's Pain* (*El perro de la guerra y el dolor del mundo*) de Michael Moorcock, y *The White Hotel* (*El hotel blanco*) de D. M. Thomas.

En el apartado de mejor novela corta se disputan el premio Ealdwood de C. J. Cherryh, *The Fire When It Comes* (*El fuego cuando viene*) de Parke Godwin; *Mythago Wood* (*Madera de mythago*) de Robert Holdstock; y *The River of Night's Dreaming* (*El río de los sueños nocturnos*) de Karl Edward Wagner.

En cuentos cortos, los nominados son: *Coin of the Realm* (*Moneda del reino*) de Charles L. Grant; *The Dark Country* (*El país oscuro*) de Dennis Etchison; *Do the Dead Sing?* (*¿Cantan los muertos?*) de Stephen King, y *Fairy Tale* (*Cuento de hadas*)

de Jack Dann.

Hay también nominaciones para la mejor antología o colección de relatos, para el mejor artista, y premios especiales para profesionales o no profesionales, concedidos a autores, seleccionadores o directores de colecciones. Es curioso observar que muchas de las obras nominadas para el premio de Fantasía lo han sido también para el Hugo y el Nébulas de SF. Y es que, cada vez más, los límites que separan la fantasía de la SF se estrechan hasta fundirse.

Cerrando ya este número, nos llega la lista definitiva de los premios Hugo de este año:

MEJOR NOVELA: *Downbelow Station (Estación abajo)* de C. J. Cherryh.

MEJOR NOVELA CORTA: *The Saturn Game (El juego de Saturno)* de Poul Anderson.

MEJOR CUENTO LARGO: *Unicorn Variation (Variación Unicornio)* de Roger Zelazny.

MEJOR CUENTO CORTO: *The Pusher (El «pusher»)* de John Varley (en español en el fanzine Kandama-6).

MEJOR LIBRO NO DE FICCIÓN: *Danse macabre (Danza macabra)* de Stephen King.

MEJOR DIRECTOR DE COLECCIÓN: Edward L. Ferman, director del *Magazine of Fantasy and Science Fiction*.

MEJOR ARTISTA PROFESIONAL: Michael Whelan.

MEJOR REPRESENTACIÓN DRAMÁTICA: el film *En busca del arca perdida*.

MEJOR FANZINE: *Locus...* y van nadie sabe ya cuantas veces.

MEJOR ESCRITOR AFICIONADO: Richard E. Geis.

MEJOR ARTISTA AFICIONADO: Victoria Poyser.

PREMIO JOHN W. CAMPBELL: Alexis Gilliland.

En nuestro próximo número les ofreceremos una información más detallada de la Chicon en que se concedieron estos premios, debida a la pluma de nuestro colaborador Arutiun Pashinian, que estuvo allí.

NECROLÓGICA

El 12 de mayo moría de un ataque al corazón, a los 84 años, en el Hospital Riverside de Ottawa, Ontario, Reginald Hubert Rogers, uno de los más importantes ilustradores de la edad de oro de la SF. De origen canadiense, se trasladó en 1925 a Nueva York, donde empezó a trabajar como director artístico en el *New York Times* y a colaborar como ilustrador en diversas editoriales, realizando su labor principalmente como portadista para pulps de aventuras, entre ellos varios de Doc

Savage. Tras una estancia en Méjico, volvió a Nueva York, y en febrero de 1939 realizó su primera portada de SF para *Astounding*, llamando enormemente la atención de todos los lectores por la personalidad de su estilo. Aquella sería la primera de las 58 portadas que ilustraría para *Astounding*, de 1939 a 1942 y luego de 1947 a 1952, además de innumerables ilustraciones interiores que le convertirían, en ese período, en el artista gráfico más apreciado de la revista. En 1942 volvería al Canadá, donde seguiría una importante carrera primero como cartelista publicitario durante la guerra, y luego como pintor retratista. No por ello olvidó sin embargo su carrera de ilustrador, puesto que siguió colaborando asiduamente con editores estadounidenses, principalmente con la revista *Astounding* y con las editoriales Fantasy Press y Shasta. Sin embargo, su creciente trabajo como pintor retratista, en el que pintó a grandes celebridades de la época, hizo que su labor ilustradora para editoriales fuera menguando, y su última portada de SF apareció en el ejemplar de enero de 1956 de *Astounding*. Curiosamente, Hubert Rogers es apenas conocido como ilustrador y portadista en Canadá, donde tiene gran fama como pintor, mientras que en Estados Unidos su fama de retratista es casi desconocida, mientras que como ilustrador goza de una gran reputación. Su muerte, según palabras de uno de sus admiradores, el también ilustrador y portadista Vincent DiFate, «cierra un ciclo de grandes portadistas e ilustradores de la época dorada de la SF, que se abrió con la muerte del gran Virgil Finlay».



Una de las portadas más famosas de Hubert Rogers, otro gran artista desaparecido.

Falleció en Barcelona, el pasado 19 de abril, de un infarto, el escritor catalán Jaime Ministral Masiá. En dos ocasiones al menos, su obra había tocado de lleno la SF. En la primera de ellas, *Tierra dos*, publicada por Bruguera, y que aún puede encontrarse fácilmente en las librerías formando parte de su colección Libro Amigo, Ministral sostiene el punto de vista, bastante explotado por otros autores, de la existencia de un planeta gemelo a nuestra Tierra y orbitando en su misma eclíptica, pero en el lado opuesto de nuestra órbita, es decir, permaneciendo siempre, para el observador de nuestro planeta, detrás del sol. En su segunda novela, *¿Está habitada la Tierra?*, publicada por ATE, y menos localizable, Ministral satiriza los más diversos aspectos de nuestra sociedad... a escala mundial: los hipotéticos observadores extraterrestres que estudian nuestro planeta regresan a su mundo con un informe tan increíble que son enviados de regreso aquí a por algo más inverosímil... encontrándose con que todo ha terminado sobre la Tierra y que la vida puede volver a comenzar por otros derroteros.

Jaime Ministral tocó a lo largo de su carrera, además de la SF, muchos otros géneros, siempre con un leve toque de ironía y humor que caracteriza toda su obra. Aunque sus novelas no llegaron a alcanzar nunca a un sector masivo de público, su calidad media es excelente, lo cual hace lamentar doblemente su muerte, cuando aún podría haber dado lo mejor de sus frutos.

SE ESCRIBE

Desearía que me respondierais a las siguientes cuestiones:

La obra de Anderson «Brain Wave», inencontrable, ¿está en alguno de vuestros proyectos?

¿Por qué algunas editoriales se dejan cuentos de algunas antologías, y no me refiero a Caralt, caso endémico, sino a Martínez Roca, con cosas como «The Kokod Warriors» en «Los mundos de Jack Vance», en una editorial teóricamente más preocupada por lo que edita? ¿Cómo se podría recuperar ese cuento?

Solo me queda lamentarme de que la mayoría de las editoriales se olviden de la buena y actual SF que se escribe, como «Snowqueen», «Lord Valentine's Castle», «Cruiser Dreams», obras de fantasía abandonadas en la noche de los tiempos, mientras nos asedian con Heinleins y Asimovs sin piedad, incluso novelas como «Los desposeídos» se pasean por ND sin llegar a aparecer jamás por las librerías.

CARLOS DONDERIS
Valencia, España

ND.- «Brain Wave» no está entre los proyectos de ND ni, que sepamos, de ningún otro editor español... por el momento.

Los casos de los «cuentos desaparecidos» en antologías suelen responder a tristes pero prosaicos motivos de montaje del libro: a veces el incluir un cuento más hace ascender los costes de la edición de una forma que el editor no considera rentable. Desgraciadamente, en estos casos la recuperación del cuento «perdido» es más bien problemática, por motivos de derechos.

El principal problema de la edición española de los libros actuales que citas es su desmesurada extensión: «Lord Valentine's Castle», por ejemplo, con sus casi 800 páginas, ha hecho desistir ya a dos editores. «Snowqueen», de todos modos, está programada ya por Nebulae/Minotauro (no sabemos en cual de las dos colecciones). Y «Los desposeídos» ha sido editada ya en Minotauro... Los derechos de las obras actuales de éxito en USA se han puesto por las nubes, y eso, unido a los elevados costes de un libro grueso, que obliga a poner precios de venta casi prohibitivos, hace que el editor se lo piense dos veces antes de contratarlos. Con Heinlein y Asimov no, evidentemente. Pero es que estos dos autores se venden bien, mientras que una Joan D. Vinge, por ejemplo, nunca se sabe...

* * *

Deseo contestar a Joan Clavería Viladegut con respecto a su panegírico — excesivo, a mi entender— de la serie televisiva «Erase una vez el espacio...»

Estoy de acuerdo con él respecto a los valores morales que sustenta la serie, a la escenificación, a la simpatía y humanidad de algunos personajes; pero... no creo que sea tampoco una obra maestra. No exageremos.

Desde luego, es muy superior al «Flash Gordon» que pasaron no hace tanto, pero no deja de ser otra versión del eternamente infantil planteamiento del bien absoluto sobre el mal absoluto. Omega versus Casiopea. De un lado humanos pacíficos, ciudadanos demócratas, amantes de la Ley y el Orden, progresistas, bondadosos... Del otro, villanos imperialistas, sádicos sin escrúpulos, ambiciosos, rastreros, cobardes... ¿Se puede llamar a eso una obra maestra? Yo creo que no. Es una buena serie, y punto.

Un buen tanto es que no aparezcan esos superhéroes a los que todo les sale bien. El personaje mejor conseguido, a mi parecer, es el robot; y encuentro que, pese al planteamiento general, existe un predominio masculinista que choca con esa imagen igualitaria que se intenta dar de ambos sexos.

La protagonista femenina principal, Kira, pese a sus poderes telepáticos, es una muñequita más bien pasiva, como Dale Arden o, mejor aún, Diana Palmer. El día que vea a Kira rescatar a Pedrito me sentiré más contento.

Y lo más imperdonable —melómano de mí—, tanto en esta serie como en la anterior del mismo equipo, «Erase una vez el hombre», es que en los títulos de crédito se guardan muy bien de mencionar el nombre del verdadero compositor de la sintonía: no es Michel Comosellame, sino... Ludwig van Beethoven, un chico poco conocido que está empezando ahora.

JUAN ANTONIO BRAVO HERNANDO
Sant Boi de Llobregat (Barcelona), España

ND.- Lo lamentamos, amigo Juan Antonio: «Erase una vez...» dejó de emitirse por nuestra televisión hace ya un tiempo, y Kira no ha llegado a rescatar nunca a Pedrito...

* * *

De un grupo de amigos aficionados a la SF (no quiero engañaros: solo somos dos) surgió la idea de aprovechar esas vacaciones veraniegas para rodar una película de SF en super 8.

De momento la cosa no ha pasado de ahí (al menos a nivel de realización, que no de ilusión y proyectos), ya que tenemos un montón de problemas:

Solo disponemos de un pequeño tomavistas de super 8.

No tenemos demasiada idea de cine.

Somos solamente dos (de momento... espero).

Nos falta tela marinera.

Etc.

Habíamos llegado pues a un punto en el que la desesperación estaba comenzando a invadirnos cuando, ¡zas!, surgió la gran idea. Evidentemente, esa gran idea no era otra cosa que esta carta, a través de la cual damos el siguiente aviso:

Amigo, si vives en Madrid (preferible, pero no imprescindible), eres aficionado a la SF (esto está de más aquí, creo yo), y te gustan las películas de SF, aunque no tengas ni pajolera idea de como se hacen (es igual, nosotros tampoco, pero ya se nos ocurrirá algo, la imaginación es lo único que sobra por estos lares), ponte en contacto con nosotros.

Y si encima sabes algo de cine, y además crees que no lo harías mal delante de una cámara (¿no te gustaría ser el nuevo Luke Skywalker?), ya sabes lo que tienes que hacer. Ponte en contacto con nosotros. Ya.

JULIO SEPTIÉN DEL CASTILLO

Lillo 7, 2.º A. Tfno. 217 82 81

Madrid, 21, España

PS.- Me olvidaba de un par de cosas: nos gustaría mucho ponernos en contacto con la Asociación de Ficción Especulativa gaditana, así como poder ver su película «La nave», de la que hablabais en ND 135, e intercambiar experiencias e impresiones (y también algunos consejos por su parte, espero).

¿Habrá Hispacon 82? Si es así, ¿dónde?, ¿cuándo?, etc.

ND.- Pedirnos que vuestra carta, matasellada el 21 de mayo, aparezca en el número de junio de ND (teniendo en cuenta el retraso que por causas ajenas a nuestra voluntad, como siempre se dice, hemos sufrido estos últimos meses) es pedir demasiado. Pero nunca es tarde, y ahí está. Esperamos que os lluevan ofertas: de Madrid, de Cádiz, y de las demás provincias y nacionalidades españolas. Ya nos tendréis al corriente.

Definitivamente, no habrá Hispacon 82. Y, teniendo en cuenta los problemas y dificultades que comporta organizar un certamen de este tipo, y el desencanto que parece observarse en los fans «activos» de nuestro país, es difícil que las Hispacones tengan continuidad. A menos, claro, que alguien recoja la antorcha. ¿Quién levanta la mano primero?

Tras leer el artículo «Ciencia Ficción y/o Fantasía» de José Ignacio Velasco, me he preguntado por las razones que podéis haber tenido para publicarlo. Solo puede haber una respuesta: afán de polémica. Pues bien, la habéis conseguido, pero no por el artículo en sí (que se supone debería versar sobre SF y/o F), sino por lo reaccionarias y retrógradas de algunas opiniones expresadas en él. Por otra parte, y como muy claramente indicáis en la presentación, no deja de ser un mero manifiesto, al que en otras circunstancias no se le debería prestar la más mínima atención.

Desde hace 4 años leo SF, mi experiencia y conocimiento sobre ella son mucho menores que los del señor José Ignacio Velasco, pero desde mi modesta biblioteca de 100 volúmenes y desde mis 17 años creo tener derecho (a pesar de mi juventud-enfermedad) y obligación a reseñar algunas de las tonterías vertidas en ese nefasto artículo.

Entre otras cosas, el señor Velasco parece haber olvidado que él fue joven, y eso, quiera o no, es muy grave. El joven es posible que crea saberlo todo, pero el señor Velasco tiene la seguridad de saberlo o «cree» tenerla y eso también es muy grave. Habla de la pasión y la inexperiencia en la juventud; ¿qué sería de la evolución humana sin esa pasión que la empujara? Le puedo asegurar, señor Velasco, que nos preocupa el futuro porque va a ser nuestro; sin embargo, el pasado en muchas ocasiones es mejor olvidarlo y despreciarlo, ya que poco de glorioso hay en él.

El señor Velasco se lanza a una crítica mordaz, corrosiva, de la new wave y otras corrientes literarias semejantes, por el mero hecho de ser innovadoras, creativas; las reduce al producto del esnobismo, de la inmadurez. Sobre esto yo podría decir que no me gusta la new wave, pero no por ello voy a dejar de reseñar que es un intento de encontrar un nuevo camino, que puede o no ser el acertado, el tiempo lo dirá, pero que no puede negarse el valor que representa, que es el valor de lo nuevo, de lo progresivo. Lo que no puede pretender el señor Velasco es que nos estanquemos, que quedemos varados en lo que fue, pero que no puede ser, ni podrá nunca.

Es sorprendente leer el «manifiesto» del señor Velasco cuando habla de los «normales» y los «anormales», de la gente sana y la gente insana. ¿Quién establece las normas de conducta para que los individuos sean normales o anormales? ¿Quién las impone? ¿Acaso no se da cuenta de que las normas para unos pueden ser las antinormas para otros? Si en un libro se dicen «barbaridades» (lenguaje de hoy, de la calle, nada creado artificialmente), si el sexo está presente, si se habla de la droga, del alcohol, etc., es simple y llanamente porque son realidades del ahora, de nuestro presente, del que el señor Velasco parece olvidarse, inmerso, como está, en su pasado. Afirma que lo clásico, lo normal, lo limpio, lo sincero, permanece; pero ¿qué es? ¿Quién define todas estas palabras? ¿No le parece, señor Velasco, que es algo totalmente subjetivo?

Cuando cita a Martín Alonso y su libro «Manual del escritor», ¿no se da cuenta de que no pueden existir normas, pautas o directrices para escribir? ¿Tampoco se da cuenta de que no existe el método mágico para ser un buen escritor? Creo sinceramente que el buen escritor no surge de ningún tipo de manual preestablecido. Si el señor Velasco se guarda de comprar libros de autores tan conocidos como P. K. Dick, Brunner... él se lo pierde y demuestra tener un conocimiento parcial de la SF a pesar de sus 2500 volúmenes.

Pensaréis que me he salido del tema: «SF y/o F», pero creo que quien se ha salido de madre en el marco de la revista ha sido el señor Velasco, con sus aires paternalistas que no conducen a nada salvo al cabreo de gente como yo cada vez que leemos sandeces de ese tipo, creo que el manifiesto que os comento se puede reducir a un par de frases harto conocidas y sin sentido alguno para gente que pretende vivir su vida: «Hijo mío, cuando llegues a tener las canas que yo tengo te darás cuenta de todos los errores que cometiste y de como vuestros mayores teníamos razón».

Me gustaría saber quién es el señor Velasco para decirme si un relato es o no normal, sincero, agradable... y más concretamente en el caso de «Mein Führer» de Rafael Marín; ahí está el «laboratorio analítico» para demostrar que es un buen relato, y por favor no nos venga con las «mayorías silenciosas» (léase: mayoría natural), que está muy mal. También le rogaría al señor Velasco que no intente salvar nada ni a nadie con unas ideas válidas para él, pero que no se pueden aplicar al resto de los habitantes de este planeta (apañados estaríamos). Creo que en este manifiesto se recogen más o menos solapados ciertos insultos y ciertas ideas que lo único que merecen es el desprecio y la indiferencia. La juventud es sinónimo de nuevo e innovador, pero no para el señor Velasco, que mira lo nuevo como una curiosidad a la que no hay que prestar atención y que surge de esas criaturas llamadas jóvenes.

Espero, amigos de ND, que esta larga carta la entendáis como una protesta legítima ante ese nefasto artículo-manifiesto que no trata en absoluto sobre el tema (interesante) que se desprende de su título, y por tanto esta carta solo puede reseñar e indicar el fondo del artículo, un fondo que, solapado bajo ese paternalismo trasnochado, solo indica el más puro reaccionarismo.

No sé si publicaréis esta carta, pero espero que se haga constancia de la protesta de un joven que agradece estar enfermo y a quien le gusta la SF de «todos los tiempos», porque es SF y nada más.

JOSÉ MANUEL ORDOÑEZ
Guadalajara, España

ND.- Para nosotros, ese «afán de polémica» al que aludes consiste en presentar ideas, cotejarlas con otras ideas contrapuestas, analizarlas, discutir las, y de todo ello sacar algo de luz. Han salido más ideas importantes en las mesas de

conferencias y debates que en los pensamientos solitarios de los seres humanos aislados. Por eso se crearon las conferencias y las mesas redondas. Por eso publicamos el «manifiesto» de Ignacio Velasco... y por eso publicamos también tu carta. Nadie estamos en posesión absoluta de la verdad. Pero contrastando muchas opiniones diversas podemos llegar a la verdad de la mayoría. ¿No se basa en eso, al fin y al cabo, la propia idea de la democracia?

* * *

He leído el artículo de José Ignacio Velasco sobre SF y Fantasía y, aunque esté de acuerdo con él en que la SF y la Fantasía son inseparables, no puedo estar de acuerdo en su planteamiento del problema, y menos aún en la serie de implicaciones que de su trabajo se deducen y desprenden.

Vayamos por puntos: En principio, yo también tengo que decir que considero a la Fantasía como algo intrínseco a la SF, parte constitutiva de la misma, sin la cual la SF no sería tal. Pero es que la Fantasía es parte constitutiva de toda literatura de ficción, y aún de mucha que no lo es. Es por esto por lo que pienso que cualquier enfoque sobre los componentes de la literatura en general, y de la SF en particular, deben tener como base alguna forma de Fantasía.

Yo creo que el enfoque que el Sr. Velasco quería darle a su artículo no era el de Fantasía sí o Fantasía no en la SF, sino el de qué clase de Fantasía le conviene a la SF. Para mí está claro que cualquier clase de Fantasía es buena, si va acompañada de todos los demás ingredientes básicos de la SF, como puede ser la base científica, la extrapolación, un problema del futuro del hombre, un planteamiento nuevo de un problema actual, la aventura espacial, etc.

Ahora vamos con la carta: Creo que el Sr. Velasco nos intenta convencer, a lo largo de todo su artículo, de que él es el más equilibrado y ecuánime, que su juicio literario es casi siempre el mejor y más justo de los posibles, y sobre todo, el más razonable. «No soy vanguardista ni retrógrado», «Me considero equilibrado», «Conozco la problemática actual» e «Intento comprender a todos» etc. Pero a mí no me ha convencido de ello: porque creo ver, a lo largo de su artículo, un punto de vista tradicionalista e inmovilista, escondido con una falsa capa de progresismo, con el cual poder sentar las bases para atacar a los que no opinan como él.

Dice el Sr. Velasco que los años permiten ver la realidad con más claridad (?) que cuando se es joven; que dan mayor amplitud de miras (en algunos casos, diría yo) y mayor experiencia. Pero lo que no dice es que también traen consigo el anquilosamiento de las ideas y las actitudes, una postura negativa hacia el cambio, que el adulto prefiere siempre la estabilidad a la lucha, lo seguro y probado a la incertidumbre. Prefiere lo malo conocido a lo bueno por conocer. A mí me parece que, como todas las cosas, la juventud tiene factores positivos y negativos (lo mismo que la adultez), pero que es absolutamente indispensable para el progreso, el avance y

el cambio. Creo en la importancia de lo nuevo como crítica a lo ya existente, como factor de progreso y evolución. También pienso que tenemos que aceptar todo lo que la juventud nos puede traer —bueno y malo— porque no creo que lo uno vaya separado de lo otro.

Se cita a Martín Alonso, que en su Manual del escritor dice: «Solo viven los arribistas, las personas hechas de repente, sin antecedentes, sin preparación y experiencia»; pero, para mí, el arribista, en cierto sentido, es necesario en la Sociedad, ya que esta, por su carácter coercitivo, siempre intenta por todos los medios perpetuarse en sus valores, a costa de todo y de todos. Utilizando los métodos más variados, nos engulle a todos y nos hace sus discípulos y siervos. Se supone, entonces, que el arribista, si tiene que decir algo nuevo o distinto, si no está influenciado en exceso por toda la tradición cultural y social, será muy beneficioso para el hombre y su enriquecimiento. Por esto es por lo que es deseable que los jóvenes, a veces, sean arribistas (sin experiencia) y los adultos equilibrados (con ella y desengañados); por esto es por lo que el adulto representa —en la mayoría de los casos, claro está— el inmovilismo, lo tradicional, la cordura, que por otra parte nadie niega que tenga sus valores e importancia; y los jóvenes lo inmaduro, la posible innovación, la nueva «savia». Es necesaria siempre una dialéctica entre lo viejo y lo nuevo, entre lo implantado y lo descabellado y extraño.

Más tarde se dice en el artículo que la SF está enferma, y que la suya es una grave afección. Para mí, tal enfermedad no existe, ya que, como todo movimiento vivo, la SF necesita de la crítica, el cambio continuo para seguir siendo. A este proceso de crisis algunos lo llaman enfermedad. Yo lo llamo salud, porque siempre que algo se mueve, anda, es criticado, es que tiene vida y no se ha estancado en su proceso, que no ha encontrado el equilibrio —en este caso, la muerte— y que tenemos crisis y SF para rato.

En cuanto a lo de la Fantasía, ya he dicho que en líneas generales estoy de acuerdo con el Sr. Velasco. Por esto, me parece muy inteligente la postura de Nueva Dimensión al titular su revista: SF y Fantasía; es una ambivalencia que nada limita y nada excluye (no hay por qué hacerlo, para mí) y que admite en su seno gran número de posibilidades.

Dice el Sr. Velasco que aún no hemos sido capaces de definir la SF, y yo digo que menos mal, porque, para mí, esto es una virtud. Ello significa que la SF todavía no está acotada, encerrada y acorralada, que tiene los horizontes abiertos a nuevas posibilidades y temas. Porque no hay que acotarla y definirla por los gustos de los lectores —como dice el Sr. Velasco— es por lo que, a la definición de la SF, tenemos que acercarnos desde un punto de vista negativo, esto es, diciendo lo que no es...; lo que nos quede será la SF, y aún esto, en un marco amplio de flexibilidad y ambigüedad. Como sabemos —sobre todo viviendo a finales del siglo xx— nada es absoluto, y si no que se lo pregunten a Einstein y a Heisenberg y su Principio de Incertidumbre.

En razón a esto, para mí la SF debería estar abierta a todos los posibles cambios, tanto en el fondo como en la forma. No me parece bien —amigo Velasco— desanimar a los jóvenes «faneditores» por intentar hacer algo que no comprendemos o no queremos. Dejémosles que hagan, y hagamos nosotros lo que nos parezca adecuado para la SF —como su artículo, por ejemplo—, que el tiempo se encargará de suprimir lo superfluo y de poco valor, como ha sucedido con algunas cosas de la New Thing, la hard SF y la SF clásica.

También estoy de acuerdo con el Sr. Velasco en que una de las razones por la que nos gusta la SF es por ser esta una huida de lo vulgar, lo cotidiano y lo pestilente, y que el leer, en general nos libera —en cierto sentido— de esto. Es una rebelión íntima contra lo establecido, lo inmovilista —también el Sr. Velasco es rebelde por esto, aunque parezca que contradigo lo dicho anteriormente—, un escape a la locura, a la masificación, a la manipulación (aunque esta nos llegue por esos mismos cauces). Es importante la lectura para poder estar algo más satisfechos (o insatisfechos) y adquirir capacidad crítica.

Pero no estoy de acuerdo con su aseveración: «Señores, los puntos puntos son, las comas, comas, y los apartes, apartes son»; por lo menos con lo que esto implica. Implica que hay algo de inamovible, inmutable, objetivo, verdadero... y esto es mucho decir. Ahora que es cuando podemos empezar a pensar que quizá la objetividad es solo una palabra, un símbolo de algo utópico que ha sido imaginado por el hombre para su utilización, su conveniencia, y para adecuar el caos existente (lo que el hombre llama caos) a sus necesidades y ordenarlo a su gusto, que según las épocas y los tiempos cambia y varía. ¿Qué es la objetividad, la verdad, lo bueno, etc.? Quizá solo palabras que nos han sido o nos son útiles para alcanzar ciertos fines. Lo cierto es que, para mí, una postura ambivalente y precavida me parece más interesante que una postura firme y fija en este asunto. Vuelvo a recordar el Principio de Incertidumbre de Heisenberg.

Habla el Sr. Velasco de que lo que queda de lo que se escribe es siempre lo clásico, lo normal, lo limpio, lo sincero, etc., pero no parece darse cuenta de que es después de que queda cuando algo se convierte en todos esos tópicos de los que él habla, y no antes. Dice el Sr. Velasco que se está volviendo a los moldes clásicos, y es verdad en algunos casos, y me parece muy bien; pero —aparte de las reediciones— se utiliza la forma clásica de escribir con un conocimiento mayor y un bagaje más completo e intenso, con unos presupuestos distintos y una experiencia mayor gracias a los experimentadores que a él no le gustan. Por otra parte, los temas que a los aficionados a la SF nos interesan son siempre variaciones de lo mismo: la aventura, el héroe (o antihéroe), el hombre frente a la Sociedad y a sí mismo, el futuro, el universo, el viaje en el tiempo, el contacto con extraterrestres, lo maravilloso, en una palabra, todo lo que ha hecho que el hombre sea lo que es hoy.

Cae el Sr. Velasco en el error de pensar que la gante «sana», «buena», «normal» es la de antes, la «suya», la que piensa como él. Hay gente —dice— sana, sin

complicaciones (¿seguro?), sin alcohol y sin porro. Y el Sr. Velasco, que es un buscador de la objetividad y la verdad, vuelve a valorar y a dicotomizar a las personas, separándolas en las buenas y las malas. Sin comentarios.

Dice que los autores vanguardistas no se venden (??). Quizá sea por eso, porque son nuevos y con nuevas ideas, por lo que cuesta más venderlos. Las innovaciones tardan en digerirse en un principio, sobre todo para los que creen tener la verdad en su posesión, y todo lo nuevo les suena a cambio y a una posible inestabilidad de su apreciado equilibrio personal. Pero si son buenos, y aportan algo, terminarán imponiéndose, aunque sean autores de la Nueva Ola: Dick, Spinrad, Dish, Aldiss, Watson, etc., y a escala más pequeña y nacional: E. Lázaro, E. Barceló y R. Marín; quizá el día de mañana se llamen clásicos y representen lo tradicional. ¿Quién sabe...? Y cómo no, Sr. Velasco, también se venderán libros de los autores que usted llama más normales: Vance, Heinlein, Silverberg, Herbert, Niven, Le Guin, etc. (por citar los que usted cita). ¿No tienen estos autores —unos más que otros— características de escritores de la Nueva Ola? ¿No será que la Nueva Ola no le parece tan mala cuando la acepta o la comprende y ha traspasado su barrera? El caso de uno de los autores que cita —Silverberg— es bien claro ya que este autor, en muchos casos, se adentra en lo que podríamos llamar SF experimental. Se venderán libros de estos autores por la misma razón que los de los anteriores, por su calidad.

Aunque tengamos que sufrir muchas veces de engendros en vez de novelas (que los hay); desde mi punto de vista es positivo, ya que no desperdiciamos ninguna posibilidad, esto nos obliga a adoptar una postura crítica. Así tenemos opción al enriquecimiento de la SF. Es la única vía, por suerte o por desgracia. Yo pienso que, en todos los casos, lo positivo lleva consigo lo negativo, y la SF no es una excepción.

Estoy seguro de que, como dice el Sr. Velasco, hay muchas personas que opinan como él, pero no creo que en mayor medida de lo que las estadísticas reflejan. Si estas son frías, lo son igual para todos. Por esto creo que, si valoran ciertos cuentos más de lo que él lo haría, es porque la gente opina así, que tiene otros valores distintos a los de él (aunque la mejor valoración analítica no tiene por qué corresponder con la mejor calidad, por lo menos no siempre). En cuanto a lo que dice de «La belleza de redacción es tan importante como lo que se cuenta», yo estoy de acuerdo con él; aunque no me extraña nada que algunos no opinen aquí como nosotros.

Quisiera preguntarle, Sr. Velasco, si el Dama Dragón de E. Barceló —por poner un ejemplo cercano a nosotros y reciente— le hubiera gustado más de otra manera. Si conoce otra forma en que podría haber quedado mejor. O si, por el contrario, le ha gustado como es. No sé su respuesta, pero le puedo decir que el valor de dicho cuento está más en la forma nueva de escribirlo que en su temática —muy interesante, por otra parte—, que no es tan nueva. Para llegar a hacer cuentos y novelas de este tipo hay que arriesgarse a no ser comprendido, probar, experimentar en el fondo y en la forma del tema. Es muy importante para la SF el ser valiente y arriesgarse a ser

despreciados por los lectores, es muy importante el no hacer ninguna concesión a la galería, para así poder dar salidas nuevas a la CF y a todo en general.

Como final, diré que es muy tenue y abigua la diferencia entre la literatura de SF nueva y experimental y la SF clásica, que en muchos casos se confunden y participan la una de la otra, por lo que, como ha quedado expuesto anteriormente, creo que debemos aceptar toda clase de innovaciones, tanto de fondo como de forma, porque esto no hará más que enriquecer esta nuestra literatura favorita. Creo que ya ha llegado la hora en que todos aceptemos y luchemos por una SF más pluralista, en la cual tengan sitio los progresistas y los conservadores —perdonad por los tópicos— y toda serie de corrientes, como quiera que se llamen. Que la verdadera medida de la autorregulación de la SF sea la crítica, una crítica honesta y ambivalente, que nos lleve a la creación de SF rica y variada.

Un saludo para el Sr. Velasco y para todo el fandon en general.

ANTÓN CORTÁZAR ARRIZABALAGA
Baracaldo (Vizcaya), España

ND.- Repetimos lo que decimos a nuestro buen amigo José Manuel Ordóñez: la confrontación de ideas contrapuestas da como resultado la luz. Gracias por tus interesantes reflexiones.

* * *

El artículo de José Ignacio Velasco «Ciencia ficción y/o Fantasía» me resulta completo en algunos matices, sin embargo, debo añadir que encuentro ciertos puntos discutibles e incluso rebatibles.

El problema, si es que lo es, se concentra en la excesiva generalización de su alegato. Defecto que, por otra parte, realizamos asiduamente todos los humanos y en repetidas ocasiones.

Es de una lógica aplastante que la fantasía y la ciencia ficción vayan correlativamente unidas, y no cabe duda de su hermandad operante, aunque no cronológica. Desde mi punto de vista la fantasía alberga sus raíces en los albores de la propia literatura. No hay que olvidar que la fantasía ha sido utilizada infinidad de veces como mecanismo secundario para materializar o concretar distintos pensamientos o temas: romanticismo, naturalismo, tragedia, drama, y muchos más géneros literarios. No se puede tachar la fantasía del propio Homero, de Swift o de Carroll, de London o Turgéniev, de Poe, de Cervantes incluso. Está claro que cada uno de ellos la utilizó con diferentes medidas y en opuestos sentidos de consecución y determinación. En términos generales (frasecita que no termina de despegarse), la fantasía sirvió de vehículo transitorio para fines más estrictos y detallados que

conseguían en su consagración un intercambio natural de la ficción por formas más reconocidas en el ámbito intelectual, tal como la ironía, o la sátira, o la simple invención. Por supuesto hubo excepciones. Algunos crearon literalmente pura fantasía. Carroll podría ser un ejemplo.

Y llegó el siglo xx. Bajo los augurios de Verne y Wells una reluctante y nueva fantasía surgió de la nada: la SF. Y aquí está el hecho candescente. Con cánones, reglas, y ramificaciones interampliadas, la SF creó una ficción peculiar, distinta, especial, increíblemente atrayente, y eso sí, pura y firme, en el verdadero sentido de la palabra. Ya no se la manejaba para otros proyectos ulteriores; ahora, impactante, se servía de sí misma para estructurar un género especializado, que no dejaba de ser fantasía en su habitat, ni tampoco en su forma o extensión, aunque en el fondo lo que empezó a sobresalir era la intención imaginativa del autor hacia trazos del hombre del siglo xx. Porque la SF, para mí, es el género más característico de nuestro tiempo actual. Y a pesar del adelantamiento de Verne y Wells (y algunos otros; todo hay que decirlo) no hubiera sido posible su nacimiento en otra época y con otros acontecimientos.

Todos sabemos que brotó con directrices sinuosamente técnicas y científicas, pero el período transcurrido demuestra que la ciencia ficción es un género masivo, amplio, y sin bases regulables o reguladoras.

Es la SF, según mi criterio, la fantasía autónoma del siglo xx, enmarcada en un género sólido y abierto a ideas nuevas, aunque a veces, por desgracia, estas ideas no sean muy loables y procedan de otros campos.

Cambiando de curso diré que apoyo la noción de abundante «nueva expresión» de hoy en día en la SF o en cualquier otro habitáculo. Y es natural que la gente se canse o aburra de tanta innovación exhaustiva y demoledora. Pero afortunadamente, algunos autores modernistas ofrecen singladuras edificantes que obligadamente crearán nuevas ramificaciones en el contexto del género. Esto no lo podemos negar ni tratar de apartarlo de las vías progresistas que siempre han regido y regirán la literatura universal.

Yo puntualizaría en otro dicho habitual: el continuo encuadre hacia algunos escritores como ya «clásicos». Me asombro cuando leo artículos en los que se señala a autores como Bradbury, Asimov, Clarke o Heinlein, como ya «superclásicos» cuyas obras resultan anticuadas para la década actual. En un reciente número del fanzine Kandama observé el mismo rasgo realizado con novelas del mismo Santos escritas hace solo quince años... ¡Por favor! Aunque existan, notables diferencias entre Sheckley y Bendford, no podemos decir ni pensar que el primero se ha quedado en el legado arcaico. Si Van Vogt es un clásico empedernido, ¿cómo podríamos definir a Julio Verne? ¿Quizás como medieval? Y siguiendo la línea situaríamos a Virgilio en la era mesozoica. Puede que exagere en mi ironía, pero las alusiones que me mueven a hacerlo están ahí, patentes e ingravidas. Seguramente, y esto sí que es obvio, en el siglo xx se llamaran clásicos a Kuttner y a el polémico Bryant, a Wyndham y a Lem,

y desde luego, no hallarán en sus novelas un sentido indiscutiblemente anacrónico. Y las leerán con tanta avidez como ahora leemos a Dostoievsky, a Goethe, a Galdós; o a Wells.

Otro punto en el que estoy de acuerdo con Velasco es en el de la espontaneidad o el arribismo de algunos autores. Pero también encuentro cierta réplica hacia ellos; en según que particularidades, claro está. Todo escritor han tenido un momento inicial casi siempre acompañado de un fogonazo de prontitud, cargado de inexperiencia y de valentía. Es lógico, pues, que para la madurez y la sensata experiencia se necesiten en un comienzo todo lo contrario. Sin ir más lejos y como modelo, Verne, que goza de las simpatías de Velasco y las mías, fue calumniado y tratado de fanático cuando escribió su «Viaje a la Luna». Y eso que el famoso personaje era un estudiante consumado y formidable. Por ello, aunque reconozco la empalagosa y extraordinaria expresión de varios participantes, no omito lo que la propia historia ha hecho con verdaderos talentos relevantes, que incluso, como Shakespeare, no tenían estudios académicos. Estudios que pienso no deben ser estrictamente necesarios para escribir o crear fantasía, aunque indudablemente lo fomenten en grados altos.

En lo que no concuerdo ni por asomo con Velasco es en la gran crítica mordaz que dirige hacia los jóvenes. Irrefutablemente, nosotros los jóvenes carecemos de un conocimiento empírico de la vida, pero esto no implica que tengamos pensamientos extremistas y sin meditación previa. Además, es humano que el joven se apasione y mantenga en alza su personalidad, en cuanto la haya basado. Siguiendo su comentario manifestaré que los jóvenes no creemos saberlo todo. Yo alegraría todo lo contrario, por lo menos de mi parte: nunca me siento satisfecho con lo que sé, y sin descanso sigo estudiando y analizando los pormenores de la extraña vida. Jamás llegaré a una meta palpable, pero no aflojaré mis ansias de aprender o de conocer al raciocinio humano.

También cita Velasco que el joven por lo general no se preocupa por el futuro y arrincona el pasado. Debería ver las noches marcadas de insomnio o los días repletos de incertidumbre y problemas e ilusiones, que un cercano y abrumante futuro me puede deparar en mi trayectoria en la vida. Ya lo creo que me preocupa el futuro, si no, no estaría escribiendo en este momento, y por otra parte podría decir que mi situación general es tan delicada que no dejaría de preocuparme aunque quisiera.

Respecto al pasado, nunca lo olvido, jamás lo escondo en mis quehaceres, es tan importante como cualquier otra etapa en la vida o en la historia. Pasado, presente y futuro, son escalones que nadie, ni siquiera un joven «irresponsable y novato», puede triturar en el anonimato. Personalmente, lucho por el futuro con las armas que me ha ofrecido el pasado. Y esta expresión no es alegórica, sino más bien sincera y profunda.

En cuestión de sus gustos, Velasco titula a Dick, Brunner y Moorcock como «vanguardistas extremos». Denominación tan sugestiva como relativa, y ciertamente personal. No creo que lo sean. A mí me gustan tanto Dick como Heinlein, y no

distingo la diferencia cardinal entre sus obras. Yo, más bien, simplificaría los apodos y expondría simplemente mis preferencias que, como todo el mundo, van en paz con los colores.

¡Ah, se me olvidaba! Me extraña que la juventud sea una enfermedad que se cura con el tiempo, yo corregiría y diría que SIN la juventud hay una enfermedad que se cura con el tiempo.

En todo lo demás, que es mucho, me inclino y aplaudo con reverencia a los efectivos eufemismos que tornáronse neologismos en su interpretación. Y como Velasco dice, lo importante es seguir queriéndonos en el fondo de nuestro género: ese extraordinario y retorcido campo fantástico que es la ciencia ficción.

JAVIER REDAL
Valencia, España

ND.- Y sigue la polémica...

* * *

Me gustaría que me informarais sobre los siguientes supuestos de los que, sin duda, estaréis perfectamente versados para ofrecer un sabio consejo que al menos yo os agradeceré.

Podría suceder que un autor le ofreciera directamente a un amigo suyo, también escritor, una idea que ha tenido y que por el motivo que sea no piensa desarrollar, para que ese amigo suyo la desarrolle por su cuenta. Este es un trato entre amigos y a nadie debe escandalizar.

Podría suceder también que un escritor sencillamente le robara a otro una idea utilizando el método que tuviese más a mano y luego la plasmase en un libro. Esto es algo que, aunque está feo, puede suceder y realmente sucede, ¿para qué nos vamos a llamar a engaño?, y nadie debe escandalizarse si el robado le echa una bronca al ladrón e incluso llegan a algo más que a una simple bronca.

Ahora bien, podría suceder también que un autor escribiera un libro, relato o cuento y lo publicara y otra persona, leído el original, opinase que la idea quedaría mucho mejor desarrollada si se hiciera de otra manera distinta y cogiera dicha idea y la desarrollara de esa otra manera, por supuesto no hablo de coger el original, cambiarle tres o cuatro frases aquí y allí y publicarlo como propio. ¿Podría tener alguien algo que reclamar?

En música existen las variaciones sobre un tema de tal compositor hechas por tal otro. ¿Existe algo parecido en literatura, o si hacemos algo por el estilo tenemos inmediatamente al ogro del plagio rondando sobre nuestras cabezas?

ANTONIO SOTO SANTAMARÍA

ND.- De tus supuestos, el primero es sencillamente una colaboración y ocurre muy a menudo. El segundo es llamémosle una apropiación indebida (por no llamarla plagio), y por desgracia también ocurre bastante a menudo. El tercero es más peliagudo: puede ocurrir que un autor considere la idea de otro autor interesante pero mal desarrollada, y la desarrolle, la misma, a su modo. Esto es algo que ocurre a veces... aunque en estos casos generalmente el segundo autor pide primero permiso (o debería pedírselo) al otro. Tenemos un caso muy típico de este supuesto en los relatos «Un juguete para Juliette» de Robert Bloch y «El merodeador en la ciudad al borde del mundo» de Harlan Ellison, ambos en el libro «Visiones peligrosas» (de próxima aparición en español, por cierto). Otras veces, un autor recoge una idea de otro y la formula a su manera, declarando al inicio del cuento su origen: para el autor del primer relato esto puede parecería un proceder deshonesto pero, siempre que el otro relato sea en su formulación una idea personal del segundo autor, no puede en buena ley reclamar nada. Y de hecho, en muchas ocasiones la segunda versión ha superado con mucho la primera.

Piensa, amigo Soto, que en eso de distinguir entre «inspirado en» o «plagiado de» hay unos márgenes muy difusos. Recuerda por ejemplo el caso de uno de los últimos premios Planeta... Como sea que el número de temas posibles en literatura no es ni con mucho infinito, piensa que, examinando a fondo cualquier obra literaria, siempre se pueden encontrar paralelismos con alguna otra obra anterior.

Notas

[1] El más popularmente conocido de tales deberes es, desde luego, el célebre «derecho de pernada». Pero tal denominación parece ser incorrecta, pues modernos investigadores como José Marín Font Rius afirman que el tal derecho consistía simplemente en la obligación de que el vasallo diera al señor un cuarto trasero (una pierna) de cada res sacrificada. El derecho de primacía del señor en la noche de bodas del vasallo se denominaba *jus primae noctis*, y todos están de acuerdo en que, en la práctica, fue muy raramente ejercido. <<